

# **Treball de fi de grau**

Títol

Autor/a

Tutor/a

Grau

Data

## Full Resum del TFG

**Títol del Treball Fi de Grau:**

**Autor/a:**

**Tutor/a:**

**Any:**

**Titulació:**

**Paraules clau (mínim 3)**

**Català:**

**Castellà:**

**Anglès:**

**Resum del Treball Fi de Grau (extensió màxima 100 paraules)**

**Català:**

**Castellà:**

**Anglès**

### ***Gracias***

A Maruja y a Enric, por su cercanía, su amabilidad y, sobre todo, por su periodismo. Gracias, también, por haber aportado su granito de arena en esta minúscula reconstrucción de la época.

Y a mi tutor, David Vidal, por su paciencia y todos sus ánimos.

## Índice

1. Introducción	3
1.1. Estructura y metodología	4
2. Metodología	7
2.1. De la Guerra Civil al Franquismo	7
2.2. La dictadura	8
2.3. Marco legal y político: etapas del control de la información	9
2.3.1. Primera etapa: la censura militar	10
2.3.1.1. Ley de Prensa de 1938	12
2.3.2. Segunda etapa: auge y ocaso del falangismo	14
2.3.3. Tercera etapa: la Vicesecretaría de Educación Popular	16
2.3.4. Cuarta etapa: ascenso del catolicismo y «des-fascitización» del régimen	17
2.3.5. Quinta etapa: del intransigente Salgado a la «aperturista» Ley Fraga	18
2.3.5.1. Gabriel Arias Salgado	18
2.3.5.2. Manuel Fraga Iribarne	19
2.3.5.2.1. La Ley Fraga	19
2.3.6. Sexta etapa: caída de Fraga y llegada de Pío Cabanillas	21
2.3.6.1. Alfredo Sánchez Bella	23
2.3.6.2. La corta andadura de Carrero Blanco y Fernando de Liñán y Zofío	23
2.3.6.3. La sucesión de Carlos Arias Navarro y Pío Cabanillas	23
2.4. Transición española	24
2.4.1. Derogación de la Ley Fraga y entrada en vigor de la Constitución Española	25

3. Nuevo Periodismo	26
4. Origen y evolución de la entrevista	28
4.1. Tipologías	29
5. El encuentro	31
5.1. Referentes internacionales	31
5.1.1. Gay Talese	31
5.1.2. Leila Guerriero	32
5.2. Referentes nacionales	34
5.2.1. Rosa Montero	34
5.2.2. Maruja Torres	35
5.2.3. Montserrat Roig	35
6. <i>Una lengua ácida en tiempos convulsos</i>	37
7. <i>Cuando cada mesa era realmente Vietnam</i>	51
8. Conclusiones	65
9. Bibliografía	69
10. Anexos	75
Entrevista a Maruja Torres	75
Entrevista a Enric González	87

## 1. Introducción

*«Hasta nuestros días se ha confiado en los periódicos como portavoces de la opinión pública. Pero muy recientemente, algunos nos hemos convencido, y de un modo súbito, que no gradual, de que no son en absoluto tales. Son, por su misma naturaleza, los juguetes de unos pocos hombres ricos. El capitalista y el editor son los nuevos tiranos que se han apoderado del mundo. Ya no hace falta que nadie se oponga a la censura para la prensa. La prensa misma es la censura. Los periódicos comenzaron a existir para decir la verdad y hoy existen para impedir que la verdad se diga».*

Encontré esta cita poco antes de comentar con mi tutor el tema que quería tratar en este trabajo. Recuerdo que, instintivamente, pensé que no había mejor forma de empezar que con ella encabezándolo. Así, sin más información que la realidad que reflejan sus líneas. Ni autor, ni obra, ni año. Y no, no se trata de un error; simplemente quiero que entiendan qué me llevó a empezar de este modo y, para ello, es necesario que su punto de partida sea el mismo que fue, en su día, el mío.

Al igual que aquel que haya empezado a leer estas líneas, leí esta cita a ciegas. Lo primero que hice fue buscar quién era su autor. Así dí con Gilbert Keith Chesterton. Y así descubrí, también, que sus palabras se remontaban a 1917. Me sorprendió. Teniendo en cuenta que la cita podía aplicarse perfectamente al momento actual, estaba convencida de que no distaría mucho del mismo.

La sorpresa dio lugar a la reflexión. Chesterton hablaba así del control y manipulación de los medios de comunicación hace más de un siglo, pensé. Se le conocía como *el príncipe de las paradojas*. Un apodo curioso, cuando menos, teniendo en cuenta que la vigencia de su cita no es más que eso: una paradoja. Hablando claro, algo falla cuando una cita que debería haber quedado obsoleta puede aplicarse, a la perfección, al contexto actual. Pensándolo bien, lo preocupante no es que la afirmación siga vigente, sino que lo haga tras la proliferación y potencialidad ganadas por los medios en estos últimos 100 años.

Si bien es cierto que ya no funciona por restricción ni por presión, la censura sigue estando a la orden del día. Vivimos momentos que nos retrotraen a otras épocas y lo vemos en episodios como el de ARCO o el sonado secuestro de *Fariña*. Ahí radica su importancia y mi decisión de tratarla en este trabajo, considerando, especialmente, que es un tema que afecta de lleno a la profesión a la que espero dedicarme el día de mañana.

Dicho esto, el presente trabajo se centrará en el secuestro de la libertad de prensa en España durante la dictadura franquista y, a su vez, tratará de esclarecer cómo afectó la censura a la producción periodística durante la misma haciendo especial hincapié en su última etapa, más conocida como el *tardofranquismo* (1960-1975).

En este sentido, el objetivo principal de este trabajo no es otro que explorar el recuerdo y memoria de aquellos periodistas que vivieron en primera persona aquella época y, por consiguiente, sus consecuencias a nivel democrático-expresivo. El trabajo pretende, así, dar voz y conocer la experiencia de represión y censura que envolvieron la promulgación y vigencia de la Ley Fraga a partir de 1966. Asimismo, como objetivo secundario, destaca, especialmente, conocer de qué forma se autoorganizaba la profesión para luchar contra la censura.

Asimismo, desde un punto de vista más teórico, el trabajo pretende emitir un veredicto sobre cómo afectó el control de la prensa al reconocimiento al derecho a la información y al ejercicio libre del periodismo intentando, asimismo, hacer un análisis profundo de la época estudiada que permita establecer una relación con la actualidad y, si es posible, extraer alguna lección aplicable a la misma.

### **1.1. Estructura y metodología**

Mi primera intención no fue otra que llevar a cabo un Trabajo Final de Grado que me permitiese poner en práctica lo aprendido sobre escritura en la carrera de Periodismo. En este sentido, no quería limitarme a hacer un trabajo de investigación. Dado que esta tipología la explotamos lo suficiente durante los años de carrera quería, por el contrario, plantear un trabajo que facultase una gran libertad narrativa y, a su vez, me permitiese escribir de manera larga y reposada. Esta pretensión, asimismo, comportaba la necesidad de dotar al trabajo de un bloque inicial de contextualización. De este modo, es necesario puntualizar la existente división de este trabajo en dos grandes apartados o bloques.

Dada la limitación temporal del trabajo —se centra en un período histórico determinado—, resulta imprescindible conocer el contexto político, social, cultural y, sobre todo, legal del país. Por ello, el primer apartado de este trabajo —esencialmente marco teórico— pretende reflejar la realidad de la época franquista, así como sus antecedentes y precedentes. Todo ello sin olvidar el eje principal que estructura el trabajo y conectará este apartado con el que lo prosigue: la censura periodística. Se valorará, en este sentido, su surgimiento y evolución a través de las existentes y delimitadas etapas censorias caracterizadas, especialmente, por los matices propios de cada organismo censorio y personalidad a su mando.

Este primer bloque dará paso a un segundo que, tal y como se ha expuesto en la introducción, recogerá la experiencia personal de profesionales de la comunicación que vivieron y ejercieron su profesión durante el período histórico planteado y estudiado en el primer apartado. A su vez, este segundo bloque será el que me permita poner en práctica mi intención primera. Para ello, las entrevistas realizadas se plasmarán en formato literario —propio del periodismo narrativo— lo que, además, me permitirá, mediante las herramientas propias de la literatura de ficción-realista, aproximarme a la calidad de la experiencia. La idea es reflejar el clima que se vivía a través de la experiencia concreta de quién lo vivió.

En este sentido, este segundo bloque irá precedido de una breve introducción previa en la que se explique y contextualice el surgimiento y antecedentes del periodismo narrativo, así como la posterior eclosión del género de la entrevista y el subgénero del encuentro, propio del primero. Asimismo, se expondrán los principales modelos de referencia del género, así como el resto de tipologías existentes sobre la entrevista basándose en clasificaciones ya documentadas.

De este modo, la metodología utilizada en este último punto y en la totalidad del primer bloque no ha sido otra que la documentación convencional mediante libros, documentales y webs. Concretando algo más, el primer bloque ha requerido una exhausta investigación documental de libros históricos como *El franquismo: una introducción* de Giuliana Di Febo y Santos Juliá, o *Historia de España en el siglo XX. La dictadura de Franco* de Javier Tusell. En lo referente al análisis de las distintas etapas censoras dentro del régimen totalitario franquista, la principal fuente de información ha sido Justino Sinova y su estudio censorio expuesto en *La censura de prensa durante el franquismo* y *La censura. Función política y ordenamiento jurídico durante el franquismo* de Román Gubern en. A nivel legal, el Boletín Oficial del Estado ha posibilitado el acceso a las disposiciones legales citadas en el trabajo, así como su posterior análisis.

Centrándonos, de nuevo, en la introducción del segundo bloque, destacan, como principales fuentes de información; libros como *Las W's de la entrevista*, de Begoña Echebarría Llombart, *Literatura y periodismo: una tradición de relaciones promiscuas*, de Alberto Chillón; *El nuevo periodismo*, de Tom Wolfe y, en especial, la tesis doctoral de David Vidal: *Alteritat y presencia. Contribucions a una teoria analítica i descriptiva del gènere de l'entrevista periodística escrita desde la filosofia, la lingüística i els estudis literaris*. Todos ellos han permitido llevar a cabo una investigación teórica que ha servido, asimismo, para plantear correctamente un segundo bloque más práctico.



Por ello, a lo nombrado anteriormente debemos sumarle la lectura específica de los referentes que se enmarcan dentro del estilo narrativo estudiado. *Frutos extraños*, de Leila Guerriero; *Retratos y encuentros*, de Gay Talese; *Retratos*, de Truman Capote y *Memorias Líquidas* de Enric González son un gran ejemplo.

Debe destacarse, a modo de resumen y conclusión, que este exhaustivo estudio teórico —histórico y periodístico— es el que permite llevar a cabo correctamente las entrevistas a unos personajes que ejemplifican, directa e indirectamente, lo planteado teóricamente en el primer bloque teórico del trabajo. En este sentido, son, como bien se ha especificado anteriormente, profesionales de la comunicación que han vivido el momento histórico estudiado, así como sus consecuencias censorias; y vivieron en primera persona —algunos incluso impulsaro— el surgimiento de un estilo periodístico que marcó un antes y un después en el periodismo de la época: el periodismo narrativo.

## 2. Marco teórico: el Franquismo

### 2.1. De la Guerra Civil al Franquismo

La polarización social y política española y, por consiguiente, la oposición de gran parte de los sectores conservadores a la II República se tradujo, el 17 de julio de 1936, en un golpe de estado que acabó desencadenando una guerra civil en España. Un enfrentamiento que se expandió, durante tres años (1936-1939), por toda la geografía española; convirtiéndose en un hecho trascendental de la historia de España no sólo por sus consecuencias políticas posteriores, sino por la cifra de víctimas —mortales, o no— en que derivó: hablando en términos militares, «más de un millón de bajas entre muertos, heridos, desaparecidos y exiliados; un 5% de la población<sup>1</sup>».

Con el triunfo de los impulsores del golpe, la Guerra Civil desembocó en una dictadura militar a manos del general Francisco Franco Bahamonde quien, en plena guerra y debido a la necesidad de establecer un mando único, fue proclamado «Jefe del Gobierno del Estado Español», «Generalísimo de las fuerzas nacionales de tierra, mar y aire» y «General Jefe de los Ejércitos Españoles»<sup>2</sup>; títulos que, sin la legitimidad de unas elecciones democráticas, otorgaban al Caudillo todos los poderes del *nuevo Estado*.

Una vez nombrado *Generalísimo*, el acto que marcó el comienzo del nuevo ordenamiento fue la creación y formalización del partido único. En este sentido, el 19 de abril de 1937, Franco promulgó el decreto de Unificación de los Partidos<sup>3</sup>, por el cual se establecía la fusión en una «sola entidad política nacional» de las dos organizaciones que mayor ayuda militar le proporcionaron durante la guerra: Falange Española, de orientación fascista, y Comunión Tradicionalista, monárquico-carlista e inspirada en el catolicismo integrista<sup>4</sup>. De este modo, todas las organizaciones y partidos políticos existentes fueron suprimidos y la nueva formación, Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS), sometida al mando del Caudillo.

---

<sup>1</sup> Benet, J. (1976). *Qué fue la guerra civil*. Editorial La Gaya Ciencia.

<sup>2</sup> Decreto 138/1936, de 29 de septiembre, por el que se nombra jefe del Gobierno del Estado español al Excmo. Sr. General de división don Francisco Franco Bahamonde, quien asumirá todos los poderes del nuevo Estado. [en línea]. Disponible en: <http://www.pedea.org/Memo%20historica/02102016%20jesús%20navarro%20jiménez%20adjunto%20B.%20O.%20JUNTA%20DEFEDNSA%20NACIONAL%20de%2030%20septiembre%20de%201936.pdf>

<sup>3</sup> Decreto número 255, llamado de Unificación de Partidos. [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE//1937/182/A01033-01034.pdf>

<sup>4</sup> Chamorro, J. G. (2009). *El Grande Oriente. Episodio Nacional, Madrid, 1821*. Chamorro Ediciones.

De este modo, mediante la Ley de 30 de Enero de 1938<sup>5</sup>, el 31 de enero de 1938 se constituyó en Burgos el primer gobierno del régimen con arreglo a la ley, aprobada el día anterior, sobre organización de la Administración Central. Franco se autoasignó, así, el poder constituyente, que mantendría durante todo el período de la dictadura; algo que, a su vez, le permitió garantizar un protagonismo equilibrado a la coalición que había apoyado el golpe de Estado y a privilegiar a sus hombres de confianza<sup>6</sup>. De este modo, al secretario general de Falange Española, Raimundo Fernández Cuesta, se le asignó el Ministerio de Agricultura y a otro falangista, Pedro González Bueno, el de Organización y Acción Sindical. La cartera de Educación Nacional fue para Pedro Sainz Rodríguez, exponente de la derecha católica, monárquico y fuertemente antiliberal; mientras que el Ministerio de Justicia fue ocupado por los carlistas<sup>7</sup>.

Finalmente, la caída de Cataluña anunció el epílogo de la guerra, que vio su fin el 28 de marzo de 1939 con la entrada del ejército franquista en Madrid.

## 2.2. La dictadura

«El Madrid rojo ha sucumbido. La victoria militar lo ha incorporado a la Patria. Llegue la noticia a todos los ámbitos de la tierra<sup>8</sup>». Así emitía, en marzo de 1939, su *Anuncio de la Victoria Española* Serrano Suñer, cuñado de Franco y factótum del mismo.

Inicialmente la configuración del Nuevo Estado, apoyado por la Falange, la Iglesia y el Ejército, reflejó la inspiración del fascismo italiano, fundida con una tradición española que «negaba como espuria y extranjera la herencia liberal y democrática»<sup>9</sup>. En este sentido, los principales historiadores del franquismo lo describen como régimen centralista, autoritario, antirrepublicano y antidemocrático<sup>10</sup>. Todos ellos, además, destacan la relevante figura de la Iglesia. El franquismo contaba con su apoyo íntegro al defender los valores cristianos tradicionales y asumía la misión de velar por su perpetuación en España y su propagación por el mundo occidental<sup>11</sup>.

---

<sup>5</sup> Ley de 30 de enero de 1938, de la Administración Central del Estado. [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE//1938/467/A05514-05515.pdf>

<sup>6</sup> Di Febo, G., & Juliá, S. (2012). *El franquismo: una introducción*. Grupo Planeta

<sup>7</sup> *Ibidem*

<sup>8</sup> ABC (Madrid) - 30/03/1939, p. 7. [en línea]. Disponible en: <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1939/03/30/007.html>

<sup>9</sup> Tusell, J. (2012). *Historia de España en el siglo XX. La dictadura de Franco*. (Vol. 3). Taurus.

<sup>10</sup> A. Fernández Puig (2011). "La dictadura franquista: régimen político, evolución social y económica" (Temario de oposiciones de Geografía e Historia), *Clío* 37. [en línea]. Disponible en: <http://clio.rediris.es/n37/oposiciones2/tema69.pdf>

<sup>11</sup> VV. AA. (VARIOS AUTORES). *Geografía e Historia de España y de los países hispánicos*. Ibérica. Editorial Vicens Vives.

Otro de los rasgos que caracterizó los inicios del gobierno autoritario de Franco fue su modelo económico basado en la autarquía. Siguiendo la ideología centralista y autoritaria que caracterizó su dictadura, el período autárquico puso en práctica cuantiosos controles directos en las actividades de producción y distribución<sup>12</sup>. Aquí quedó clara la influencia directa del nacionalsocialismo alemán o el fascismo italiano: no se trataba solo de proteger la producción nacional de la competencia exterior, sino de poner en marcha una política económica global capaz de lograr la autosuficiencia económica frente al exterior<sup>13</sup>.

Este proteccionismo, sumado al fuerte carácter oligárquico de la economía española y su consecuente lenta recuperación, sumieron a España en un estado de miseria y hambre que no llegó a su fin hasta 1959 con el Plan de Estabilización. Este marca la línea divisoria entre el fracaso de las pretensiones autárquicas y el desarrollismo de los años 60<sup>14</sup>.

El efecto del Plan de Estabilización fue inmediatamente positivo. Con él, España empieza a abrirse al mundo e, inspirándose en la planificación francesa, la Comisaría del Plan elaboró el primer Plan de Desarrollo<sup>15</sup> con el propósito de estimular la inversión privada por medio de una mezcla de política indicativa e inversiones públicas<sup>16</sup>. A ese primer plan, publicado en 1964, seguirían todavía otros dos<sup>17</sup>, hasta que en 1973 la Comisaría fue transformada en un nuevo ministerio que se extinguiría con la muerte de Franco en 1975<sup>18</sup>.

### **2.3. Marco legal y político: etapas del control de la información**

Durante los casi cuarenta años de dictadura franquista, existieron en España hasta siete organismos que asumieron la totalidad de las competencias en materia comunicativa: la Junta de Defensa Nacional, la Secretaría General del Estado, el Ministerio del Interior (rebautizado, posteriormente, como Ministerio de la Gobernación), la Secretaría General del Movimiento, el Ministerio de Educación

---

<sup>12</sup> Ferrer, J. A. B. (1989). La economía española durante el periodo franquista. *Gerónimo de Uztaiz*, (3), 65-76

<sup>13</sup> *Ibidem*

<sup>14</sup> *Ibidem*

<sup>15</sup> Su aprobación entró en vigor con la *Ley 194/1963, de 28 de diciembre, por la que se aprueba el Plan de Desarrollo Económico y Social para el periodo 1964/1967 y se dictan normas relativas a su ejecución*. [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-1963-22668>

<sup>16</sup> Di Febo, G., & Juliá, S. (2012). *El franquismo: una introducción*. Grupo Planeta

<sup>17</sup> El segundo Plan de Desarrollo comprendió de 1968 a 1971. El tercero (1972-1975), sin embargo, se vio inconcluso debido a la muerte del dictador en 1975.

<sup>18</sup> Di Febo, G., & Juliá, S. (2012). *El franquismo: una introducción*. Grupo Planeta

Nacional y el Ministerio de Información y Turismo. A estos siete, además, hay que añadir la variedad de direcciones generales; jefaturas, servicios, delegaciones nacionales, vicesecretarías, oficinas y subsecretarías que, dentro de los organismos anteriores, asumieron la responsabilidad directa sobre la materia.

En este sentido, coincidiendo los análisis de Justino Sinova en *La censura durante el franquismo* y de Román Gubern en *La censura. Función política y ordenamiento jurídico durante el franquismo*, en el siguiente apartado veremos cómo existieron distintas etapas censorias caracterizadas, especialmente, por los matices propios de cada organismo y personalidad a su mando pese a que, en última instancia, la esencia de su control político se mantuvo intacta.

### **2.3.1. Primera etapa: la censura militar**

La Junta de Defensa Nacional fue el organismo encargado de mantener bajo su control la prensa que operaba en el territorio español ocupado por los sublevados durante el primer año de la Guerra Civil. En este contexto, la Junta presidida por Miguel Cabanellas dictó, el 28 de julio de 1936, un bando<sup>19</sup> que supuso el primer intento amplio de controlar los medios de comunicación para ponerlos al servicio de la causa de los insurrectos.

Para ello, la orden dispuesta por la Junta declaró sometidos a la jurisdicción de guerra por procedimiento sumarísimo los delitos «realizados por medio de la imprenta u otro medio cualquiera de publicidad» (art. 5) y consideró rebeldes a aquellos que propalasen «noticias falsas o tendenciosas» (art. 6). Al mismo tiempo, sometió a la «previa censura dos ejemplares de todo impreso o documento destinado la publicidad» (art. 7) y prohibió «el funcionamiento de todas las estaciones radioemisoras particulares» (art. 9).

En noviembre del mismo año, el cuartel general de Franco en Salamanca creó una Oficina de Prensa y Propaganda a cuyo frente situó al General José Millán Astray, fundador de la Legión. El coruñés, sin embargo, no prolongó más de dos semanas su mandato al frente de la oficina. Le sustituyó, poco después, un profesor de la Universidad de Valladolid llamado Vicente Gay, un hombre de «variopinta historia política que había dedicado traducciones y glosas favorables al nazismo y al fascismo<sup>20</sup>» .

---

<sup>19</sup> Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional de España, 30 de Julio de 1936, número 3. <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE/1936/003/J00009-00010.pdf>

<sup>20</sup> Southworth, H. R., & Martínez, J. (1967). *Antifalange*. Ruedo Ibérico

Al mismo tiempo —comienzos de 1937— el secretario general del Jefe del Estado, Nicolás Franco, intentó dotar de una conformación más sólida los servicios de propaganda y de vigilancia de la información. Así, una orden de 14 de enero de 1937 creó la Delegación para Prensa y Propaganda<sup>21</sup>. El aparato de la censura empezaba, de este modo, a tomar forma.

En aquella orden de creación se encontraban ya todas las notas características de la operación de incautación de la información. Al delegado de la misma —el comandante de ingenieros Manuel Arias Paz, que relevó a Gay en abril de 1937— se le encomendaba como «misión principal» la de utilizar la «prensa diaria y periódica y demás medios de difusión» para «dar a conocer el carácter de movimiento nacional» y para «oponerse a la calumniosa campaña que se hace por elementos rojos en el campo internacional» (art. 2). Para cumplir su misión, al delegado se le concedió una amplísima esfera de autoridad. Tenía «atribuciones para orientar la prensa, coordinar el servicio de las estaciones de radio, señalar las armas a las que se ha de sujetar la censura y dirigir toda la propaganda por medio del cine, radio, periódicos, folletos y conferencias» (art. 3). Y, como complemento de ello, podría sancionar a los infractores con multa o con suspensión de los «órganos de publicidad» (art. 4).

Siguiendo esta línea ideológica, tras constituirse, en enero de 1938, el primer Gobierno franquista, la estructura de Prensa y Propaganda falangista quedó absorbida por el Estado<sup>22</sup>, que entendía la prensa como arma de guerra, primero, y como medio para el ejercicio del poder, después. Con estos presupuestos, la justificación de la censura previa para toda publicación se colegía obviamente: los periódicos debían responder a su misión de «institución nacional» y, para ello, era necesario dirigirlos estrechamente desde el mismo poder político<sup>23</sup>.

La prensa pasó, así, a ser un instrumento al servicio del Estado. Incluso se llegó a atribuir a la tarea de los periódicos un «carácter semipúblico<sup>24</sup>», hasta el punto de poder afirmar que ya no pertenecían al mundo del derecho privado<sup>25</sup>.

---

<sup>21</sup> Decreto número 180, de la creación de la Delegación para Prensa y Propaganda. [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE//1937/089/A00134-00135.pdf>

<sup>22</sup> De este modo, la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda pasó a formar parte de la administración del estado y a depender del Ministerio del Interior.

<sup>23</sup> Sinova, J. (2006). *La censura de prensa durante el franquismo* (Vol. 174). Debolsillo

<sup>24</sup> Orden de 25 de octubre de 1939, por la que se dictan normas para el consumo de papel por los periódicos: “*La información que, tanto en interés de España como en el de los españoles, están obligados a facilitar los periódicos en el ejercicio de su función casi pública*”

<sup>25</sup> Orden de 26 de febrero de 1941, por la que se prohíbe los españoles realizar corresponsalías de prensa extranjera: “*La creciente intervención del Estado en el régimen de prensa ha venido a privar a ésta de sus últimas conexiones con la concepción de entidad de derecho privado que ostentaba originariamente*”.

De este modo, el régimen pretendía que la prensa fuera altavoz de sus órdenes y contribuyese, además, a una sistemática ordenación de la cultura española.

Asimismo, los periodistas no eran para el franquismo profesionales dedicados a describir y a interpretar la actualidad sino que, como trabajadores de una institución nacional, tenían el carácter de colaboradores en la tarea del Estado y por ello se hallaban sometidos a su disciplina. Como los periodistas «le pertenecían», el Estado franquista se arrogaba también la función de seleccionar a las personas. Una función que Franco orientó a privilegiar a hombres de su confianza<sup>26</sup>. De este modo, puso la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda bajo la dirección de Ramón Serrano Súñer que, a su vez, confió la Dirección General de Propaganda a Dionisio Ridruejo — con Antonio Tovar a su cargo como jefe de Radiodifusión— y la de Prensa a José Antonio Giménez-Arnau<sup>27</sup>, quien redactó la primera Ley de Prensa que asentó las bases sobre la censura previa en España.

### **2.3.1.1. Ley de Prensa de 1938**

La ordenación jurídica de la prensa mediante la ley de 22 de abril de 1938, denominada Ley de Prensa, vino a colmar el vacío legislativo producido por la derogación de la legislación republicana en esta materia<sup>28</sup>. Pese a ser una ley dictada con carácter provisional, permaneció en vigor veintiocho años, hasta 1966.

La ley, de corte totalitario, partía de la idea de que el «cuarto poder» era un viejo concepto que había que sustituir por un periodismo al servicio del poder político, encargado de «transmitir al Estado las voces de la Nación y comunicar a ésta las órdenes y directrices del Estado y de su Gobierno». En este sentido y, según Manuel Fernández Areal, la ley implantaba un sistema «ciertamente inquisitorial» y exigía una «responsabilidad militante al servicio del Estado<sup>29</sup>».

La ley, además, se declaraba, sin disimulo, enemiga de la libertad hasta el punto de afirmar, en su exposición de motivos, que la «libertad entendida al sentido democrático» había dado lugar a una prensa «sectaria y antinacional». Era evidente, por lo tanto, el rechazo de los gobernantes al libre ejercicio de la información.

---

<sup>26</sup> Di Febo, G., & Juliá, S. (2012). *El franquismo: una introducción*. Grupo Planeta

<sup>27</sup> de Diego González, Á. (2016). La prensa y la dictadura franquista. De la censura al 'Parlamento de papel'. [en línea]. Disponible en: <https://riuma.uma.es/xmlui/handle/10630/11297>

<sup>28</sup> Gubern, R. (1981). *La censura: función política y ordenamiento jurídico bajo el franquismo (1936-1975)* (Vol. 166). Península.

<sup>29</sup> Areal, M. F. (1971). *La libertad de prensa en España, 1938-1971*(Vol. 11). Edicusa.

Se entendía, asimismo, que el término *prensa libre* era sinónimo de actividad realizada «al margen del Estado» y, en consecuencia, se concebía al periodista como «apóstol del pensamiento» y a la prensa como una «institución nacional decisiva en la formación de la cultura popular y, sobre todo, en la creación de conciencia colectiva».

### **Lo fundamental de la ley**

El núcleo de la ley se halla en su artículo primero, que atribuye al Estado «la organización, vigilancia y control de la institución Nacional de la prensa periódica». De este modo, la prensa quedaba convertida en una institución nacional a la que correspondían cinco funciones específicas para desarrollar su «facultad ordenadora» (art. 2);

- *«Primero. La regulación del número y extensión de las publicaciones periódicas.*
- *Segundo. La intervención en la designación del personal directivo.*
- *Tercero. La reglamentación de la profesión del periodista*
- *Cuarto. La vigilancia de la actividad de la prensa.*
- *Quinto. La censura».*

El Estado, de este modo, pasaba a ser dueño de toda actividad informativa: decidía cuántos periódicos podían ser publicados (desaparece, por lo tanto, el mercado de la noticia denunciado en el preámbulo de la ley), señalaba lo que se podía decir y cómo, ponía límite a la labor de crítica, sancionaba y facultaba las personas para ejercer el periodismo (para que un periodista pudiera ejercer como tal, era necesario que estuviera inscrito en el Registro Oficial de Periodistas)<sup>30</sup>.

El gobierno, por lo tanto, siempre tenía la última palabra. Como resultado de todo ello, los periodistas quedaron convertidos en la práctica en funcionarios del Estado. De este modo, el periodista pasó a ser un profesional al servicio del poder, sometido a estrecha vigilancia para mantenerlo alejado de las tentaciones del «libertinaje democrático<sup>31</sup>». Para ello, el Ministerio del Interior realizó una depuración entre los profesionales — llevada a cabo para extirpar del periodismo a todos aquellos informadores que habían trabajado para periódicos republicanos, que habían hecho frente al ejército sublevado

---

<sup>30</sup> El concepto de servicio al Estado de la Prensa quedó totalmente de manifiesto cuando Tomás Cerro Corrochano, director general de Prensa, le entregó a Franco, el 20 de julio de 1949, su carnet de periodista de honor número uno. El nombre del general Francisco Franco figuraría, así, al frente de la relación de inscritos en el Registro Oficial de Periodistas como una prueba permanente de la sumisión de la función informativa al poder establecido. Véase más en Sinova, J. (2006). La censura de prensa durante el franquismo (Vol. 174). Debolsillo

<sup>31</sup> Sinova, J. (2006). La censura de prensa durante el franquismo (Vol. 174). Debolsillo



o que, simplemente, daban motivos para sospechar que su adhesión al Movimiento no era todo lo ferviente que se exigía—; organizó el Registro Oficial de Periodistas, nómina de control de quienes trabajaban en los periódicos; y, en todo momento, inspeccionó su actividad<sup>32</sup>.

Por último, la censura. Según el artículo sexto de la ley, debía ser ejercida por tres instituciones o autoridades: el Servicio Nacional de Prensa, luego convertido en Dirección General de Prensa, el gobernador civil y la autoridad militar, que vigilaba en un principio todo lo referente a la guerra y posteriormente se ocuparía de los textos redactados por los miembros del ejército<sup>33</sup>.

### **2.3.2. Segunda etapa: auge y ocaso del falangismo**

Una vez aprobada la Ley, el Servicio Nacional de Prensa absorbió las competencias de prensa que tenía el Partido (FET y de las JONS). De este modo, se centralizaban definitivamente los contenidos informativos bajo unas mismas directivas permaneciendo, así, los hombres de la Falange, como los más fieles valedores de la información del Estado<sup>34</sup>.

En este contexto, y bajo los auspicios de Serrano, los falangistas radicales con pretensiones totalitarias conservaban el control del sistema mientras se recrudecían las antiguas tensiones con los otros sectores de la coalición autoritaria, especialmente la Iglesia y el Ejército<sup>35</sup>.

Esta organización se mantuvo hasta el final de la guerra, que trajo consigo una nueva modificación en la estructura de Prensa y Propaganda. En agosto de 1939, Serrano Suñer organizó una nueva institución que asumió parte de las competencias que tenía el Ministerio en esta materia —aunque él seguía manteniendo el control último—. A esta la denominó Subsecretaría de Prensa y Propaganda y, a su frente, situó a José María Alfaro para que José Lorente Sanz, que había ejercido hasta entonces estas funciones, pudiese dedicarse en exclusiva a la Subsecretaría del Interior.

De este modo, los Servicios Nacionales de Prensa y de Propaganda pasaron a ser direcciones generales. Ridruejo, al mando de la Dirección General de Propaganda

---

<sup>32</sup> Sinova, J. (2006). La censura de prensa durante el franquismo (Vol. 174). Debolsillo

<sup>33</sup> *Ibidem*

<sup>34</sup> Leiva, C. P. (2014). La configuración de la propaganda en la España nacional (1936-1941). *La Albolafia: Revista de Humanidades y Cultura*, (1), 115-136

<sup>35</sup> Arribas, J. D. (2009). *El enemigo judo-masónico en la propaganda franquista, 1936-1945*. Marcial Pons Historia

desde su creación, fue sustituido en 1940 por Pedro Laín, jefe de la sección de ediciones<sup>36</sup>.

En cuanto al Servicio Nacional de Prensa, Giménez-Arnau había dejado su dirección en 1939 mediante el Decreto de 10 de marzo del mismo año<sup>37</sup>. Varios meses después, en octubre, su hermano Enrique tomó el relevo al frente de la que ya se llamaba Dirección General de Prensa. El nuevo director general, sin embargo, no duró demasiado en el cargo y fue sustituido por el jonsista Jesús Ercilla, que siguió el ejemplo de su antecesor, pues pronto tuvo lugar una nueva reorganización<sup>38</sup>.

En lo referente al Ministerio de la Gobernación, Serrano Suñer se mantuvo en el cargo hasta 1940, momento en que se anunció su traslado a Asuntos Exteriores. El *cuñadísimo*, sin embargo, conservó la práctica y el control de su antigua cartera —y, por tanto, de la prensa y la propaganda— a través del subsecretario Lorente Sanz<sup>39</sup>.

En este contexto, Franco, consciente del creciente poder de los falangistas, decidió equilibrar las fuerzas y nombró al coronel Valentín Galarza como sucesor de Suñer al frente del Ministerio de la Gobernación.

Con la llegada de Galarza, caracterizado monárquico y notorio enemigo de Falange<sup>40</sup>, se materializó la primera gran crisis política del régimen en materia comunicativa. Una de sus primeras medidas como responsable último de la Prensa fue la anulación de una orden firmada poco antes por Tovar que eximía a los periódicos de FET de la censura previa dependiente del Ministerio<sup>41</sup>. Era pues, evidente, que el nombramiento de Galarza representaba un obstáculo de peso para las ambiciones hegemónicas de los falangistas y, concretamente, el final de su control sobre la prensa y la propaganda<sup>42</sup>.

---

<sup>36</sup> Thomàs, J. M. (2001). *La Falange de Franco: fascismo y fascistización en el régimen franquista, 1937-1945* (Vol. 47). Plaza & Janés

<sup>37</sup> Decreto de 10 de marzo de 1939, por el que se cesa a José Antonio Giménez Arnau de su cargo como Jefe del Servicio Nacional de Prensa . [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE//1939/073/A01470-01471.pdf>

<sup>38</sup> De la Cierva, R. (1975). *Historia del franquismo* (Vol. 1). Editorial Planeta.

<sup>39</sup> Sinova, J. (2006). *La censura de prensa durante el franquismo* (Vol. 174). Debolsillo

<sup>40</sup> de Diego González, Á. (2016). La lucha por el control de la prensa en el primer franquismo: la destitución del director de "Arriba" en enero de 1942. *Revista de estudios políticos*, (174), 331-359.

<sup>41</sup> Orden de 1 de mayo de 1941 por la que se dispone que la Prensa del Movimiento de FET y de las JONS quede exenta de la censura de las Jefaturas provinciales de Prensa.

<sup>42</sup> Arribas, J. D. (2009). *El enemigo judo-masónico en la propaganda franquista, 1936-1945*. Marcial Pons Historia

En este contexto, los «sucesos de Begoña» marcaron el último portazo de la dictadura a los proyectos de institucionalización de tipo fascista en los ámbitos representativos<sup>43</sup>. Seis falangistas lanzaron una bomba sobre un grupo de carlistas que salían de una misa celebrada en el santuario de Nuestra Señora de Begoña de Bilbao en memoria de los tradicionalistas muertos durante la Guerra Civil. No hubo muertos, pero el general Varela, ministro del Ejército, lo consideró un atentado a su persona y una agresión de la Falange contra el Ejército<sup>44</sup>.

Consecuentemente, el *Caudillo* terminó cesando a Serrano Suñer el 2 de septiembre de 1942 de todos sus cargos<sup>45</sup>. Si bien le mantuvo como consejero nacional nato y procurador en Cortes hasta 1967, desde su salida del Gobierno «careció de control alguno sobre la maquinaria política falangista, perdió su ascendiente sobre su concuñado y el camino quedó libre para los que pretendían una institucionalización del régimen desde planteamientos tradicionalistas<sup>46</sup>».

### **2.3.3. Tercera etapa: la Vicesecretaría de Educación Popular**

A partir de la crisis de Gobierno de 1942, el *antifalangismo* sería una fuerza primaria en el régimen, encarnada en el entorno inmediato de Franco por el almirante Luis Carrero Blanco —subsecretario de la presidencia del Gobierno y hombre de confianza del Caudillo desde 1941—, que siempre consideraría a la Falange como «el principal problema de carácter político del régimen<sup>47</sup>».

En ese contexto de crisis ministerial surgió en España un organismo estatal que, bajo el nombre de Vicesecretaría de Educación Popular, abarcó en su esfera de acción la práctica totalidad de los aspectos de la comunicación social<sup>48</sup>.

---

<sup>43</sup> Martínez, M. Á. G. (2012). Las primeras Cortes del franquismo, 1942-1967: una dócil Cámara para la dictadura. *Vínculos de Historia*, (1), 247-270

<sup>44</sup> Molina, A. G., & Thomàs, J. M. (2003). *Ramón Serrano Suñer*. Ediciones B.

<sup>45</sup> Rodó, L. L. (1977). *La larga marcha hacia la Monarquía*. Editorial Noguer: distribución en exclusiva, NORILDIS

<sup>46</sup> Martínez, M. Á. G. (2012). Las primeras Cortes del franquismo, 1942-1967: una dócil Cámara para la dictadura. *Vínculos de Historia*, (1), 247-270

<sup>47</sup> *Ibídem*

<sup>48</sup> Sánchez, B. B. (1991). La Vicesecretaría de Educación Popular (1941-1945), un "ministerio" de la propaganda en manos de Falange. *Espacio Tiempo y Forma. Serie V, Historia Contemporánea*, (4). [en línea]. Disponible en: <http://e-spacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:ETFSerie5-16946BB6-A601-59A9-CD02-AB4BD2DA2738&dsID=Documento.pdf>

Asimismo, la creación de esta Vicesecretaría —liderada por el católico integrista Gabriel Arias Salgado— implicó la asunción de todos los servicios y organismos que, en materia de Prensa y Propaganda, dependían de la Subsecretaría de Prensa y Propaganda y del Ministerio de Gobernación<sup>49</sup>.

#### **2.3.4. Cuarta etapa: ascenso del catolicismo y «desfascitización» del régimen**

En julio de 1945 Franco nombraba ministro de Asuntos Exteriores a Alberto Martín Artajo, presidente de la Junta Nacional de Acción Católica y dirigente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP). Del mismo modo, la anteriormente nombrada Vicesecretaría para la Educación Popular —hasta aquel momento dirigida por la Falange— pasó al Ministerio de Educación Nacional, cuyo titular fue, desde 1939 y hasta 1951, José Ibáñez Martín, miembro de la ACNP y precedentemente diputado de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA).

Ambos nombramientos se enmarcaron en una estrategia de cambio de imagen del régimen como consecuencia de la nueva situación internacional que se había creado tras la derrota de las potencias del Eje<sup>50</sup>. Asimismo, este ascenso de los católicos a las esferas del gobierno estuvo acompañado de disposiciones dirigidas a «desfascitizar» el régimen eliminando los signos externos más vistosos<sup>51</sup> como, por ejemplo, el saludo romano. El objetivo, por tanto, era claro: eclipsar, o al menos atenuar, los rasgos totalitarios del sistema a ojos de las democracias occidentales.

No obstante, esta relativa relajación de las medidas de represión política, unida al descontento popular derivado de la crisis económica y de las difíciles condiciones de vida, desataron los primeros grandes movimientos de resistencia cívica de masas en la posguerra<sup>52</sup> que, además, desencadenaron la crisis política que llevó a un nuevo reajuste ministerial que puso fin a la etapa actual.

---

<sup>49</sup> BOE, Ley de 20 de mayo de 1941 por la que se transfieren los Servicios de Prensa y Propaganda a la Vicesecretaría de Educación de F. E. T. y de las J. O. N. S., que se crea por la presente Ley. [en línea]. Disponible en: <http://www.boe.es/datos/pdfs/BOE/1941/142/A03636-03637.pdf>

<sup>50</sup> Gubern, R. (1981). La censura: función política y ordenamiento jurídico bajo el franquismo (1936-1975) (Vol. 166). Península

<sup>51</sup> Di Febo, G., & Juliá, S. (2012). *El franquismo: una introducción*. Grupo Planeta

<sup>52</sup> La más importante de ellas fue la huelga de usuarios de tranvías en Barcelona (marzo de 1951) que desembocó en una huelga general el día 12 de marzo. No tardarían en seguirle otros movimientos huelguísticos en Bilbao y San Sebastián.

## 2.3.5. Quinta etapa: del intransigente Salgado a la «aperturista» Ley Fraga

### 2.3.5.1. Gabriel Arias Salgado

En el cambio ministerial de 18 de julio de 1951 el régimen creó la nueva cartera de Información y Turismo con Gabriel Arias Salgado como titular, católico integrista líder de la Vicesecretaría de Educación Popular hasta 1945.

En términos comunicativos, la creación de este nuevo ministerio representaba la sustracción del control de la información al Ministerio de Educación Nacional, regido en aquel momento por el moderadamente liberal Joaquín Ruiz Giménez que sucedía, con la reorganización ministerial, al anteriormente nombrado José Ibáñez Martín.

Además, la separación de competencias entre el Ministerio de Educación Nacional y el de reciente creación ponía de manifiesto una de las fracturas latentes en el régimen: Ruiz Giménez «abogaba por un proceso aperturista e integrador que colisionaba con las formas intransigentes e integristas de Arias Salgado<sup>53</sup>».

El segundo era firme partidario de un sistema de prensa orientado a evitar la comisión de errores irreparables y, en ese prurito, fue más dogmático que muchos representantes del catolicismo más ortodoxo<sup>54</sup>. Salgado optó, en este sentido, por una peculiar «tercera vía», ni totalitaria ni liberal (aunque desde luego no equidistante de ambos extremos); una «tercera vía» nacional definida como «prensa orientada», en la que esta se presenta, no al servicio exclusivo del Estado —como la «prensa orientada» que propugna el totalitarismo—, ni al exclusivo de la opinión pública —como defienden los acenepistas—, sino de ambos<sup>55</sup>. Es este régimen de «prensa orientada» el único capaz de garantizar, para el ministro, el cumplimiento de su misión específica de servicio al bien común<sup>56</sup>.

Este contexto favoreció la elaboración del anteproyecto de Ley de Bases de la Información en el que comenzó a trabajar el equipo de Arias Salgado a finales de los años 50. El anteproyecto pretendía plantear un marco regulador general que afectase a la información, cualquiera que fuese su soporte difusor. Se presentaba, pues, como una posible readaptación de la Ley de Prensa de 1938. De este modo, el proyecto —

---

<sup>53</sup> Vadillo López, D. (2010). *Gabriel Arias Salgado o el integrismo censor*. [online] Represura.es. [en línea]. Disponible en: [http://www.represura.es/repesura\\_7\\_febrero\\_2011\\_articulo8.html](http://www.represura.es/repesura_7_febrero_2011_articulo8.html) [Consultado 19 Feb. 2018].

<sup>54</sup> *Ibidem*

<sup>55</sup> Fernández, L. E. L. (2014). *La política informativa tardofranquista: el modelo de control de la empresa privada de prensa, (1966-1975)* (Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid).

<sup>56</sup> *Ibidem*

que murió antes de nacer— tiene especial importancia puesto que constituye el antecedente inmediato a la Ley de Prensa de 1966.

### **2.3.5.2. Manuel Fraga Iribarne**

La delegación de Arias Salgado como Ministro de Información y Turismo en 1962 y el consecuente relevo de Manuel Fraga derivaron a la creación de un nuevo gabinete que, según el léxico político de la época, ofrecía una imagen «aperturista» frente a las posiciones conservadoras que habían triunfado hasta la fecha.

En este sentido, Fraga constituye poco menos que la antítesis de Gabriel Arias Salgado en lo referente a su actuación política. Frente al inmovilismo y la rigidez censora de Arias, Fraga propugnó una cierta «apertura» no exenta de paternalismo; frente al rigorismo moral católico y la «teología de la información», impone el pragmatismo y la «secularización ideológica<sup>57</sup>». De hecho, esta tímida apertura que Fraga propugnó, culminó en 1966 con la entrada en vigor de la Ley de Prensa de 1966, proyecto que se venía gestando desde 1959<sup>58</sup>.

#### **2.3.5.2.1. La Ley Fraga**

La ley facultó una expansión periodística no sólo incentivada por el cambio jurídico, sino también por la «apertura» del régimen, la influencia de 1968 y las movilizaciones estudiantiles y obreras que, aunque no se dejara de perseguirlas, posibilitaron la disposición de una estructura nueva que facultó una comunicación social más evolucionada<sup>59</sup>.

#### **Lo fundamental de la ley**

La Ley de Prensa de 1966 reconocía, tal y como se expone en su preámbulo<sup>60</sup>, la libertad de expresión (art. 1), la libertad de empresa (art. 16), la libertad de agencias informativas (art. 44), la de editoriales (art. 50) y la libre designación de los directores (art. 40). Sin embargo, permanecía el control mediante el segundo artículo, que establecía ciertas limitaciones respecto a la difusión de informaciones.

---

<sup>57</sup> García Jiménez, Jesús (1980): Radiotelevisión y política cultural en el franquismo, Madrid: CSIC

<sup>58</sup> Fernández, L. E. L. (2014). *La política informativa tardofranquista: el modelo de control de la empresa privada de prensa, (1966-1975)* (Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid).

<sup>59</sup> Figueres, J. M. (2002). *Prensa i nacionalisme: el periodisme en la reconstrucció de la identitat catalana* (Vol. 14). Pòrtic.

<sup>60</sup> BOE, Ley de Prensa e Imprenta de 18 de marzo de 1966. Preámbulo. [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/buscar/act.php?id=BOE-A-1966-3501>

*«La libertad de expresión y el derecho a la difusión de informaciones no tendrán más limitaciones que las impuestas por las leyes. Son limitaciones: el respeto a la verdad y a la moral; el acatamiento a la Ley de Principios del Movimiento Nacional y demás Leyes Fundamentales; las exigencias de la defensa Nacional, de la seguridad del Estado y del mantenimiento del orden público interior y la paz exterior; el debido respeto a la Instituciones y a las personas en la crítica de la acción política y administrativa; la independencia de los Tribunales, y la salvaguardia de la intimidad y del honor personal y familiar» (art. 2).*

Esta amplísima numeración de restricciones convirtió este artículo en el más controvertido de todo el articulado. En base a él ha podido escribir Solé Tura, que considera que con esta «se abolía la censura previa» y «se ensanchaba el horizonte del contraste de pareceres, sin abrirlo a los pareceres hostiles<sup>61</sup>».

Por otra parte, la ley preveía varios mecanismos de control administrativo siendo, uno de los más eficaces, el depósito previo de las publicaciones antes de su difusión en las dependencias del Ministerio de Información y Turismo (art. 12). Todo ello sin menoscabo de las responsabilidades pertinentes que «podrían suponer infracciones de diversos niveles tanto para el autor como para el director<sup>62</sup>», debiendo publicar las sentencias o resoluciones administrativas «en uno de los tres números posteriores a su notificación» (art. 72). Con este imperativo, que podría dar paso al secuestro; denuncia, querrela criminal, expediente administrativo o multa, se instituyó para la prensa y las publicaciones en España lo que Gonzalo Dueñas ha calificado como «libertad vigilada<sup>63</sup>».

Desde la perspectiva del cambio, la ley supuso la supresión de la censura previa, «salvo en los casos de Estado de excepción o guerra» (art. 3). Esta se sustituyó por la «consulta voluntaria», por medio de la cual «el director de un periódico salvaba su responsabilidad si la Administración aceptaba un artículo o no contestaba<sup>64</sup>», lo que limitaría la responsabilidad si existiese respuesta positiva e incluso silencio administrativo<sup>65</sup> (art. 4).

---

<sup>61</sup> Solé Tura, J. (1972). Introducción al régimen político español (No. 320.946 S6/1972)

<sup>62</sup> Idarreta, J. M. D. (2004). Prensa y propaganda bajo el franquismo. En Centros y periferias: prensa, impresos y territorios en el mundo hispánico contemporáneo: homenaje a Jacqueline Covo-Maurice (pp. 219-231). PILAR.

<sup>63</sup> Dueñas, G. (1969). La ley de prensa de Manuel Fraga. Ruedo ibérico

<sup>64</sup> Mesa, R. Y. (2005). La complicada evolución de la libertad de prensa en España durante el siglo XX. Apuntes para su estudio. *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, (30), 53.

<sup>65</sup> Por *silencio administrativo* se entiende la desestimación tácita de una petición o recurso por el mero vencimiento del plazo que la Administración pública tiene para resolver.

Asimismo, con Fraga las consignas desaparecen como tales, aunque permanece la obligatoriedad de publicar gratis los textos considerados «información de interés general<sup>66</sup>» entendiéndose como tal «las notas, comunicaciones y noticias» que remitan la administración y las entidades públicas. Así como aquellas informaciones que las mismas «consideren necesario divulgar» siempre «sin discriminación entre publicaciones análogas» (art. 6).

En términos generales, y a modo de resumen, la ley de Prensa e Imprenta, inspirada toda ella en el artículo 12 del Fuero de los Españoles —que proclama que «todo español podrá expresar libremente sus ideas mientras no atenten a los principios fundamentales del Estado<sup>67</sup>»—, trató de dar cuerpo legal al pluralismo interno del propio régimen permitiendo, al mismo tiempo, cierta liberalización de la información y la expresión pública en España.

En este sentido, la ley aprobada por Manuel Fraga procedió a la casi total supresión de las consignas, flexibilizó la censura previa (centralizándola para relajarla); favoreció la publicación de artículos políticos; auspició el suministro informativo desde las instancias oficiales celebrando almuerzos con los medios o inéditas ruedas de prensa; autorizó nuevas cabeceras críticas y/o independientes (Gaceta Universitaria, Cuadernos para el Diálogo, Atlántida, Tele/eXprés, etc.); y promulgó los Estatutos de la Profesión Periodística y de la Publicidad<sup>68</sup>.

### **2.3.6. Sexta etapa: caída de Fraga y llegada de Pío Cabanillas**

Los años de Fraga al mando del mismo se revelan como los más duros en la represión periodística. Así, pese a que la primera fase de su mandato se caracteriza por la apertura paulatina de la rígida censura anterior, los últimos tres años de Fraga al frente del Ministerio quedarán marcados por la severa aplicación de la Ley de Prensa de 1966.

Más concretamente, el ministro trató de establecer unos límites ambiguos, imprecisos, arbitrarios y muy restrictivos con el objetivo de fijar, asimismo, los límites de la «apertura» del Estado. Sin embargo, la estrategia de dirigismo y control editorial por parte del Ministerio de Información y Turismo no pudo concluir debido a la explosión de

---

<sup>66</sup> Mesa, R. Y. (2005). La complicada evolución de la libertad de prensa en España durante el siglo XX. Apuntes para su estudio. *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, (30), 53.

<sup>67</sup> Fuero de los Españoles, de 17 de julio de 1945, modificado por la Ley Orgánica del Estado de 10 de enero de 1967 (aprobado por Decreto 779/1967, de 20 de abril, por el que se aprueban los textos refundidos de las Leyes Fundamentales del Reino [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-1967-40312>

<sup>68</sup> de Diego González, Á. (2016). La prensa y la dictadura franquista. De la censura al 'Parlamento de papel'. [en línea]. Disponible en: <https://riuma.uma.es/xmlui/handle/10630/11297>



una gran crisis política en el seno del franquismo; un conflicto central que dividió a la clase política en dos: el sector del Movimiento, que pretendía asegurar la continuidad del régimen ampliando la base social y la participación política por medio de una Ley de Asociaciones; y los tecnócratas, que se habían propuesto garantizar, con el apoyo de Carrero Blanco, una solución monárquica en vida de Franco manteniendo la estructura autoritaria del sistema político<sup>69</sup>.

La entrada en vigor de la Ley Orgánica del Estado (1967) y la designación del príncipe Juan Carlos como sucesor del jefe del Estado a título de Rey (1969) consagró, aparentemente, el triunfo del sector tecnocrático e hizo, si cabe, más evidente la tensión entre ambos sectores. Coetáneamente tuvo lugar lo que se conoce como escándalo Matesa<sup>70</sup>, conflicto en el que Fraga percibió su gran oportunidad para debilitar a la élite de poder configurada durante los años anteriores. De este modo, intentando modificar a su favor la relación de fuerza con los tecnócratas, el ministro y José Solís — secretario general del Movimiento — dieron a este escándalo una publicidad sin precedentes en los anales del régimen<sup>71</sup>, lo que acabó precipitando su destitución al frente del Ministerio de Información y Turismo.

De este modo, con su relevo ministerial el 29 de octubre de 1969, Carrero Blanco consiguió imponer su punto de vista en favor de los tecnócratas ante Franco; por lo que el nuevo gobierno sería calificado por la prensa como «monocolor», es decir, del color de los cuadros tecnócratas asociados al Opus Dei<sup>72</sup>.

El Ministerio de Información y Turismo recayó en Alfredo Sánchez Bella, que aplicó una política informativa caracterizada por su continuismo con respecto a la política de Fraga y, al tiempo, por su involución<sup>73</sup>.

---

<sup>69</sup> Di Febo, G., & Juliá, S. (2012). *El franquismo: una introducción*. Grupo Planeta

<sup>70</sup> El término “escándalo Matesa” hace referencia al fraude a Hacienda por exportación ficticia, fuertemente subvencionada, de telares en que se vieron implicados empresarios y ministros vinculados al Opus Dei.

<sup>71</sup> Tusell, J. (2012). *Historia de España en el siglo XX. La dictadura de Franco*. (Vol. 3). Taurus.

<sup>72</sup> Carrero no era partidario de seguir la pauta del reparto equilibrado de poder entre las distintas facciones del régimen. Así, argumentando la necesidad de un gobierno fuerte y disciplinado, sin divisiones internas, optó por ofrecer los ministerios que quedaban vacantes a personajes vinculados a uno solo de los viveros que proporcionaban personal político al régimen. Con pocas excepciones, entre ellas las del nuevo ministro secretario general del Movimiento, Torcuato Fernández Miranda, fue un gobierno con una mayoría de ministros procedentes del entorno de López Rodó, propuestos por él o por colaboradores suyos en la Comisaría del Plan de Desarrollo. De ahí que fuera bautizado inmediatamente con el calificativo de «gobierno monocolor» y que se le recibiera como una prueba del triunfo sin paliativos de los tecnócratas del Opus Dei sobre el resto de «familias» políticas del régimen. Véase más en Di Febo, G., & Juliá, S. (2012). *El franquismo: una introducción*. Grupo Planeta.

<sup>73</sup> Fernández, L. E. L. (2014). *La política informativa tardofranquista: el modelo de control de la empresa privada de prensa, (1966-1975)* (Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid).

### **2.3.6.1. Alfredo Sánchez Bella**

Es en este sentido involutivo en el que hay que entender el «continuismo fraguiano» de Sánchez Bella, que se mantendrá constante —a excepción de Pío Cabanillas— hasta el final de la dictadura. De hecho, la última etapa del aparato orgánico de prensa tardofranquista —iniciada con la destitución de Fraga— demostró lo alargada que llegó a ser la sombra de la gestión de Fraga. La labor de todos los ministros que aceptaron la cartera de Información y Turismo desde su destitución hasta 1976 estuvo efectivamente marcada por la aplicación de la Ley de Prensa de 1966, «probablemente en mayor medida de lo que los ministerios de Arrese, Ibáñez, Arias y Fraga lo estuvieron por la aplicación de la Ley de Serrano Suñer<sup>74</sup>».

Asimismo, esta involución, no sólo se explica por la necesidad de salvaguardar la Ley de 1966. Hay que tener en cuenta, también, el auge del poder de Luis Carrero Blanco y de los «inmovilistas».

### **2.3.6.2. La corta andadura de Carrero Blanco y Fernando de Liñán y Zofío**

El 12 de junio de 1973 Franco hizo pública la designación de Carrero Blanco como presidente del gobierno. Esta delegación de funciones, prevista en la Ley Orgánica del Estado, obedeció tanto al agotamiento biológico del jefe de Estado como a la necesidad de comenzar a sondear las previsiones sucesorias previstas en tal ley<sup>75</sup>.

En el nuevo gabinete formado por Carrero Blanco, la cartera de Información y Turismo recayó en la figura de Fernando de Liñán y Zofío, miembro del Opus Dei que relevó a Sánchez Bella. Este gabinete, sin embargo, fue muy efímero. El 20 diciembre de 1973 el almirante fue ejecutado en el centro de Madrid.

### **2.3.6.3. La sucesión de Carlos Arias Navarro y Pío Cabanillas**

La muerte de Carrero Blanco supuso un golpe durísimo a los proyectos de continuidad del sistema abrigado por Franco y abrió una crisis irreversible de las expectativas de futuro del franquismo<sup>76</sup>. Ante esta situación, Franco encargó al responsable de los Servicios de Seguridad, Carlos Arias Navarro, la formación de un nuevo gobierno, que quedó constituido el 5 de enero de 1974.

---

<sup>74</sup> Fernández, L. E. L. (2014). *La política informativa tardofranquista: el modelo de control de la empresa privada de prensa, (1966-1975)* (Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid).

<sup>75</sup> Gubern, R. (1981). *La censura: función política y ordenamiento jurídico bajo el franquismo (1936-1975)* (Vol. 166). Península.

<sup>76</sup> *Ibídem*

Con este gabinete, del que quedaron excluidos los tecnócratas asociados al Opus Dei que habían gozado de la protección de Carrero Blanco, Arias Navarro pretendía iniciar una reforma política que permitiese la continuidad del sistema guardando, asimismo, fidelidad a los principios fundamentales del Movimiento. Siguiendo esta idea, Navarro nombró ministro de Información y Turismo a Pío Cabanillas Gallas.

La actuación de Sánchez Bella fue tan regresiva, que la llegada en enero de 1974 de Pío Cabanillas «supuso un progreso considerable en el mundo periodístico, de la edición de libros y espectáculos públicos<sup>77</sup>». En esta época aparecieron, según Gubern, «nuevas revistas, publicaciones y libros que ofrecían planteamientos críticos y postulaban, apenas veladamente, la transformación del régimen<sup>78</sup>». De todos modos, la apertura de Pío Cabanillas tuvo sus límites.

De hecho, la política de apertura regida por Cabanillas estaba generando fuertes tensiones en el interior del sistema. En este contexto, el 25 de octubre de 1974 un comunicado interno de la fiscalía del Tribunal Supremo dirigido al Ministerio de Información y Turismo cuestionó las excesivas libertades informativas concedidas a la prensa. Todas estas presiones, sumadas a la gestión «excesivamente liberal» del ministro determinaron su cese el 29 de octubre de 1974, reemplazado por León Herrera Esteban, el último ministro de Información y Turismo del período franquista.

#### **2.4. Transición española**

Con el primer Gobierno de la monarquía, y bajo la presidencia de Carlos Arias, Adolfo Martín Gamero asumió, entre enero y junio de 1976, la dirección del Ministerio de Información y Turismo. En el verano del mismo año, tras la llegada a la Presidencia del Gobierno de Adolfo Suárez, Gamero fue sustituido por Andrés Reguera Guajardo, quien, junto a un equipo formado fundamentalmente por monárquicos, se encargó del desmantelamiento del ministerio<sup>79</sup>.

---

<sup>77</sup> Gubern, R. (1981). *La censura: función política y ordenamiento jurídico bajo el franquismo (1936-1975)* (Vol. 166). Península.

<sup>78</sup> *Ibidem*

<sup>79</sup> Fernández, L. E. L. (2014). *La política informativa tardofranquista: el modelo de control de la empresa privada de prensa, (1966-1975)* (Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid).

### 2.4.1. Derogación de la Ley Fraga y entrada en vigor de la Constitución Española

Una vez fallecido el dictador Francisco Franco, la ley de 1966 continuó vigente y aplicable hasta 1977, año en que entró en vigor la Ley Para la Reforma Política (LRP)<sup>80</sup>; «una pieza política clave en los inicios de la transición democrática española, además de un instrumento jurídico que permitió el desmantelamiento institucional del régimen franquista y el tránsito hacia un sistema democrático<sup>81</sup>».

Al abrigo de esta ley surgió el Real Decreto, de 1 de abril, sobre libertad de expresión<sup>82</sup>; que suprimía parcialmente el secuestro administrativo de publicaciones<sup>83</sup> y derogaba el polémico artículo 2 por el cual se sometía la libertad de expresión a los Principios del Movimiento Nacional.

La culminación de la llamada transición democrática llegó con la entrada en vigor de la Constitución Española el 6 de diciembre de 1978<sup>84</sup>. Gracias a la misma, España pasa a ser considerado «un Estado social y democrático de Derecho, que propugna valores superiores de su ordenamiento jurídico como la libertad, la justicia, la igualdad y el pluralismo político» (art. 1) dejando atrás el régimen político de carácter totalitario que caracterizó al país en su etapa franquista. Esto se debe, otras cosas, al reconocimiento oficial y jurídico de la libertad de expresión, que queda totalmente reflejada en el artículo 20 de la Constitución vigente hasta la actualidad.

---

<sup>80</sup> BOE, Ley 1/1977, de 4 de enero, para la Reforma Política. [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-1977-165>

<sup>81</sup> Casado, M. C., & Zazurca, E. C. (2015). La ley para la reforma política: memoria y legitimidad en los inicios de la transición española a la democracia. *Revista de estudios políticos*, (168), 77-114

<sup>82</sup> BOE, Real Decreto-ley 24/1977, de 1 de abril, sobre libertad de expresión. [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-1977-9008>

<sup>83</sup> Sólo podrá decretarse el secuestro administrativo de aquellos impresos gráficos o sonoros que contengan noticias, comentarios o informaciones “que sean contrarios a la unidad de España”, “que constituyan demérito o menoscabo de la Institución Monárquica o de las personas de la Familia Real” y/o “que de cualquier forma atenten al prestigio institucional y al respeto, ante la opinión pública, de las Fuerzas Armadas”.

<sup>84</sup> BOE, Constitución Española de 29 de diciembre de 1978 [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/buscar/act.php?id=BOE-A-1978-31229>

### 3. Nuevo Periodismo

Es en este contexto político en el que se desarrolla en España una corriente periodístico-literaria facultada, según Albert Chillón, por el «relajamiento de la rígida censura franquista; la llegada a la mayoría de edad profesional de una generación nacida después de la guerra civil y la aparición de nuevas cabeceras no controladas por la prensa del movimiento<sup>85</sup>».

Esta nueva tendencia periodística, también llamada Nuevo Periodismo, se desarrolló en nuestro país de forma posterior a los Estados Unidos, donde convulsionó el panorama literario de la década de los sesenta. Su principal pionero, Tom Wolfe, lo define como «el descubrimiento de que en un artículo, en periodismo, se podía recurrir a cualquier artificio literario [...] y emplear muchos géneros diferentes simultáneamente [...] para provocar al lector de forma a la vez intelectual y emotiva<sup>86</sup>».

Esta corriente significó, al mismo tiempo, la huída respecto a la convención y el paradigma establecido por Harold Lasswell y aplicado por los grandes tabloides norteamericanos de la época. El Nuevo Periodismo rompió, a conciencia, la división tradicional entre escritura de ficción y escritura de no ficción y retomó, asimismo, la ambición que marcó la gran novela realista del siglo XX al combinar el verismo documental propio del periodismo y los métodos de la literatura convencional<sup>87</sup>.

Para los periodistas inmersos en esta corriente era indispensable sumergirse allí donde «pasaban las cosas» así como «tomar contacto con completos desconocidos, meterse en sus vidas de alguna manera, hacer preguntas a las que no tenías derecho natural a tener respuesta, pretender ver cosas que no se tenían por qué ver, etc.<sup>88</sup>»

Todos estos principios quedaron patentes en el manifiesto de Wolfe, considerado durante años la biblia del Nuevo Periodismo: «el Nuevo Periodismo utiliza diálogos completos, en vez de los fragmentos que se citan en el periodismo cotidiano; procede por escenas sucesivas, como en una película; incorpora diversos puntos de vista, en vez de contar historias exclusivamente desde la perspectiva del narrador; y presta especial atención a los detalles de estatus que revelan la apariencia y el

---

<sup>85</sup> Asensio, L. A. C., & Chillón, L. A. (1999). *Literatura y periodismo: una tradición de relaciones promiscuas* (Vol. 5). Univ. Autònoma de Barcelona.

<sup>86</sup> Wolfe, T., & Guarner, J. L. (1988). *El nuevo periodismo*. Anagrama

<sup>87</sup> Hernández, M. S. (2016). *Disciplinas auxiliares del periodismo en la sociedad del conocimiento*. Dykinson

<sup>88</sup> Wolfe, T., & Guarner, J. L. (1988). *El nuevo periodismo*. Anagrama

comportamiento de sus personajes. El Nuevo Periodismo se reporta con rigor y se lee *como una historia*<sup>89</sup>».

Es esta hibridación entre periodismo y literatura la que faculta la aparición de las primeras entrevistas de personaje, también llamadas *retratos* o *perfiles*, que huyen del formato clásico de pregunta-respuesta para ahondar en las reacciones, emociones, hábitos y modales —entre otras muchas cosas— del entrevistado. El surgimiento de esta tipología, sin embargo, no constituyó el origen del género periodístico por excelencia: la entrevista.

---

<sup>89</sup> Wolfe, T., & Guarner, J. L. (1988). *El nuevo periodismo*. Anagrama

#### 4. Origen y evolución de la entrevista

— «¿Debo considerar el llamado mormonismo como una nueva religión o simplemente como una nueva rama del cristianismo?<sup>90</sup>»

Así daba inicio Horace Greeley a la que se considera la primera entrevista de la historia, publicada en el *New York Tribune*. La transcripción textual del diálogo que el periodista norteamericano mantuvo con Brigham Young, líder de la Iglesia mormona; constituyó el origen de un nuevo estilo de redacción periodística afianzado, hasta la fecha, como el género por excelencia del periodismo.

El estilo inicial de pregunta-respuesta que Greeley estableció, caracterizó el estilo periodístico de la redacción de entrevistas futuras. Es este mismo estilo el que lleva a entender la entrevista como el establecimiento consensuado de un diálogo asimétrico entre dos personas en el que uno tiene el poder de preguntar y el otro de responder lo que quiera siendo, ambos, conscientes de que actúan para un tercero: los lectores de la entrevista. En este sentido, David Vidal sostiene que la entrevista no es una conversación normal, sino que es un «diálogo severamente afectado por su característica de celebrarse para la publicidad, para su difusión mediática<sup>91</sup>».

La intención de toda entrevista queda, por tanto, clara. Su objetivo, sin embargo, difiere de la misma. Tal y como sostiene Begoña Echevarría Llombart, la entrevista «pretende dar protagonismo a las personas, darles voz directa con distintos objetivos<sup>92</sup>». Por lo tanto, será siempre el resultado de un diálogo, pero podrá presentarse con diversas técnicas que variarán en función de su finalidad. En este sentido, Llombart afirma que el género «puede buscar que las personas amplíen la noticia aportando más información, análisis y explicaciones o, incluso, opiniones especializadas sobre los acontecimientos de actualidad. También puede ser una ventana abierta para que lector descubra la personalidad, la parte íntima y privada de los personajes que están en el candelerero. Una pequeña inclusión en la vida cotidiana de las personas que están detrás del personaje público que representan. Y, finalmente, también puede presentarse con un juego, un test psicológico que presenta un retrato inacabado, irónico, cómico del personaje y de entrevistados y lectores<sup>93</sup>». Es desde esta perspectiva, la de la continua innovación, hibridación y evolución desde la cual entendemos la existencia de diferentes tipos de entrevista.

---

<sup>90</sup> Silvester, C. (Ed.). (1997). *Las grandes entrevistas de la historia (1859-1992)*. Distribuidora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, SA.

<sup>91</sup> Balsebre, A., Mateu, M., & Vidal, D. (1998). *La entrevista en radio, televisión y prensa* (Vol. 49). Catedra Ediciones.

<sup>92</sup> Llombart, B. E. (2002). *Las W's de la entrevista*. Universidad Cardenal Herrera-CEU.

<sup>93</sup> Ibídem

#### 4.1. Tipologías<sup>94</sup>

Existen, según Llombart, dos grandes tipos de entrevista periodística escrita diferenciados, ambos, en función de su orientación temática prioritaria: o bien hacia conocimiento de la intimidad y la personalidad del entrevistado (la entrevista llamada de personaje o incluso literaria) o bien hacia la esfera de lo público (la llamada informativa o de declaraciones).

David Vidal propone también un criterio descriptivo de carácter formal: la manera como se incluyen las declaraciones dentro del texto. Así se presenta la primera tipología: **la entrevista de cita y sumario y de pregunta respuesta**.

- La entrevista de pregunta-respuesta<sup>95</sup> es aquella en la que se respeta el estilo dramático del diálogo, reproduciendo las intervenciones del personaje del periodista, precediéndolas de guiones o de una P de pregunta y una R de respuesta.
- La entrevista de cita y sumario, por el contrario, es aquella en la que el periodista decide extraer los párrafos y las frases más interesantes que ha recogido del personaje y articularlas entre sí dentro de un texto expositivo y narrativo.

Existe también la **entrevista de fórmulas establecidas**<sup>96</sup>, que consiste en una especie de encuesta personal hecha sobre el esqueleto de un cuestionario más o menos invariable. Este tipo de entrevistas son, según Martínez Albertos, una especie de «test psicológico que puede servir para revelar la personalidad de quien contesta<sup>97</sup>», especialmente si se respeta todo el bloque de preguntas, ya que éstas actúan como sistema completo y cerrado en sí mismo. Dentro de esta tipología, Cantavella destaca la existencia de subtipos como el cuestionario fijo, la encuesta y la entrevista fingida —aquella en la que se violan deliberadamente algunas de las principales convenciones del género. No son entrevistas 100% reales en el sentido estricto de la palabra—, a la que Vidal considera una tipología en sí misma.

---

<sup>94</sup> Para establecer una clasificación teórico-objetiva sobre la división tipológica de la entrevista periodística, se ha tenido en cuenta la opinión experta de cinco autores: José Luís Martínez Albertos, Montse Quesada, Juan Cantavella, Álex Grijelmo y David Vidal.

<sup>95</sup> También denominada “entrevista de declaraciones”, término acuñado por Albertos y Cantavella; o “entrevista informativa” y “entrevista objetiva” por Montse Quesada y Álex Grijelmo sucesivamente.

<sup>96</sup> Término acuñado por Vidal, Cantavella y Albertos.

<sup>97</sup> Llombart, B. E. (2002). *Las W's de la entrevista*. Universidad Cardenal Herrera-CEU.



Por último, **el encuentro**<sup>98</sup>, tipología a la que dedicaremos un apartado específico por ser la que más nos interesa para la realización de los perfiles que incluirá este trabajo.

---

<sup>98</sup> Término utilizado por Vidal, Albertos y Cantavella. Montse Quesada y Álex Grijelmo, en cambio, se refieren a ella como “entrevista de creación” y “entrevista de perfil” respectivamente. También se le conoce como “entrevista de personaje”.

## 5. El encuentro

La entrevista de personaje, también denominada *perfil* o *encuentro*, trata de ahondar en la personalidad del entrevistado y en su forma de ser y de pensar, al margen de su actividad profesional. Es un texto, por lo tanto, más interpretativo que los expuestos anteriormente. En él hay presencia del periodista, lo que, en definitiva, transmite al lector la imagen subjetiva que en él ha quedado del entrevistado. Para David Vidal, es el periodista el encargado de «interpretar, durante el encuentro, el significado intencional y el no intencional de las palabras y las actitudes del entrevistado, que no tiene más remedio que delegar en el periodista la construcción de su propia imagen<sup>99</sup>». De este modo, «el periodista elegirá qué aspectos han sido relevantes para construir la imagen del entrevistado, y, así mismo, dentro del sistema semiótico global de su escenificación, prestará atención en unos detalles y obviará otros, de forma que acontece constructor de un personaje<sup>100</sup>».

En definitiva, el entrevistador defiende, con su texto, una idea sobre la identidad del personaje al que entrevista. Y, para justificarla, subraya en el texto detalles de conducta, modo de vestir o gustos culinarios, momentos de su vida, anécdotas caracterizadoras, etc. Ello permite, o quizá exige, un uso del lenguaje más creativo y literario que faculte, asumismo, con las herramientas de la literatura ficción-realista, aproximarse a la calidad de la experiencia. En este sentido, mostrar es una manera estratégicamente más potente y persuasiva que contar: describir un gesto de nerviosismo, por ejemplo, morderse las uñas, es periodísticamente más eficaz que tildar de nervioso al personaje.

### 5.1.Referentes internacionales

#### 5.1.1. Gay Talese

Como bien hemos mencionado anteriormente, los primeros *encuentros* llegan de la mano del Nuevo Periodismo, ilustrado y definido por Tom Wolfe. Resultaría, no obstante, inconcebible, hablar de periodismo narrativo y mencionar a Wolfe sin hacer lo propio con Gay Talese, otro de sus principales —y primeros— exponentes.

Pese a compartir contexto y paradigma, Ronald Weber establece un claro contraste entre Wolfe y Talese. «Si situáramos a Wolfe en el extremo literario del nuevo espectro de la no ficción, Talese pertenecería al extremo periodístico. Si Talese es un reportero

---

<sup>99</sup> Vidal i Castell, David (2001), *Alteritat y presencia. Contribucions a una teoria analítica i descriptiva del gènere de l'entrevista periodística escrita desde la filosofia, la lingüística i els estudis literaris* (Tesis doctoral). Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona. Disponible en <http://www.tdx.cat/handle/10803/4163>

<sup>100</sup> Ibídem

que aspira a alcanzar los niveles del arte, Wolfe es un artista que también resulta ser un reportero<sup>101</sup>».

Dentro de este estilo reporterista que Weber menciona, la narrativa de Talese, extraordinariamente literaria, se caracteriza por un marcado papel del narrador omnisciente así como la presencia de la tercera persona. A ello se le suman recursos narrativos como, por ejemplo, los monólogos interiores de los protagonistas o la precisión milimétrica de sus descripciones; ambos patentes en su obra literario-periodística.

Destaca, en este sentido, especialmente, *Retratos y encuentros*. Esta obra es una miscelánea que reúne algunos de los escritos más importantes del autor, catorce en total. Encontramos en ella numerosos protagonistas que van desde Frank Sinatra y Fidel Castro hasta el responsable de los obituarios del *New York Times*. Todos estos personajes quedan plasmados bajo la afilada mirada de Talese, con picos de excelencia como *Frank Sinatra está resfriado*, el más célebre de sus reportajes, aclamado en 2003 como «la mejor historia jamás publicada en Esquire». En él, Talese retrata el comportamiento de la *La Voz* fuera de los escenarios. La crónica consiguió transmitir quién era un Sinatra que, pese a no querer dejarse retratar, permitió a Talese brindar al lector un texto capaz de transmitir —mediante su inconfundible estilo literario— las emociones, sentimientos e incluso pensamientos del cantante siempre desde la periferia; algo que, resalta, según Javier Brox, la gran «habilidad del autor para retratar desde cerca a sus modelos, consiguiendo crear lo que podríamos llamar personajes de no ficción descritos con pretensión literaria<sup>102</sup>».

### 5.1.2. Leila Guerriero

Basándose en el estilo propio de la crónica narrativa, Leila Guerriero expone y reconstruye hechos reales valiéndose de recursos que son más habituales de los relatos ficcionales que de los textos informativos. Considerada en una de las principales exponentes contemporáneas del periodismo narrativo, Leila afirma no creer en «las crónicas interesadas en el *qué* pero desentendidas del *cómo*. No creo en las crónicas cuyo lenguaje no abreve en la poesía, en el cine, en la música, en las novelas. [...] Excepto el de inventar, el periodismo puede, y debe, echar mano de todos los recursos de la narrativa para crear<sup>103</sup>».

---

<sup>101</sup> Weber, R. (1980). *The literature of fact*. Athens, OH: Ohio UP.

<sup>102</sup> Guerrero-Cabrera, S. A. (2016). Gay Talese: Reportero extraordinario para hombres ordinarios. *Jangwa Pana*, 15(2), 212.

<sup>103</sup> Guerriero, L. (2011). *Frutos extraños*. Aguilar

En consonancia con esto, Leila Guerriero ha volcado su periodismo en dos grandes ramas de trabajo cronístico: el periodismo cultural y el de los márgenes de la modernidad (la rama de la violencia y la extravagancia en nuestras sociedades contemporáneas<sup>104</sup>). En estas últimas se condensa, según Sofía N. Maidana, «una de las primeras características de su crónica: volver visible y dar voz a ese *otro* que es excluido del periodismo tradicional o, cuando es tomado en cuenta, es sólo en su calidad de víctima o de objeto de curiosidad y casi nunca como sujeto del relato y de la historia<sup>105</sup>».

La narrativa de Guerriero no trata, en este sentido, temas de actualidad inmediata siguiendo, así, el objetivo primero del periodismo tradicional. Sus crónicas, asimismo, narran las historias de sujetos «cuya existencia hizo posible esta modernización en la Argentina contemporánea<sup>106</sup>». Un buen ejemplo sería el retrato de un hombre de dos metros treinta que llegó a jugar en la NBA, fue una estrella de la lucha libre y, pese a despilfarrar dinero, mujeres y viajes termina su vida solo, pobre y enfermo en su pueblo natal<sup>107</sup>. Guerriero dibuja, también, según Maidana, «una geografía de los argentinos que, en medio de la dificultad, la miseria o la desgracia, intentan salir adelante<sup>108</sup>»: una adolescente que asesinó a su bebé recién nacida, fruto de una violación<sup>109</sup> o un pueblo que es noticia por la cantidad de suicidios cometidos entre la población joven<sup>110</sup>.

Para finalizar, debe destacarse la profunda y explícita polifonía que caracteriza las crónicas narrativas propias de Guerriero. Asimismo, la multiplicidad de voces y de fuentes se conjugan en este género en el que la verdad no está fijamente establecida, sino que lo que hay son interpretaciones y puntos de vista<sup>111</sup>. A ello debe sumársele la capacidad de la argentina para transmitir la sensación de inconclusividad de una historia que continua aun cuando el texto obliga a un punto final.

---

<sup>104</sup> Maidana, S. N. (2016). La crónica narrativa latinoamericana como género híbrido. Los modos de construir la voz propia: el caso de Leila Guerriero

<sup>105</sup> *Ibíd*em

<sup>106</sup> *Ibíd*em

<sup>107</sup> “El gigante que quiso ser grande” en *Frutos extraños*.

<sup>108</sup> Maidana, S. N. (2016). La crónica narrativa latinoamericana como género híbrido. Los modos de construir la voz propia: el caso de Leila Guerriero

<sup>109</sup> “Sueños de libertad” en *Frutos extraños*

<sup>110</sup> “Los suicidas del fin del mundo” en *Frutos extraños*

<sup>111</sup> Maidana, S. N. (2016). La crónica narrativa latinoamericana como género híbrido. Los modos de construir la voz propia: el caso de Leila Guerriero

## 5.2. Referentes nacionales

### 5.2.1. Rosa Montero

La prosa de Montero se caracteriza por una abundante adjetivación, un uso prolífico de metáforas y el reflejo en el texto de la oralidad del encuentro. Opta, asimismo, por la «hibridez entre la reflexión propia del ensayo y las variadas técnicas abarcadoras del gran reportaje, ya que engloba a la crítica y a la crónica para acabar convirtiéndolas en literatura<sup>112</sup>». Explica la periodista, en este sentido, que «la entrevista es en parte teatro y en parte ficción narrativa: un cuento que el entrevistado protagoniza<sup>113</sup>».

En sus entrevistas, Montero también ensalza el acercamiento y la representación del personaje, la teatralización del encuentro y del texto escrito, la descripción integral del personaje y el uso de un lenguaje literario. Un ejemplo representativo sería la trepidante introducción que Rosa Montero hace de su entrevista a Montserrat Caballé:

*«Recibidor de casa más bien modesta, pese a la previsible fortuna de la diva; recibidor de ventana a patio mortecino, recibidor adornado de fruslerías de una estética antigua: espigas de cristal polvorientas y algo rotas, cuadritos de cromos en marcados. Ni una silla, ni un cenicero. Esperamos a pie firme en la penumbra con complejo de cobradores de la luz en pos de una ama de casa un poquitín morosa. Y entonces entra ella, el alma de la casa, la diva, la soprano magnífica, la Caballé de exuberante anatomía, meneando su frondosidad carnal dentro de un traje informe estampado en ramajes. La ceja altiva, el paso agobiado, el morro enfurruñado, la mano gordezuela azotando el aire con irritado gesto. “Buenos días”, masculla; y su voz, en este tono bajo y coloquial, tiene unas aristas agudas y pinturas, una especie de flato vocálico de mujer gruesa que no deja de minar la potencia, la riqueza, la delicadeza infinita de su voz profesional. Dame una media vuelta desdeñosa y nos deja para irse dentro de la sala, con un muchacho extranjero que, al parecer, es músico<sup>114</sup>».*

---

<sup>112</sup> Rueda-Acedo, A. R. (2012). Miradas transatlánticas: el periodismo literario de Elena Poniatowska y Rosa Montero (Vol. 55). Purdue University Press.

<sup>113</sup> País, E. (2011). Reportaje | *Un teatro para el diálogo*. [online] EL PAÍS. Disponible en: [https://elpais.com/diario/2011/10/08/babelia/1318032733\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2011/10/08/babelia/1318032733_850215.html) [Visitado el 18 de marzo de 2018].

<sup>114</sup> Montero, R. (1996). *Entrevistas*. El País/Aguilar

### 5.2.2. Maruja Torres

Maruja Torres, al igual que Rosa Montero, basa sus crónicas en datos extraídos de la realidad periodística y sus propias vivencias<sup>115</sup>, pero pasadas por el tamiz de la propia ideología «vestida con un lenguaje intimista, alejado totalmente de los otros lenguajes del periódico: ni la interpretación ni el editorialismo ni la crítica dan para tanta libertad expresiva. Ahí está el Yo con toda su fuerza persuasiva<sup>116</sup>».

En este sentido, Torres propone un tipo de periodismo que le permite incidir en una hibridación de géneros que mezclan la crónica, la experimentación con el lenguaje, las memorias y la reflexión intimista y personalizada emparejada con la ironía más sutil; lo cual enlaza bien con el ánimo y la estética de la escritora catalana, sumamente inconformista y radical.

### 5.2.3. Montserrat Roig

Tanto Montero como Roig ponen todo su talento al servicio de una captación precisa y matizada de las situaciones o personajes que recrean. Según Chillón, hay en sus textos, sin duda, «explícita e irremediable subjetividad, pero ni asomo de egotismo: escriben desde sí mismas buscando captar y expresar con precisión y elocuencia la calidad de la experiencia contada<sup>117</sup>».

Desde un punto de vista temático, Roig optó por construir un discurso que le permitiese recuperar la memoria histórica de los débiles, de los oprimidos y de las ignoradas. Y este objetivo, en cierta medida programático, está presente en los trabajos periodísticos y en toda su narrativa ensayística y de ficción. Con esta perspectiva, conviene tener presente que Montserrat Roig pertenece a la generación europea que «constituyó una mirada interrogativa hacia el pasado, lo que contribuyó a construir un pensamiento crítico sobre el *statu quo* del presente<sup>118</sup>». En este sentido, para Roig la entrevista es «una mediación del recuerdo, una fórmula de representar la alteridad como cercana para no permitir el olvido<sup>119</sup>».

---

<sup>115</sup> Grohmann, A. (2006). El columnismo de escritores españoles (1975-2005): hacia un nuevo género literario. *El columnismo de escritores españoles (1975-2005)*, 11-43.,

<sup>116</sup> Suárez, L. S., & Carro, M. J. C. (2000). La opinión periodística: argumentos y géneros para la persuasión. Editorial Fragua

<sup>117</sup> Asensio, L. A. C., & Chillón, L. A. (1999). *Literatura y periodismo: una tradición de relaciones promiscuas* (Vol. 5). Univ. Autònoma de Barcelona.

<sup>118</sup> Ajuntament de Barcelona. (2017). *Montserrat Roig 1977. Memoria y utopía - Programes de Memòria*. [online] Disponible en: <http://ajuntament.barcelona.cat/programesmemoria/es/programa/montserrat-roig-1977-memoria-y-utopia/> [Visitado el 18 de marzo de 2018].

<sup>119</sup> Belenguer, M. P. (2002). *Discursos testimoniales en la literatura catalana recent: Montserrat Roig i Teresa Pàmies* (Vol. 19). L'Abadia de Montserrat.

De este modo, los retratos que, mediante este procedimiento, se publican en diversas revistas le permiten montar un *collage* diverso y rico de la cultura catalana del momento; collage que se editará posteriormente en forma de libros en los diversos tomos de *Retrats paral·lels* (1975, 1976 y 1978) y *Personatges* (1978 y 1980).

## 6. Una lengua ácida en tiempos convulsos

Son las siete de la tarde de un día de mayo. O eso dice el calendario. La climatología, sin embargo, parece retroceder al otoño. Cae del cielo una lluvia miserable que anima a muchos a refugiarse debajo de un paraguas. A mí no me hace falta, ya he llegado.

— Tú debes ser Andrea.

Mi mirada se pasea por el Bistró Bardot de la calle Granados hasta dar con la voz que me ha dado la bienvenida. La veo ahí, sentada en la mesa más cercana a la puerta y recolocándose las gafas para ver bien el último mensaje que ha recibido en su teléfono. Su pelo corto y rizado coincide con el tono caoba que domina el restaurante de aire afrancesado. Tiene una nariz fina, recta y pequeña que, como si de un tobogán se tratase, acomoda unas gafas que suelen deslizarse hacia abajo. Su montura redonda y transparente ensalza unos ojos brillantes y traviosos y una mirada sincera y pícara, con un leve toque de locura.

Me sonrío y me invita a tomar asiento.

— Disculpa, dame un segundo. Acabo de enviar unos mensajes a un destinatario erróneo. Menos mal que es alguien de suma confianza y me he dado cuenta pronto — asume, divertida, y recitando, literalmente, los pasos que sigue para enmendar su error —. *Copiar. Pegar. Mandar.*

Sonrío, paciente, y la observo con detenimiento. Tiene un rostro lozano y agradable y una cara surcada por arrugas blandas que evidencian el paso del tiempo. Una voz un poco áspera pero todavía suave y nítida. Y una mandíbula fuerte y cuadrada que esconde una boca fina y unas comisuras ligeramente elevadas que contrarrestan la lengua bífida que ella asegura tener.

— ¿Tú estudias periodismo?

Bloquea su teléfono y lo aleja a un lado como queriéndome decir que está lista para hablar. Seguidamente, me lanza una mirada amable y se cruza de brazos esperando una respuesta.

— Pobrecita —contesta entre risas ante mi tímido asenso— No sabes dónde te metes.

Maruja mantiene sus ojos fijos en mí, pero su mirada ya no me pertenece. Parece que se retrotrae a un tiempo pasado. Quiere decir algo, pero medita bien cómo empezar. Le da un trago al té que ha pedido antes de mi llegada y yo, simultáneamente, reflexiono. Estoy frente a una mujer que se ha hecho a sí misma periodista; una mujer que, pese a



empezar a ejercer en un momento histórico en que una palabra podía acarrear la inhabilitación o, peor, la cárcel, se apiada de mí. Es, cuanto menos, irónico.

— Yo empecé a ejercer esto a lo que llamamos periodismo en el sitio más siniestro del mundo, aunque allí me divertí mucho —ríe, confiada, buscando mi complicidad—. *La Prensa*, se llamaba. Era de todo menos eso. Era un diario de última categoría del Movimiento, era pobre. Existía por existir, pero no tenía una razón de ser.

Como si me leyese la mente, Maruja empieza a hablar, despejando mis dudas y borrando de mi cabeza cualquier boceto de pensamiento en construcción.

— Los rudimentos de la profesión estaban pese al contexto. La realidad, sin embargo, pasaba por otro lado. Era, más bien, una realidad paralela. Era como vivir en un mundo virtual —asegura, casi molesta—. La línea editorial, la línea informativa y la línea, incluso, de pensamiento social que tenían, sobretudo los jefes, no tenía nada que ver con la realidad de la calle... ¿Oye, *tú* no quieres nada?

Estaba tan inmersa en su explicación que olvidé pedir algo al llegar. Le ruego a Maruja que me disculpe mientras me acerco a la barra a pedir un café con leche. Vuelvo con él en la mano y, al tiempo que apoyo la taza en la mesa y me siento, la mujer del pelo caoba me sonrío y me pide un favor.

— No me trates más de usted. En esta profesión todos somos compañeros y todos nos tratamos de tú.

De repente, entra un mendigo al establecimiento buscando resguardo ante la espesa lluvia que cae ahora del cielo. Nos mira y, tras vacilar un segundo, decide probar suerte. Se acerca para pedirnos limosna alegando que tiene hambre y no tiene con qué comer, pero lo único que consigue llevarse es la negativa de Maruja.

— No traigo nada. Conmigo solo salen de casa las llaves para abrir y cerrar la puerta — le dice, con tono condescendiente, al tiempo que coloca su bolso encima de sus piernas.

El mendigo nos dedica una mirada torcida y reprobatoria mientras avanza hasta la siguiente mesa.

— Dice que tiene hambre y está gordísimo. Así, como él, mil. Aún los recuerdo en el Raval.

Existe el estigma generalizado —o al menos existía— de que el Raval es el lugar idóneo al que acudir si se quieren encontrar dos cosas: *drogas y putas*. Como si el barrio renegase del espacio modernista con el que coexiste para asemejarse más a una versión realista de *Grand Theft Auto*. El fenómeno actual de los llamados narcopisos —apartamentos ocupados donde se trafica con drogas— tampoco ayuda a acabar con este desdoro; el de un barrio cuya fama le valió para ganarse un nombre propio y una identidad con menos glamour que las peleas cinematográficas dirigidas por Tarantino. El Barrio Chino.

Resulta curioso que ella naciese ahí; en ese laberinto de callejuelas donde vicio, miseria y delincuencia campaban a sus anchas. Quizá es eso lo que la hizo diferente. Especial. Si me preguntasen a mí, ahora, por el Raval, diría que el problema de los estigmas es que cuesta olvidarlos. Pasarlos por alto. Lo mismo ocurre al generalizar; se obvia lo que se sale de lo común, lo que está fuera de lo ordinario. Y es justamente ahí donde se encuentra Maruja: alejada de lo común y extraordinariamente alejada de lo ordinario.

— Recuerdo —dice, interrumpiendo mis divagaciones— que los editoriales los mandaban desde Madrid. Una vez me tocó ir al que había sido un local de la UGT, ahora convertido en cine, a hacer el paripé. Me limité a grabar el discurso del Ministro de Trabajo y, al transcribirlo a máquina, me di cuenta de lo burro que era el tío. Decía que los obreros españoles también tienen cojones como los toros —dice casi carcajeándose—. Me limité a transcribir el discurso literalmente y el director rompió la nota que había redactado. ¿Por qué? —pregunta, retóricamente, al notar cierta perplejidad en mi rostro—. Porque ya mandaban directamente desde Madrid lo que se tenía que publicar. Ni rastro de “cojones” o “toros” en la nota finalmente publicada. Fui a hacer el paripé.

Maruja entró por vez primera en la redacción de *La Prensa* con veintiún años. «El tardofranquismo aún no tenía cabida. Era franquismo *heavy*», asegura ella. El diario pertenecía a la cadena oficial de periódicos del Movimiento. Allí ejerció de secretaria de redacción animada por la figura de Carmen Kurtz. «Me cambió la vida. Me colocó en el periódico porque leyó una carta que envié y le gustó como escribía». La autora de *El desconocido* fue su maestra. Da la sensación, incluso, de que se convirtió en la madre que nunca tuvo. «Para una niña que nace en el seno de una familia no sólo humilde, sino inculta, conocerla fue lo mejor que me podía haber pasado», reconoce antes de darle, de nuevo, un sorbo a su té.

— Yo empecé en un diario oficial del régimen; pero, en definitiva, al director de *La Vanguardia*, y del resto de diarios, lo seguía escogiendo el franquismo —dijo de repente, sin que viniera a cuento, con un tono firme pero no hostil—. En muchos de ellos, pese a ser sitios asquerosamente franquistas, había buenos periodistas que luego

salieron e hicieron otra cosa. Buenos periodistas —sentencia de tal modo que parece que alguien le esté llevando la contraria—. Cómo ves, el oficio se mantiene pese a todo.

Eso hizo ella en cuanto pudo. Dejó la insulsa columna femenina que solía escribir en el diario del Movimiento —y, con ella, la realidad paralela que se vivía en *La Prensa*— para pasar a escribir en *Garbo*, trabajo que se vio obligada a alternar constantemente con múltiples publicaciones. «Yo colaboraba con todo el mundo, en muchos medios, porque sino no tenía para vivir».

*Garbo* era un semanario de información dedicado a la mujer y dirigido por mujeres. María Fernanda Gañán —fundadora de la revista junto a su marido Antonio Nadal-Rodó— era la directora y la *Escarlata O'Hara de Pedralbes*, en feliz definición de Maruja Torres.

— *Garbo* era prensa rosa de la que ya no existe. Era feminista sin saberlo. Su directora, María, me encargó, para mi primer artículo, un análisis de la diferencia salarial entre mujeres y hombres. En pleno 1963 me encargó un artículo así. Imagínate. Me sorprendió mucho. Para bien, claro está.

De repente, Maruja da un respiro a sus memorias y saca del bolso un paquete de pañuelos. Coge uno y se lo pasea, con esmero, por el labio inferior de la boca.

— ¿Tengo algo blanco aquí? —me pregunta, señalándome la comisura de sus labios—. Es que me he tomado un Almax antes de venir y me suele dejar la boca blanca.

Sonríe ante mi negativa e, hilando soberbiamente su discurso, prosigue.

— Blanca me quedé yo cuando fui a juicio y me inhabilitaron por 9 años —explica, sarcástica, mientras frunce el ceño—. La dueña de la revista, el fotógrafo que hizo las fotos, el que escribió el reportaje y yo, que me limité a revisarlo y mejorarlo, fuimos acusados de indecencia.

Detiene su explicación para coger el teléfono. Pasados unos segundos me enseña una fotografía. Es una portada de *Garbo* en la que aparece lo que, por lo pronto, parece una pareja feliz en actitud cariñosa. Un hombre acomodado en un sofá, sonriente —desnudo de cintura para arriba— acompañado de una mujer, sentada encima de él, en bikini.

— Luis Miguel Dominguín y su sobrina Mariví —explica, con cierta resignación—. Dominguín estaba casado con Lucía Bosé e iba a las cacerías de Franco, así que puedes imaginarte el resto. Era un adúltero. Eso sí, los malos fuimos, como siempre, los periodistas —explica, irónica.

La publicación del reportaje armó un revuelo sin precedentes. En primer lugar, propició la separación del torero con Bosé. Faltaba mucho, sin embargo, para que en España se instituyera el divorcio. «Había que tener, sobre todo, mucho cuidado con los divorcios. En pleno franquismo, todo el mundo era feliz en su matrimonio. Lo que quería la censura, al fin y al cabo, eran mentiras». En segundo lugar, el escándalo fue tal — parece que Carmen Polo de Franco se ofendió al evidenciarse el poco recato de un frecuentador de las cacerías del Caudillo—, que la pareja fue procesada por escándalo público, junto con los autores del reportaje y la propia revista.

— Nos abrieron un expediente a todos los implicados en el proceso de producción y amenazaron con cerrar la publicación. Además, acusaron de escándalo público a los dos protagonistas, que quedaron absueltos al morir Franco. También hubo un indulto para los periodistas, así que yo ya hubiese podido ser alcaldesa —bromea, irónica, intentando restarle importancia al asunto.

De aquellas, Maruja ya colaboraba estrecha y regularmente con la redacción encabezada por la hija de los propietarios de *Garbo*. «En *Fotogramas* teníamos a Elisenda, que era más moderna que ninguna, monísima, tipo Agatha Christie. Una de las mujeres con más inventiva que he conocido yo en la profesión».

Elisenda Nadal vivió desde muy joven las interioridades del mundo editorial. Hija de sus fundadores, pasó de maquetar *Garbo* y *Fotogramas* a convertirse en la subdirectora de esta última en 1962. Nadal moldeó el carácter paradigmático y modernista que caracterizaría a la revista —pese al contexto gris del momento— hasta que, en 1970, cuando la publicación pasó a ser mensual, accedió al cargo de directora y lo acabó de perfeccionar. «Como jefa era perfecta. Ella me dio el mejor consejo que me han dado nunca en una redacción: *escribe como hablas*».

La más pequeña de los Nadal —apodada como *Madame la Directrice* por el ilustre Jaime Figueras— llegó a la revista cinematográfica en un momento en que el éxito de *Garbo* topaba con el fracaso de *Fotogramas*, traducido en un número de ventas ínfimo. Su buen olfato, no obstante, consiguió cambiar el rumbo y evitar el naufragio de la publicación. «Elisenda descubría talentos. A los jóvenes nos hacía mucha ilusión trabajar para ella. Descubrió a Rosa Montero, a mí, a Terenci Moix y Àngel Casas, a Soledad Alameda, en paz descanse... —para, se toma un respiro, y prosigue—. Y a Isabel Coixet, uno de sus descubrimientos tardíos, que trabajó en *Fotogramas* antes de ser directora de cine. Elisenda, donde ponía el ojo ponía la bala», explica, Maruja, con una sonrisa y cierto aire de añoro en sus ojos.

— Éramos modernos y nos dejaban escribir con estilo. Cada uno el suyo. Teníamos sentido del humor, hablábamos con crudeza y con un lenguaje directo. Nos estábamos quitando la caspa, la pelusa y todas esas cosas decimonónicas que arrastraba el franquismo —cuenta, con aires de orgullo.

El cambio de rumbo en la dirección de *Fotogramas* propició, asimismo, el cambio en la dirección de su sede. Con Elisenda al mando, la revista dejó el carrer Tallers y se mudó a la Rambla de Catalunya. Todo ello sin saber, probablemente, que pasarían a compartir edificio con lo que bien podríamos catalogar como unos vecinos indeseables.

— En *Fotogramas* no solamente había censura, sino que esta estaba en el piso de abajo. Compartimos edificio con la Delegación del Gobierno donde trabajaba el censor. Casi nos acostumbramos a vivir con ellos —asume, divertida y mínimamente irónica—. «Ay, os habéis pasado un poco con esa portada, eh», «jolin, cómo ponéis esto», «os voy a tener que multar...» — imita, con cierto rintintín, la voz grave y onerosa de un hombre.

Más que una imitación, roza la parodia. Maruja es graciosa sin querer serlo. Y sin vergüenza de demostrarlo, que es casi más difícil y tiene más mérito. Recuerda un poco a esas películas en blanco y negro de Mr. Bean. De pronto, Maruja detiene su imitación y alarga el cuello intentando mirar a través del cristal de la puerta. «¡Qué bonito! Mira, mira», me dice. Y yo miro, pero no veo nada. «¿Lo ves? ¡Un paraguas amarillo! Se lo va a quitar un buzón verde. O peor, quizá se lo llevan a la cárcel», dice, sarcástica.

Pasa de hablarme de censores a buzones verdes. La situación es, cuanto menos, curiosa. Pienso en ello hasta que los primeros compases de *Twist and Shout* envuelven el Bistró Bardot y veo que Maruja, ciertamente sorprendida, empieza a balancearse mientras se dirige a mí.

— Qué casualidad. Iba a hablarte ahora de *The Beatles* — dice, sonriente —. ¿Sabes? *Fotogramas* tenía glamour en una época en la que era todo muy gris —y nunca mejor dicho—. Piensa que la revista pasó de tener tres tintas —gris, negro, blanco y un rojillo anaranjado— a tener cuixé y fotos en color. Coincide todo con un momento en el que el mundo también es más alegre, con *The Beatles*, y más joven también —afirma, sonriente.

Las primeras colaboraciones de Maruja con *Fotogramas* casi se remontan a los años en que el grupo inglés pisó, por vez primera, el *planot* de flor barcelonés diseñado por Puig i Cadafalch. En pleno franquismo y pese a la aceptación a regañadientes del Régimen, Francisco Bermúdez, representante de Raphael, consiguió la inclusión de España en la gira europea de los cantantes de Liverpool, que sólo pasaron por la Capital y la Ciudad Condal.

Paralelamente, Arias Salgado vivía sus últimos días al frente del Ministerio de Información y Turismo. Manuel Fraga tomó el testigo y protagonizó una etapa que, según el léxico político de la época, iba a ofrecer una imagen “aperturista” frente a las posiciones conservadoras que habían triunfado hasta la fecha. Pura palabrería. «Con su nombramiento, asistimos a lo que fue un lavado de cara del régimen. Un intento, mejor dicho, porque fue de todo menos un lavado de cara. La situación fue, incluso, a peor», asegura Torres con cierto hastío en sus palabras.

Los años de Fraga al mando del Ministerio se revelan, ahora, como los más duros en la represión periodística pese a haberse proclamado, en su día, como única solución ante la fragante represión, acentuada y vigorizada con la Ley de Prensa que adoptó el nombre del susodicho.

— El cambio entre el antes y el después de la entrada en vigor de la Ley Fraga fue evidente y muy notable. Fraga nos obligó a afinar. Antes ibas con todo al Ministerio de la Delegación y te decían que no se podía publicar nada, pero al menos no ibas a la cárcel —asegura, negando con la cabeza y entornando levemente los ojos—. Con Fraga fue peor. Te lo publicaban todo —o casi todo— pero si, una vez publicado, no les gustaba, te abrían expediente, te multaban, te prohibían ejercer durante un tiempo o, incluso, te mandaban a la cárcel.

Aún así, a Maruja nunca le tembló el pulso —ni la pluma—. Alternó sus colaboraciones en *Fotogramas* con su breve estadía en *El Pápus*, revista satírica y neurasténica donde acabó de desarrollar el sentido de humor crítico y ácido que caracterizó su estilo narrativo y que tan poco gustó a los de arriba.

— En *El Pápus* estuve una temporada muy breve porque yo era muy golfona. Lo dejé cuando Manuel Vázquez Montalbán me ofreció trabajar para otra revista —explica, respondiendo a mis dudas—. Él era muy tímido. Recuerdo la famosa escena del ascensor del edificio de la calle Tallers. Me comentó, con su voz grave y mirando al suelo, que iban a sacar una revista de humor —dice, al tiempo que intenta imitarlo agachando la cabeza y encorvando el cuerpo—. Me dijo que era una de las pocas mujeres con sentido del humor y que me quería trabajando ahí.

Veo en sus ojos destellos de luz, probablemente añoranza, al referirse al artífice de Pepe Carvalho. Él le hizo cambiar las páginas de *El Pápus* por las de *Por Favor*, un semanario muy reivindicativo y crítico donde la controversia estaba a la orden del día.

— Miedo a escribir nunca he tenido. Lo que sí teníamos era la decepción continua de que nos cerrasen el medio o nos abriesen expedientes. Recuerdo que nos cerraron *Por Favor* durante cuatro meses y, en ese período, decidimos abrir una revista nueva, *Muchas Gracias*, porque no podíamos ni queríamos estar sin escribir. Éramos jóvenes

inconscientes y estábamos convencidos de que el dictador iba a morir de un día a otro — recuerda, con ternura, antes de llamar al camarero y pedir un sobre más de azúcar para su té —. Fuimos una generación que no tenía nada y tuvo que inventarse cosas. Nos formábamos entre nosotros en un clima de supervivencia y clandestinidad ferviente —explica, ligeramente seria—. Piensa que yo soy una chica sin estudios, nunca fui a la universidad ni hice un curso. Tenía el roce de los amigos que iba haciendo y los novios que iba teniendo —dice, clavando su mirada en mí—. Había muchas inquietudes y muchas asociaciones de todo tipo. Ahí donde podías te asociabas —dice, sonriente—. Pero lo que más hubo a nivel público y visible fueron los movimientos comunistas, el sindicalismo y los movimientos estudiantiles. De hecho, el Sindicato Democrático lo conocí gracias a un novio que tuve que estudiaba en la Universidad de Barcelona.

Repentinamente, Maruja sonrío. Parece orgullosa. «¿Te han hablado de la *Caputxinada* alguna vez?» me pregunta, curiosa. «Este noviete del que te hablaba estuvo allí» dice, tras asentir vehemente ante mi asenso. El escándalo de la *Capuchinada* fue mayúsculo. Casi podría decirse que fue la primera vez que, con Franco al mando, un grupo de sacerdotes desobedecía públicamente y se enfrentaba a las fuerzas de orden público de la dictadura al acoger, en su Convento de Sarrià, a más de quinientas personas que exigían la aprobación de los estatutos fundacionales del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona. Sin éxito. La derecha desgañitó la decisión de los capuchinos de acoger la “comisión de un acto delictivo” mientras la izquierda la consideró un acto de referencia de la oposición catalana ante la represión franquista. La policía, por su parte, persiguió a todo aquél implicado y abrió expedientes por doquier. La tónica habitual. «No se consiguió nada, pero yo creo que sin el movimiento estudiantil no se hubiese conseguido ni la mitad de lo que se consiguió. Por eso sois tan importantes los jóvenes» reflexiona, sincera.

— Había cosas de estas, pero no todo el mundo estaba alzado o quería estarlo —dice, negando con la cabeza—. Al fin y al cabo, había muchos momentos de desánimo porque se era consciente de que Franco seguía vivo y fusilaba — asume, con dureza, al tiempo que encorva ligeramente el cuerpo.

Hace una pausa sin dramas, como quien ha pensado en eso muchas veces, al tiempo que desecha el envoltorio del sobrecito de azúcar que acaba de vaciar en su vaso.

— Miedo a escribir nunca tuve — repite, de nuevo, como si tratase de convencerme a mí, o a sí misma, de la veracidad de dicha afirmación —. Mi suerte fue que nunca pisé una cárcel — prosigue mientras da vueltas al líquido con su cuchara —. Pero tuve compañeros que sí. Huertas Clavería...

Se detiene y su gesto me indica que está pensando.

— También pasaron por allí Martí Gómez y Ramonet —un tándem con reminiscencias a los tintines belgas de los cómics con el que compartió redacción en *Por Favor*—. Siguen vivos, pero me gusta imaginar que siguen igual. Martí, bajito, con su pipa y sus gafas y Ramonet, alto, pelo largo y bufanda larguísima —dice, al tiempo que utiliza el fular rosa que trae anudado al cuello para imitar el pelo largo de Ramonet—. Eran como dos anarquistas que hacían excelentes entrevistas.

Hace una pausa y vuelve a pasearse el pañuelo por la comisura de los labios, esta vez con más calma. Seguidamente, se mira en el reflejo de la pantalla de su teléfono y, contenta con el resultado, esboza una sonrisa.

— Yo, en cambio, era una frívola. Estaba en *Por favor* y en *Fotogramas* escribiendo de humor. Recuerdo —dice, al tiempo que coge su vaso transparente a modo de brindis— que llegaba a la redacción y lo primero que hacía era ponerme un vaso de whisky. Me paseaba por toda la redacción contando lo que había hecho la noche anterior. Muchos se escandalizaban y se ponían coloradillos — recuerda, con la mayor sonrisa que me ha ofrecido desde que llegué aquí—. Fue una época maravillosa, con todos los sustos incluidos.

Maruja, mordaz y tierna a partes iguales, tuerce, ligeramente el rostro hacia su izquierda y lo apoya sobre su puño cerrado. Suspira mientras, con la otra mano, aprovecha para darle vueltas a su cuchara en el sentido contrario a las agujas del reloj. Lleva kilos y kilos de periodismo en la mochila. Me pregunto, para mis adentros, si por eso necesita apoyarse en un bastón cada vez que da un paso.

— ¿Sabes? Yo no sé si sería periodista ahora —su confesión me pilló por sorpresa y me desconcierta e intriga a partes iguales.

— ¿Y, entonces, qué serías? —pregunto, contrariada y algo ansiosa.

— Estoy convencida de que lo que más me gustaría es ser historiadora británica. Me encanta leer cosas sobre el Imperio británico; cuántas más, mejor. Así me aislo — sonrío, sincera y, hasta cierto punto, pícara—. Aún así, no me arrepiento de nada de lo que he hecho, lo volvería a hacer. Me tocó buena época; vi lo que era la censura, el franquismo, viví la transición y viví la eclosión de las libertades, el nacimiento del feminismo... Todo. Estoy contenta de la academia que he tenido. La mejor forma de expresarme fue en el periodismo y entre periodistas.

Parece que ha parado de llover. Empiezan a sonar los primeros acordes de una canción de aquel cantante y actor estadounidense rey del *rock and roll*. *Suspicious mind*. Maruja sonrío, parece que le gusta la canción. O el artista. Quizá ambos. Tararea al tiempo que



llena su vaso, medio vacío, con el líquido restante de té que queda en la prensa francesa.

— Yo trabajaba para comer, y eso me llevó a aprender sin darme cuenta —recuerda, con ojos que rezuman melancolía, mientras se quita las gafas y saca una gamuza del bolso para limpiarlas.

La mujer del pelo caoba que tengo enfrente se hizo una carrera a sí misma al tiempo que se paseaba por redacciones para tener algo que llevarse al estómago. «No tenía estudios ni colegios a los que asistir, pero me fascinaba leer». Convirtió la lectura en su principal referente, en su formación. «Me llamaba muchísimo la atención que hubiese mujeres escribiendo. Recuerdo las crónicas de Josefina Carabias para *El Noticiero Universal* y las críticas teatrales de Mari Luz Morales para el *Diario de Barcelona*. Me fijaba en quien me gustaba y soñaba con escribir algún día la mitad de bien. Y ya está». Lo dice, restándole importancia, como si fuese lo más sencillo del mundo.

— ¿Cuántos años tienes ahora? —pregunta, curiosa—. Si acabas este año la carrera debes rondar los veinte —dice, antes de dejarme responder—. Yo, cuando tenía 16 o 17 años, leía siempre a un tío que firmaba sus crónicas bajo el nombre de Martín Girard —Gonzalo Suárez—. A mí el deporte me es indiferente, ni me gusta ni me deja de gustar, pero una buena crónica siempre me la leo. Y él hacía unas crónicas deportivas excelentes.

El hijastro de Helenio Herrera, considerado el mejor entrenador de la historia del Inter de Milán, lo mismo entrevistaba a un pseudo-deportista que mantenía charlas furtivas con Pelé en el bar de un hotel. Gonzalo Suárez acercó con sus crónicas, a trompicones, el Nuevo Periodismo a España. La corriente, surgida en Estados Unidos de la mano de Tom Wolfe marcó, paralela e inconscientemente, el estilo de Maruja, mujer considerada, junto a otros grandes como Manuel Vicent, pionera en la inclusión y posterior desarrollo del periodismo narrativo en nuestro país. «No tenía ni idea de que ya existía una corriente así en Estados Unidos. Yo me fijaba mucho en Suárez. Le leía a él y a muchos otros tratando de encontrar un estilo. Buscaba hacer las cosas de una forma personal, implicándome y con un punto de vista diferente. Es curioso que, en los años 60, Gonzalo estuviera escribiendo así y que yo, al mismo tiempo, intentase ser moderna fijándome en él, inconsciente de que él hacía lo mismo que yo mirando a Estados Unidos».

— Leía mucho, también, a Oriana Fallaci —me dice, algo seria—. Con los años la hemos llegado a odiar, pero cuando empezó nos deslumbró a todos. Escribía diferente. Como Tom Wolfe o Truman Capote, aunque a ellos los conocí más tarde —recuerda—. A Capote lo conocí con *A sangre fría*, gracias a Terenci Moix, su fan número uno. Qué

disgusto se llevó cuando le dije que mentía demasiado para ser un reportaje —dice, riéndose, mientras se inclina hacia delante, hacia mí—. De Wolfe me fascinó una recomendación que me hizo mi amigo Jorge Herralde, de Anagrama. Recuerdo que era un relato sobre una cena benéfica que un director de orquesta guapísimo celebraba en su apartamento —dice, mientras intenta recordar el nombre del susodicho—. Quería recaudar fondos para los Black Panthers. ¡Joder! No recuerdo ahora el nombre. Me vendrá, me vendrá —asegura—, no te preocupes.

Parece que la lluvia vuelve a caer, esta vez con más fuerza, sobre las calles de Barcelona. Fuera, Maruja divisa a un grupo de ancianos que intentan, aprisa y sin éxito, abrir sus paraguas. Ella esboza una sonrisa —más burlona que tierna— al tiempo que me dice, en voz alta: «míralos, esos están más muertos que yo». Me río. Esa no me la esperaba.

— ¡Leonard Bernstein! —exclama, llamando la atención de la mesa de atrás—. Eso es. Si no me ha venido antes a la cabeza es porque retengo mucha información —asegura, con satisfacción y aires de orgullo—. Este tío celebró una cena para recaudar fondos para los Black Panthers, sector violento. Irónicamente, el servicio de camareros lo formaban negros. Ahí está la noticia. Es buenísimo —dice, exaltada—. Wolfe narra cómo los tuvieron que esconder antes de que diera inicio la cena. Me fascinó y yo intentaba, en la medida de la posible, hacer lo mismo. Luego me asignaban un rodaje de mierda en Barcelona y lo contaba como si fuera *juf!*, lo más de lo más.

El camarero se percata de que mi taza y el vaso de Maruja ya están vacíos. Se acerca, con una amable sonrisa, al tiempo que saca, de un bolsillo de su reducido delantal, un pequeño bloc de notas. Maruja debe conocerle. O eso pienso al ver cómo le toca el brazo para llamar su atención y decirle que el té estaba tan bueno como siempre.

El camarero se retira en cuanto Maruja y yo le decimos que, por el momento, no pediremos nada más. «Te estoy contando muchas cosas» me dice, contenta.

— Te tengo que preguntar por *El País* —le digo, serena, esperando que su estado de humor no cambie al hablar de Cebrián.

— ¡Ya tardabas! —dice, sonriente, como si lo esperase desde que me vio entrar por la puerta del Bistró Bardot—. Tengo que decirte —empieza, con cierto tono reprobatorio—, que cuando yo empecé, *El País* era el sitio más moderno y progresista en el que se podía entrar a trabajar. Tenía una cosa muy buena: era el primer experimento periodístico, capitalista y democrático que tenía a buenos periodistas y pagaba bien al mismo tiempo. Quien trabajaba ahí sólo tenía que preocuparse por hacer bien su trabajo, porque de ser así tendría para vivir. Nada que ver con ahora.

— ¿Si tuvieras que describir, con una frase, a *El País* de ahora, cuál sería? —pregunto, entre pícara y curiosa, al tiempo que espero una respuesta que sé, de antemano, que será lo suficientemente sarcástica e irónica como para hacerle esbozar una sonrisa.

— Descanse en paz —dice, antes de carcajear.

En el otoño del 81, Maruja entra a trabajar en *El País*, un diario con el que ansía desesperadamente colaborar. «Es lo más profesional, moderno y progresista que hay en esos momentos, y yo, que soy una especie de náufrago de casi todas las aventuras periodísticas que tuvieron lugar en mi ciudad en los años 60, en el último franquismo, durante la Transición y al principio de la democracia, anhelo estar ahí», escribía Maruja en su libro de memorias. Pasó allí más de 30 años. «Es cierto que *El País* nunca fue de izquierdas. Era liberal, pero en el mejor sentido, antiguo, originario, de la palabra. Plural, salvo cuando le tocaban la economía. Dejaba hacer, cuando no perjudicaba sus intereses. Y en lo tocante a la sección que a mí me interesaba más, la de Internacional, era claramente progresista», aseguraba en *Diez veces siete*.

— En la autónoma fue donde di yo por culo a *El País* por primera vez. Acababan de declarar un ERE. Sala llenísima y yo llenándome la boca diciendo que hay que contar siempre la verdad. «Si queréis contar otra cosa, aquí al lado tenéis la facultad de publicidad», les dije. Después de decir esto, un muchacho se levanta y me pregunta qué opinión tengo sobre Juan Luís Cebrián y sobre el ERE que acaba de promulgar. Me dije a mí misma, «cariño, la suerte está echada». Después de haber dicho a esta gente que hay que contar la verdad, tienes que tomar ejemplo y hacer lo mismo. Así que les conté que Cebrián es un puto Saturno que se está comiendo a sus hijos. Y que, además, tiene aspiraciones de convertirse en el rey de Wall Street pero no es más que un sardinilla —me cuenta, entre sonrisas cómplices—. No, no me arrepiento —dice, como si me hubiese leído la mente—. Ahora soy feliz. Leo mucho. Y veo a mis amigos. Y me cuido con todos los médicos del mundo. Los muy cabrones me pusieron una rodilla de titanio hace poco— dice, al tiempo que se sube el pantalón marrón a la altura de la rodilla para enseñarla. Tiene una tirita que recuerda a la cinta aislante gris. Se la toca y sonrío, orgullosa—. También veo mucho a mi dentista. De hecho, hace unas semanas me abrió el paladar y me dejó catatónica 3 horas. Soy de titanio, pero no el Guggenheim— dice, entre risas—. Pero aquí me ves, como una reina estoy yo.

Son las ocho y media pasadas. Empieza a oscurecer y las nubes, que habían dado cierto respiro a los transeúntes, empiezan a expulsar una tímida lluvia. Suena *Always on my mind* cuando Maruja se levanta y se dirige a la barra alargada del establecimiento. Le sigo con el monedero en la mano.

— Ni se te ocurra. Invito yo, que no es nada.

Intento, sin éxito, hacerle cambiar de parecer. El camarero del delantal me dice que ya está todo pagado y agradece nuestra visita. Al salir, Maruja me agarra, afable, del brazo. Me recuerda un poco a mi abuela, casi es tan cercana como ella. No caminamos ni 50 metros y ya nos han parado, como mínimo, tres personas.

— Eres toda una *celebrity* —le digo, sorprendida.

Ella se ríe y se agarra a mí con más fuerza.

— ¡Casi, casi! —dice, irónica—. Yo soy una chica de barrio, ¿sabes? Siempre lo he sido y siempre lo seré. Me gusta la vida aquí. Lo tengo todo cerca: mi peluquería, —dice, señalándome el establecimiento, al tiempo que saluda a una mujer que está cortándole el pelo a otra —la frutería, el mercado... Todo. Cuando me despidieron de *El País*, tuve que vender mi piso de propiedad. Se lo vendí a un egipcio. Pero no me fui lejos, ahora vivo en la calle de enfrente.

Seguimos andando hasta llegar a un cruce. De repente, Maruja se gira y me obliga a hacer lo mismo.

— ¿Ves a ese? —susurra, señalando disimuladamente a un hombre con bigote de avanzada edad—. Ese era el portero en el piso en el que vivía antes. Era limpiador de botas aunque sigue siéndolo en su cabeza. ¡Tendrías que verlo cuando se pasa por aquí Bertín Osborne! —dice, intentando imitar el movimiento con las manos de un limpiabotas—. Baja rápidamente con su caja para limpiarle los zapatos.

Se pone verde. Me fijo en su bastón, que palpa sutilmente las baldosas de la plaza de Enrique Granados. Agarrada a mí, Maruja parece utilizarlo más como un complemento que como una necesidad. Tiene pequeñas manchas rojas y blancas hechas con pintauñas *Chanel*. «Es obra totalmente mía. Otro igual no habrá, eso seguro».

Llegamos a su portería. Maruja me suelta y cruza las manos sobre la empuñadura del bastón. Pero no entra, se queda hablando conmigo.

— Así que este año te gradúas —dice, casi atónita—. Es una pena que la carne del periodista esté tan barata ahora. Los periodistas que salís ahora, los jóvenes, sois los que tenéis que cambiar el sistema, que se ha vuelto muy malo. Tendréis que salir al ruedo igual que salimos nosotros —dice, mirándome por encima de la montura de sus gafas—. Antes teníamos la esperanza de la democracia, ahora la democracia la tenemos donde está la esperanza.

Hace el ademán de despedirse. Pero antes, me pregunta algo que me sorprende y me desconcierta a partes iguales.

— ¿Has visto Blade Runner 2? —dice, al tiempo que suspira aliviada ante mi negativa  
—. Mejor, es malísima. Es como hacerle una paja a un muerto: no se acaba nunca.

Su respuesta me hace sonreír. No me la esperaba. Tampoco me la esperaba, a ella, así; cercana, amable, simpática y, sobre todo, jovial. Entiendo, ahora, perfectamente, al tímido Montalbán que le pedía que formase parte de *Por Favor*.

Ahora sí, Maruja se despide. Me agarra de la mano al tiempo que me dedica una sonrisa sincera y me ofrece su mejilla. Tarda en encontrar la llave que abre el portal. «Siempre igual», se ríe. La veo subir las escaleras ignorando el ascensor que tiene a mano izquierda. La veo alejándose, perdiéndose entre escalón y escalón y pienso, para mis adentros que, tras veinte mails y dos meses intentando cuadrar un día para verla, la espera ha merecido la pena.

## 7. Cuando cada mesa era realmente Vietnam

Hace exactamente 65 años, las salas de cine españolas abrían sus puertas —o, mejor dicho, sus proyectores— a la película estadounidense *Mogambo*. La película iba a ser, bajo la dirección del veterano John Ford, una versión recatada, propia de la época, de la tórrida *Red Dust*. Subrayo lo de versión recatada. Y lo de tórrida. Eufemismos, ambos, para los censores del momento, que decidieron tirar de imaginación —y nunca mejor dicho— para alterar un argumento y unos diálogos *demasiado* pasionales a su parecer.

Situémonos: *Mogambo* —término en swahili que, irónicamente, representa aquello que exigía censurarse— ilustra una relación de adulterio protagonizada por un Clark Gable en su momento más atractivo y Jean Harlow, la explosiva rubia platino que encandiló al mundo con *Los ángeles del infierno*. Infierno en el que acabaría, pensarían los censores, tras ver cómo en *Mogambo*, pese a estar casada, acaba enamorándose de otro que no era su marido. Entenderán ahora, probablemente, eso de argumento y diálogo *demasiado* pasionales.

Imagino a los censores encargados de revisar el argumento de la película estadounidense frunciendo el ceño, echándose las manos a la cabeza y maldiciendo a John Ford en voz alta “¿Cómo se le ocurre?” “¿En qué piensa este americano?” Ignorando, al mismo tiempo, cuál iba a ser el resultado final de esos cambios que ejecutaban con orgullo y sensación de deber patriótico. A veces es peor el remedio que la enfermedad. Y *Mogambo* —o “pasión”— es el ejemplo perfecto. Dubitaciones a un lado, la censura convirtió al matrimonio de Harlow y Sinden —su marido en el film— en hermanos. “Ya no hay adulterio”, pensaron. “Pero sí incesto”, pensó el resto.

Voy pensando, yo también, en todo ello, mientras deambulo por la Gran Vía de les Corts Catalanes. Río para mis adentros. Ya no podrían echarse, nuevamente, las manos a la cabeza; pero si supieran esos censores adónde me dirijo, probablemente se revolverían en sus tumbas.

Librería Alibri. 19:00h. Olga Sobrido, editora adjunta de Jot Down, fue muy específica. Llevo enviándole mails prácticamente dos semanas preguntándole, insistentemente, si existe algún modo de contactar con Enric González. Probablemente cansada de mi insistencia, Sobrido acabó recomendándome que asistiera en persona a la librería en la que Enric iba a presentar, junto con otros miembros de Jot Down, un nuevo libro en el que ha colaborado. *Tócate*. Un título casi tan sugerente como el significado en swahili de *Mogambo*.

Dejo atrás la Gran Vía y giro a la derecha por la calle Balmes. A unos 100 metros, veo un cartel vertical que reza “Alibri Lliberies”. En la entrada me encuentro de frente con dos hombres que charlan, despreocupadamente, impasibles al bullicio exterior. Están justo en la puerta, por lo que no distingo sus caras hasta que uno de ellos me la abre y me invita a entrar.

— ¿Vienes a la presentación? —deduce al ver el papel propagandístico que llevo en la mano—. Empezamos en diez minutos.

Yo asiento y, seguidamente, entro dentro. No quiero interrumpir más de lo que ya lo he hecho. Y menos tras haber reconocido al hombre que me ha dado paso hace unos segundos. Es imposible pasar por alto ese acento gallego y no reconocer al autor de *Libros peligrosos*. Sí, era Juan Tallón. Y su acompañante, Enric González.

Ojeo la contraportada de algunos libros intentando hacer tiempo e incapaz, simultáneamente, de no fijarme en ambos a través del cristal. Conversan, animadamente; quizá sobre sus vidas, quizá sobre sus planes para mañana o, quizá, simplemente, sobre cómo piensan abordar la presentación de un libro dedicado a todo aquel que (se) toca sin culpas. No es para menos. Hablarán, ante una veintena de personas, de los relatos eróticos sobre masturbación que han escrito para *Tócate*. Así que, si tuviera que decantarme por una, probablemente daría por cierta la tercera opción.

Absorta en mis pensamientos, decido que va siendo hora de dirigirme a la sala que acogerá la presentación. Ellos no tardan en llegar. Enric es el último en tomar la palabra. Durante toda la presentación ojea el libro, curioso, y pregunta. Pregunta mucho. Yo, que le miro desde la distancia, observo su cabellera blanca y pienso instintivamente en su padre. Francisco González Ledesma, un abogado-escritor reconvertido al periodismo a los 40 años que prefería que su hijo siguiera sus pasos antes que su sueño de convertirse en un veterinario. Mi padre pocas veces se equivoca, pienso. El de Enric, probablemente, no se equivocó nunca.

Acabada la presentación, la veintena de asistentes deja atrás las sillas negras en las que han permanecido sentados durante la última hora y empiezan abalanzarse, lenta pero firmemente, hacia los vocales; como si el fin de la presentación hubiese dado paso a una especie de competición a ver quién consigue antes la firma de Tallón y Enric.

Veo a este último sentado tranquilamente en un rincón firmando autógrafos y mostrándose sumamente cortés con todo el mundo. No había traído ningún bolígrafo, pero Tallón, previsor y cauto, trajo más de uno.

— Toma, hombre. Pero no me lo pierdas, que lo veo venir —le dice el ourensano, consiguiendo esbozar una sonrisa pícaro en el rostro de González.

Yo permanezco sentada, quieta y paciente, a la espera de que el alboroto amaine de algún modo. Cuando sólo quedan un par de personas hablando con Tallón, decido acercarme a Enric y le propongo aquello de lo que llevo hablándole a Sobrido durante quince días.

— Quieres hacerme una entrevista, ¿a mí? —pregunta risueño y asiente ante mi tímida afirmación— no hay ningún problema.

Me escribe su correo electrónico en mi teléfono y me invita a escribirle cuando quiera para cuadrar un encuentro. Le tomo la palabra y, una semana después, me pongo en contacto con él.

Enric vive ahora en París. Está allí desde que, en 2016, *El Mundo* le asignó la corresponsalía de la ciudad de la luz y, para muchos, también del amor. «Estoy de corresponsal en París, muy contento de no estar en España en esta época tan triste. Es que no me parece ni informativamente interesante», dice, honesto y, hasta cierto punto, molesto, minutos después de empezar la entrevista.

En Alibri, el hijo de Ledesma me dijo que sería imposible vernos por Barcelona. «No tengo previsto volver hasta finales de junio», aseguró. Luego, tras vacilar unos segundos, pareció dar con la solución. Internet hizo el resto.

Enciendo el ordenador e inicio sesión en Skype. A 1000 kilómetros de distancia, él hace lo mismo. Le veo, ahora, a través de la pantalla. Él esboza una sonrisa al tiempo que busca, en una funda, sus gafas de montura gruesa y negra. Yo, por contra, le observo detenidamente. Sesenta años a sus espaldas y cada vez más parecido a su padre. Tiene un rostro expresivo y tirando a cuadrado que casi siempre está preparado para esbozar una sonrisa. Barbilampiño, como Ledesma, y coronado por un remolino que obliga a su cabello grisáceo a nacer lateralmente sobre una frente alta y amplia. Me fijo en su mandíbula, fuerte, y en sus ojos estrechos de color oscuro, rodeados de cordiales arrugas capaces de narrar historias sin hacer uso de plumas o máquinas de escribir. Pese a su tez áspera, su cara no es dura. Superpone un refinamiento y una amabilidad casi angélicos a una apostura probablemente involuntaria que complementa una melodiosa voz y unas orejas atentas y predisuestas a escuchar lo que otros pasamos por alto.

Un pitido ciertamente estruendoso pone fin a mis divagaciones y consigue sobresaltar a un Enric que, instintivamente, gira la cabeza hacia lo que imagino como su puerta de entrada.



— Disculpa, Andrea. Imagino que es el portero —dice, al tiempo que se aleja del ordenador y va a comprobar si sus suposiciones son ciertas.

Oigo, al otro lado de la pantalla, una conversación en francés que, por falta de entendimiento, no consigo descifrar más allá de un tímido «Merci, Ulises» que Enric parece entonar con aires de despedida.

— Ya está —asegura, acomodándose, de nuevo, en el sillón oscuro que llevo observando, vacío, unos segundos—. Hola, muy buenas —dice, amable y dándome a entender que ya está dispuesto a empezar—. ¿Cómo estás? Espero que no sea muy difícil —dice, sonriendo ligeramente, refiriéndose a la entrevista.

Veo, casi a contraluz, su rostro. Está cerca de una ventana a través de la cual soy capaz de discernir un edificio marrón. Instintivamente me pregunto si, al asomarse, Enric será capaz de ver las calles de la ciudad que él define como de aceras heladas y cielos de capote marengo. Lleva viviendo allí 2 años de la mano de *El Mundo*, que le acogió cuando el ERE de Juan Luís Cebrián le dejó en la calle con cincuenta y tres años.

El autor de *Historias del Calcio* ha trabajado para *El País*, ha colaborado con *Jot Down* y [eldiario.es](http://eldiario.es), ha pasado por la redacción de *El Periódico de Catalunya* y se ha asentado, como corresponsal, en Londres, París, Nueva York, Washington, Jerusalén y Roma. Se dice pronto. Años de periodismo a sus espaldas y, aún así, pocos recuerdan cómo, cuándo y por qué empezó. Y es una historia, cuanto menos, curiosa.

— Si la memoria no me falla, yo empiezo a trabajar con 17 años, a mediados de los 70, en un contexto pre-constitucional con todas las medidas franquistas aún en su sitio —recuerda, algo serio—. Yo de pequeño quería ser veterinario, pero mi padre me ofreció un trato —me cuenta, divertido—. Para estudiar veterinaria tenía que irme de Barcelona y alguien tenía que pagarme la estancia fuera, así que mi padre me ofreció una beca de seis meses en *La Hoja del lunes* y me dijo que, si al cabo de ese tiempo no me gustaba el oficio, me financiaría la carrera de veterinaria en Zaragoza —dice, sonriente, al tiempo que se acomoda gustosamente en el sillón. Suspira, se toma unos segundos, mientras parece ordenar sus ideas—. La verdad es que la industria, en ese momento, estaba cambiando mucho. Bueno, más que la industria, los periodistas eran los que intentaban cambiar —entrelaza sus dedos y apoya sus codos en el reposabrazos del sillón oscuro—. Tradicionalmente, muchos periodistas eran también funcionarios porque el sueldo del periodista no daba para gran cosa. Muchos optaron por dejar la prensa y se quedaron con su puesto de funcionario municipal o lo que fuera. Las redacciones, en parte, se despoblaron, y eso abrió hueco a gente como yo, un indocumentado total. Un chaval de 17 años, sin título ni experiencia, ni nada. Fue una época muy atípica.

Esperemos que no se repita algo así —ríe, irónico, buscando la complicidad en mi mirada.

Con diecisiete años, hoy en día, uno no ha acabado la carrera de Periodismo. Ni siquiera la ha empezado. Enric, no obstante, llegaba a la Rambla de Cataluña para entrar, sin saberlo, en una redacción que marcaría un antes y un después en su vida. Suena a tópico, pero así fue. Allí trabajó con Santiago Ramentol, un periodista «amable y metódico» encargado de las páginas de Nacional que, meses después, acabó desapareciendo y cediendo su lugar a un menor de edad que soñaba con convertirse en un futuro veterinario. «No me divertí especialmente, pero sí puedo decir que descubrí que aquello era entretenido, sobre todo por la fauna que pululaba por las redacciones. Luego, cuando me llamaron de un diario de verdad y me ofrecieron un puesto de auxiliar de redacción con un sueldo de 40.000 pesetas pensé “bueno, pues sigamos probando”. Y ya me ves, he seguido probando hasta hoy».

Un puesto fijo y 40.000 pesetas —lo que, ahora, vendrían siendo unos 240 euros— lo llevaron, decidido, a *El Correo Catalán*, un diario fundado por un cura en 1876 para defender el carlismo y el catolicismo integrista. Le contrató Lorenzo Gomis, un director que acababa de estrenarse sustituyendo a Andreu Roselló, que junto a Manuel Ibáñez Escofet había hecho del Correu un diario ágil y moderno para la época, de orientación catalanista. Allí conoció a José Martí Gómez, alguien que, años atrás y sin saberlo, acabó por decantar la balanza a favor del periodismo y en contra de la veterinaria.

— Antes de aceptar el trato que me ofreció mi padre fui a hacerle una falsa entrevista a Martí Gomez sobre periodismo. Fue la primera entrevista que hice en mi vida. Casi podría decir que me convenció él [a aceptar el trato] —recuerda, con cierta añoranza en sus ojos—. Siempre me leía su columna de *Los Monos (Ver, oír y callar)*. Me caía simpático y le consideraba un periodista brillante y puñetero. Mi ídolo, en resumen. Era un reportero espléndido. Sigue siéndolo, de hecho, aunque esté muy mayor —dice, con orgullo y cierta nostalgia—. Le conocí a través de mi padre, que fue su jefe antes de irse a *La Vanguardia*.

Su padre, Francisco González Ledesma —Silver Kane para los amantes del Oeste norteamericano— se llevaba consigo a la redacción de *El Correo Catalán* a un jovencísimo Enric que no pasaba de los diez años. «Mi abuelo estaba muy enfermo y mi madre dedicaba su tiempo a cuidarlo. No había nadie para dedicarme a mí un rato así que me iba con mi padre por las noches a la redacción. Me echaba una jornada laboral hasta las 8 de la mañana y veía cómo trabajaba aquella gente». Enric, ahora, lo recuerda divertido y entre risas. Es curioso, cuanto menos, que acabase siendo aquella misma redacción, la de *El Correo*, la que marcase, años después, su inmersión sin retorno en el mundo del periodismo.

— Mi padre empezó siendo abogado y escritor censurado y luego escritor con seudónimo de novelas populares. A eso de los 40 años se pasó al periodismo y, para él, eso supuso una liberación. Le encantaba el periodismo. Yo no tenía esa vocación. No me gustaba escribir, de verdad —asegura, honesto, ante mi descarado estupor—. Lo vivimos toda la familia con cierto pavor porque los ingresos domésticos bajaron de una forma drástica. Hubo unos años de gran penuria —murmura algo inteligible y, seguidamente, se toma un respiro—. Como abogado, mi padre se ganaba muy bien la vida, estaba especializado en derecho de propiedad intelectual y demás; y claro, él entró en un diario con cuarenta años y en prácticas cuando la prensa, de aquellas, pagaba lo que pagaba —dice, frunciendo el ceño.

Detiene, súbitamente, su discurso, al tiempo que su cuerpo deja atrás el respaldo del sillón y se acerca a la mesa en la que tiene apoyado el ordenador. Coge una taza blanca de porcelana opaca. Sorbe un trago largo y pausado mientras pestañea, con ímpetu, sin mirar directamente a la pantalla.

— Era más divertido cuando trabajaba como abogado porque venían actores a casa y cosas de esas. Eran famosos y eso a mí me hacía mucha gracia. Los periodistas, en cambio, me parecían todos unos saltimbanquis —dice, sincero—. Es la verdad —sonríe—. Yo me convertí en uno más y adelante.

De la boca de Ledesma escuchó maldecir, por primera vez, aquella palabra que persiguió, deliberada e intensamente, el trabajo de todo periodista durante y después de la muerte del Caudillo: *censura*. Con 21 años, el *padre* del inspector Méndez obtuvo el premio Internacional de Novela de Plaza y Janés por *Sombras viejas*, una novela que no pudo publicar en España al considerarle, la censura, un "rojo" y un "pornógrafo".

— Se pasaba la vida en casa hablando de la censura y diciendo cosas muy poco bonitas. Se lo censuraban todo. Incluso había que ir con cuidado con las novelitas populares; no se podía hablar de culos, ni de tetas... Había que utilizar unos eufemismos rarísimos —asegura, contrariado—. La censura era algo que existía y había de tenerse en cuenta —asume, ciertamente molesto—. Yo, por ejemplo, durante una época formé parte de un grupo de música. Componía las letras de las canciones, que tenían que pasar por la censura previa siempre. Cada concierto implicaba llevar las letras al Gobierno Civil para que el censor las leyera y pusiera el estampado de permitido. Vivías con eso —cuenta, al tiempo que entorna, ligeramente, los hombros.

— Con tanto control... ¿no teníais miedo? —pregunto, desconcertada, ante su atenta mirada.

— Miedo pasamos antes del 75. A partir del 75 empieza a desaparecer el miedo, aunque seguía habiendo bombas de la ultraderecha y la ultraizquierda —dice, como si nada—. Realmente a la prensa le afectaban más las de la derecha que las de la izquierda: la bomba en *El País*, la bomba en *El Popus*... Era una época extraña, sí —suspira, al tiempo que apoya sus manos en el apoyabrazos contiguo al sillón—. Cualquiera que viajara en el tiempo de hoy hasta aquel momento se sorprendería. Primero, por el extremismo ideológico de la mayoría de redacciones; había gente muy a la izquierda del partido comunista, todavía había gente falangista... Eran redacciones mucho menos homogéneas que las de ahora —asegura. Da la sensación de que titubea un segundo antes de proseguir—. En *El Correo Catalán*, donde trabajaba yo, había un subdirector que todavía tenía pistola y correa, admirador de Hitler y demás. Y otro subdirector que era de la Organización Revolucionaria de Trabajadores. Era realmente exótico, pero se convivía.

Reprimo mi asombro al tiempo que intento imaginarme una redacción así. No sé porqué, repentinamente, recuerdo un fragmento de *Memorias Líquidas* en el que el periodista recuerda la muerte de un chico a manos de la policía. «Fui a Jefatura, recogí la nota en papel amarillo, tomé las cañas reglamentarias con un inspector y recopilé al detalle la versión oficial, que básicamente consistía en lo de siempre: el chico iba armado, se había enfrentado a los agentes que le perseguían y había acabado mal. Por la tarde fui a ver a la familia, que acababa de recibir el cadáver. Su versión también era la de siempre: un asesinato. Me verían cara de incrédulo, porque me retaron a que metiera el dedo en cada uno de los agujeros de bala. Lo hice, por supuesto. Tenía, y espero que no me falle la memoria, cinco orificios amplios en la espalda y en cada uno de ellos cabía mi dedo índice. En el pecho y el abdomen, los agujeros eran tres y más pequeños. Consideré que la prueba digital podía encajar con la versión de los hermanos, según los cuales el chico fue tiroteado por la espalda cuando intentaba huir escalando una valla. Fui al periódico y lo escribí (sin el detalle 'gore' del dedito), muy satisfecho. Mi texto tenía exactamente 80 líneas. Al cabo de un rato me llamó a su despacho Gomis, el director, para hacerme saber que acababa de hablar con la policía y que mi información era incorrecta. Delante de mí fue tachando todo lo 'incorrecto'. De las 80 líneas, quedaron cinco».

— Lo que hacíamos era intentar marcar goles a la censura. Cada vez que te colaban algo era un éxito, aunque normalmente no era así —dice, repentinamente, poniendo fin a mis divagaciones como si fuese capaz de leerme la mente—. La primera censura era la del director, que no quería problemas —ríe, para mis adentros, recordando el caso del chico y la policía—. De aquellas, los directores eran gente más o menos conectada con el régimen o con lo que estaba deviniendo el régimen. En Catalunya, por ejemplo,

el régimen se transforma en Convergència. De una manera misteriosa, pero fue así — dice, negando ostensiblemente con la cabeza.

Cae del cielo barcelonés una espesa lluvia que contrasta con el día soleado que veo a través de la ventana situada a la izquierda de Enric. Quizá se equivocaba este último al referirse a la capital francesa como la ciudad de cielos encapotados.

— Yo nunca me he autocensurado, pero porque soy un idiota —dice, riéndose, y recuperando el hilo de la conversación—. Éramos conscientes de que la situación era muy delicada. Informar era muy complicado —asegura—. Aún había gente que tenía mucho poder, sino legal, paralegal. Algo tan simple como el fútbol. En el Barça, Núñez tenía unas bandas de matones llamadas *Los Morenos* que apalazaban a los periodistas que le criticaban —ríe, irónico—. Esto ha quedado en el olvido y Núñez es recordado como un señor que lloraba, pero... —dice, dejando la frase en el aire, pero dejando todo lo demás muy claro—. Las cosas eran así. También había atentados que quedaban en el olvido, como el de la Scala, una sala de fiestas que estaba justo al lado de *El Correo Catalán*. Murieron muchas personas y se atribuyó a los anarquistas, probablemente con razón —se toma una pausa antes de seguir—. Una situación de caos. Cada día te llevabas unas cuantas sorpresas, la mayoría malas.

Se escucha, de fondo, una melodía que va de menos a más. Parece la alarma de algún coche. Enric se sobresalta, pero se repone rápidamente. Aprovecha el momento para alejar la taza y colocarla encima de la mesa tras darle, primero, un sorbo breve al líquido que contiene.

— Aún así, había muchos periodistas intentando hacer bien su trabajo, el problema es que era muy complicado —asume, al tiempo que pasea un pañuelo por sus labios—. Unos cuantos de ellos fueron a la cárcel. Vázquez Montalbán, por ejemplo. Recuerdo su *Crónica sentimental de España* dónde intentaba reflejar la evolución sentimental y moral de los españoles. Reflejaba la realidad y eso, obviamente, no gustó —frunce el ceño y se rasca ligeramente la coronilla al tiempo que gira pausadamente la cabeza y decide cómo seguir—. Existía lo de escribir entre líneas, sugerir cosas sin decirlas y que el lector fuese capaz de entenderlas. Y luego existía la verdad. La que más o menos sabía la gente cercana a los puestos de información y la verdad oficial, que no tenía nada que ver con lo que se publicaba. Era una dislexia muy curiosa, pero si uno leía la prensa se acercaba muy poco a la realidad.

Distingo, detrás de Enric, una gran estantería abarrotada de libros desordenados. «Un periodista que no lee, es lo mismo que un carnicero a quien le da asco la carne» asegura Leila Guerriero. Enric parece secundar la opinión de la argentina. Quizá no nació con vocación de periodista, pero sí se le pegó de su padre el amor por la lectura.

«Yo leía mucho en inglés pese a no ser muy frecuente en la época» recuerda. «Me llegaban algunos textos, pero no gracias a la prensa —dice, pícaro—. Llegaban por carta. Si algún amigo había ido de viaje a Estados Unidos y había conseguido algún libro como, por ejemplo, el de *Nuevo Periodismo* de Wolfe, enviaba fotocopias. La cosa funcionaba así».

— Luego empezaron a publicarse libros de Tom Wolfe como *Mau-mauando al parachoques*. Los leía con avidez y pensaba “me gustaría hacer algo así”, lo que pasa es que era imposible en una industria fragilísima en la que los únicos medios con dinero como *La Vanguardia* habían sido encorsetados —explica—. Tú encontrabas un *New Yorker* y pensabas “uf, esto es otro nivel”. Nadie se quería arriesgar a hacer eso aunque había gente que lo intentó. Quim Monzó, por ejemplo, que se fue a Vietnam y enviaba desde allí crónicas que eran bastante Nuevo Periodismo. Había pequeñas muestras de querer hacer las cosas bien —asegura, ciertamente afligido.

Me habla, de nuevo, de Martí Gómez y de sus crónicas judiciales. De la capacidad del primero de dar voz a casos reales, angustiosos y ciertamente patéticos. Los abortos, por ejemplo, cuando aún eran ilegales y muchas chicas acababan muriendo a causa de los mismos. Chicas, imagino, de clase humilde, asustadas, temiendo el escándalo que acarrearía ser madre soltera en el seno de una sociedad que estigmatizaba y castigaba fervientemente el pecado del adulterio y la vida sexual fuera del matrimonio.

Me habla, también, de Huertas Claveria y de su periodismo de barrio, social y combativo, que tenía mal encaje en la prensa franquista de la época. «Todo tenías que enfocarlo de una forma oblicua, claro. No podías hablar directamente sobre lo que sabías que no iba a gustar: no podías hablar de una forma muy directa sobre el barraquismo, la inmigración... Pero, si lo contabas dentro de una historia de un barrio, podía colar. Él lo intentó».

Y me habla de Maruja Torres. «Casi me olvido de ella», asume, con una sonrisa. «Ella tiene una biografía profesional curiosa; había trabajado para revistas del corazón, tenía una lengua muy ácida... Pero nunca había podido publicar reportajes como los que empezó a publicar en *Cambio 16*. Nos deslumbró a todos».

Me habla, en resumen, de la resistencia. Porque la hay. Siempre la hay. Afortunadamente. «En Barcelona existía el *Grup Democràtic de Periodistes*» me dijo, pensativo, tras una breve pausa. Joan Anton Benach, Josep Maria Cadena, Pere Pascual Piqué y Pere Oriol Costa no tenían ninguna vocación de héroes, ni siquiera de redentores. Pero podríamos decir que, en cierto modo, sí lo fueron. Su constitución como grupo fue una aportación más a la tarea de recuperación de la libertad de expresión en Cataluña. Profesionalidad, independencia y voluntad de cambio

democrático eran los tres aspectos definitorios de sus miembros y del *Grup Democràtic* en sí, definido, en su texto fundacional, como “un "instrumento de fomento y defensa de los ideales democráticos en el ámbito de los medios de comunicación social” y encargado de velar por la "transformación de instituciones profesionales de acuerdo con ideales democráticos” con el objetivo de “conseguir la independencia de la Administración y de las empresas” y el "apoyo a las acciones inspiradas en los mismos principios”.

— El grupo cayó, si no recuerdo mal, en el 74 porque uno de sus miembros tenía un hijo al que secuestraron y amenazaron con torturarlo si no contaba quién formaba parte de él. Finalmente, fue lo que hizo —admite, entrecerrando ligeramente los ojos—. Esta persona trabajaba conmigo —recuerda, serio, como si aún dudase si debe, o no, desvelar esa información.

El *Grup Democràtic de Periodistes* constituye la semilla del actual Col·legi de Periodistes de Catalunya. «El Sindicat de Periodistes se crea después y es una cosa ya legal, constituida y estructurada. Pero, hasta entonces, sólo se podía actuar desde la informalidad porque todo era ilegal; si constituías algo la policía empezaba a fijarse mucho en ti». Y lo que no es la policía también, pienso yo, al recordar que Enric fue vetado por Jordi Pujol tras hacerse pública su investigación sobre las entretelas de la crisis de la Banca Catalana.

— También existían grupos clandestinos y asociaciones informales: el círculo de *Por Favor*, por ejemplo, estructurado, más o menos, en torno a la figura de Manolo Vázquez Montalbán —recuerda—. Bueno, y también había un grupo de periodistas económicos al que yo más o menos me apunté. No era oficial, pero nos reuníamos con frecuencia, cenábamos de vez en cuando —me cuenta, gesticulando constantemente—. El objetivo era moralizar la información económica, es decir, hacerla decente. No cobrar por lo que publicas y por lo que no publicas como se estaba haciendo hasta entonces —dice, suspirando, al tiempo que la comisura de sus labios se eleva ligeramente hacia arriba—. Es decir, conformarnos con nuestro sueldo y sin tener un Mercedes —sonríe. En mi impresión, los periodistas intentábamos, al fin y al cabo, organizarnos, a partir de acontecimientos. Por ejemplo, la detención y encarcelamiento de Huertas Claveria por un artículo sobre los burdeles de Barcelona —cuenta, masajeándose el mentón ligeramente.

Tele-Express publicó, el 7 de junio de 1975, el reportaje titulado *Vida erótica subterránea*. La afirmación de Huertas de que algunas viudas de militares regentaban «meublés» irritó al Ejército. «La Ley Fraga transformó la censura en autocensura. No había censura previa, pero al día siguiente actuaba de oficio, sobre todo, el tribunal militar, porque los militares siempre se ofendían por todo», me contaba, sarcástico,

Enric, hace unos instantes. No le faltaba razón. Huertas Clavería fue detenido el 23 de julio, sometido a un consejo de guerra y condenado a dos años de cárcel. Para reclamar su liberación, los periodistas catalanes fueron a la huelga por primera vez desde 1939. Dio lo mismo. Huertas se quedó en la prisión Modelo y *Triunfo* con un periodista menos en su redacción.

El periodista salió de la cárcel el 12 de abril de 1976 convertido en un referente de la lucha antifranquista. Esa noche le esperaron en la calle muchos de sus compañeros para aplaudirle y abrazarle, pero nadie le ofreció trabajo hasta 1982. Pasó, así, ocho meses en paro con la etiqueta de «conflictivo» hasta que, finalmente, fue acogido por el gabinete de prensa de la Diputación de Barcelona. De ese exilio salió en 1982, cuando *El Periódico* de Antonio Asensio se decidió a contratarle.

Cuando Huertas salió de la Modelo, Enric seguía en el mismo lugar en el que estaba cuando entró. *El Correo Catalán*. Así fue hasta que, casualmente, en el 82, la recién creada redacción de *El País* en Barcelona absorbió al director y a bastantes redactores de *El Periódico de Catalunya*. A su tocayo Tintoré le ofrecieron encargarse de la sección de Economía y él pensó en Enric para formar equipo. «Acepté sin dudarle. A día de hoy, creo que lo mejor que puede pasarle a un periodista es poder elegir a su jefe. Y aunque dejáramos de trabajar juntos hace muchísimo tiempo, sigo llamando “jefe” a Tintoré» escribe el hijo de Ledesma.

En *El Periódico* trabajó estrechamente con un mito recién resucitado: Josep María Huertas Clavería, redactor jefe de la macrosección en la que se encuadraba Economía.

— Huertas fue un símbolo. De él aprendí que cada mesa de la redacción debía ser una trinchera de resistencia frente a la empresa y los demás poderes. *Cada taula, un Vietnam*, decía. Es una frase antigua que yo oí por primera vez cuando entré a trabajar en *El correo catalán*. Cuando Huertas publicó sus memorias la utilizó. Se refería a que cada redactor, desde su mesa, debía protagonizar una pequeña insurrección diaria contra los dictados de la empresa, contra la censura... La filosofía era algo así como “vamos a rebelarnos contra lo que es posible, contra lo que no, pues no. Pero no seamos conformistas”. La idea era esa —cuenta, con orgullo en sus pupilas—. A mí siempre me ha gustado porque se adapta mucho a mi forma de ver el trabajo. Realmente, la independencia del periodista depende del propio periodista —dice, tras vacilar unos instantes—. Luego si te estrellas, te estrellas; pero si asumes la autocensura y asumes, en fin, el conformismo, de qué te vas a quejar. El primer problema pasas a ser tú.



No permaneció mucho tiempo en la redacción de Asensio. Incluso pudo llegar a ser menos, porque en 1983 le ofrecieron trabajar en TV3, la nueva televisión autonómica catalana, y aceptó. Después le comunicaron que la empresa no iba a firmar. Lluís Prenafeta, factótum de Pujol en la Generalitat como secretario general de la Presidencia, le había vetado por su investigación sobre la Banca Catalana.

— Posiblemente no sea posible la existencia de un medio de referencia tan potente como lo fue en su época *El País*. España estaba en Transición y hacía falta fiarse de alguien. *El País* era fiable. Hoy no lo es. Gracias a Cebrián —asegura, algo serio y entornando ligeramente los ojos para mirar el sol a través de la ventana—. El País fue, para mí, una escuela. Además era un símbolo, era un orgullo trabajar ahí —dice, mirándome fijamente a los ojos—. Hoy no es ni la sombra de lo que fue.

Entró en *El País* diez años después de la muerte de Franco. Mantuvo su firma en las páginas de Economía pero cambió a Tintoré por Joaquín Estefanía, «un referente de un cierto progresismo», según Enric.

— Yo entré en la sección de economía y, durante años, estuve haciendo economía. Del 85 al 89 para ser exacto. La información económica era lo más liberal que había, dentro de lo liberal que era el periódico —dice, con la mirada perdida como si tratase de recordarlo a la perfección—. Eso sí, en *El País* nos llegaban todas las presiones que te puedas imaginar. Y sobornos varios. Y regalos desmesurados que no devolvíamos porque los llevábamos al hospital. Se supone que eso es lo normal —ríe, contrariado—. Cuando empecé a trabajar en el periodismo económico, a principios de los 80, la cosa era de escándalo. En la mayoría de los diarios, el periodista cobraba de las empresas por publicar noticias positivas y por no publicar noticias negativas. Con tal de que la empresa te proteja medianamente y no publique barbaridades... —se detiene, frunciendo ligeramente el ceño— aceptas que los sobornos te lleguen por todos lados.

Enric vuelve a darle un sorbo a su taza de porcelana al tiempo que levanta las cejas y hace un movimiento brusco y súbito con la cabeza. Da la impresión de que acaba de recordar algo. Deja, con avidez, la taza encima de la mesa.

— Mira, ayer estaba explicándole a unos amigos la historia de cómo publicamos que *Ferrovial* financiaba a *Convergència* a través de la autopista Terrassa-Manresa. Fue todo un acuerdo entre la Generalitat y *Ferrovial* para que, el banco Hispano-Americano, el de mayor participación en la constructora, sufragara la enorme deuda dejada por la Operación Reformista de Miquel Roca y Florentino Pérez. Como tantas otras veces, se utilizaba dinero del contribuyente para pagar gastos de los partidos y gastos particulares. Publicar eso, claro, valió amenazas de demandas. Pero bueno, la verdad es que lo teníamos todo bastante bien documentado —asegura, orgulloso—. Aquella

sección de economía estaba muy bien, quizá, en general, se abusaba un poco de la jerga técnica pero la idea era adquirir servicio dentro de los propios profesionales de economía. Pero, desde luego, era una sección en la que trabajabas con total libertad. Te jugabas la vida, claro, al fin y al cabo estabas hablando de poderes emergentes; en ese momento emergen los Albertos, Fabio Conde... Gente bastante, a su manera, peligrosa —dice, como si nada—. Tenías que atar bien las informaciones que publicabas pero, por parte de los jefes, no había obstáculos, todo lo contrario, te incentibaban.

— ¿Qué es para ti *El País* de ahora? —pregunto, curiosa, intentando pillarlo por sorpresa.

— Una expectativa —dice, algo sorprendido por la pregunta—. Cebrián se va. No hay que ser demasiado optimista —dice, esbozando una sonrisa—, pero sí hay expectativa. Sería muy bueno para todos que *El País* mejorase, porque si mejora tira un poco de los otros. El drama ahora es la mediocridad colectiva. Si hubiese alguien que hiciera un poco de esfuerzo por mejorar la información... pero no lo hay. Luego en los editoriales que pongan lo que quieran, eso no importa; pero si la información es veraz, no tiene motivaciones poco confesables y está bien hecha, podría convertirse de nuevo en un modelo que fuera mucho más modesto, pero es que ahora mismo necesitamos cualquier cosa —dice, hastiado—. La situación de la industria es tan mala que cualquier cambio a mejor sería bienvenido. Esperemos que el nuevo hombre fuerte de Prisa, Manuel Mirat, mejore las cosas. Por lo que he oído tiene intención, otra cosa es que lo consiga —se encoge de hombros—. Ahora el ecosistema es realmente complejo. Hay que tener en cuenta, primero, la censura de los poderes económicos: a ver quién es el valiente que publica ciertas cosas sobre Florentino Pérez, por ejemplo; luego está la censura de la clientela, de tus lectores, que, generalmente, tienden hacía un lado u otro pero pueden triturarte en las redes sociales. Eso induce a una cierta autocensura —permanece pensativo durante un rato y, finalmente, agrega—. Luego está la parte más tóxica de la industria: ciertos diarios digitales y no digitales que trabajan en cooperación estrecha con mafias policiales y mafias políticas conectadas con el Estado; Inda, sin ir más lejos. Entran en el juego y simulan ser prensa cuando, en realidad, son poder y poder bastante turbio —resopló—. Tienes que ir con bastante cuidado y sé que la gente tiende a autocensurarse y a evitar enfrentarse con poderes que te pueden triturar.

Enric parece haberse vestido para la ocasión. Lleva un traje de chaqueta y pantalón parecido al de tonos grisáceos que vistió en Alibri. Parece que le va bien en París. Se le ve contento, por lo menos.

— España esta en una época muy triste. Creo que impera la estupidez. En París se está muy bien —repite, de nuevo—. Yo salí de El País como salí. También es verdad que no tengo hijos ni hipoteca, si pierdo un empleo ya encontraré otro. Entiendo que quien tiene que pagar por el colegio de los hijos y la hipoteca se comporte de forma prudente e intente molestar lo menos posible. Lamento decirlo, pero creo que una cuenta raquítica en el banco y un poco de rabia en el estómago favorecen el mejor periodismo —sonríe, satisfecho con su última afirmación—. Yo he tenido la suerte de salir de una empresa y ser contratado por otra en menos de tres meses. Y he sobrevivido a la crisis que se ha llevado por delante a muchos profesionales buenos. Así hasta hoy, ya veremos mañana.

Miro, curiosa, el reloj. Pasan de las 13:30. Llevamos más de una hora y media hablando y no lo parece. Él está cómodo; apoya su espalda en el sillón oscuro y reclinado al tiempo que cruza sus piernas y entrelaza sus dedos. Pienso, instintivamente, en la primera entrevista que hizo, que fue a Martí Gómez. Curioso. En cierto modo hemos cambiado los roles.

Finalmente, nos despedimos. Él, cortés como cuando firmaba autógramos en Alibri, no para de repetir que ha sido un placer. Le devuelvo, como no, el halago, al tiempo que él me facilita su número de teléfono. «Si necesitas cualquier cosa, ya sabes», dice, amable, certificando, en cierto modo, el refinamiento y la amabilidad casi angélica que le atribuí al verlo reflejado por primera vez en mi pantalla.

Apago el ordenador y, repentinamente, me viene a la mente eso de «a mí no me gustaba escribir, de verdad». Aún estoy sorprendida. ¿Qué puedo decir yo? Que ojalá a mí tampoco.

## 8. Conclusiones

Llegados al apartado conclusivo que dará fin al presente trabajo, cabe recordar que en la introducción del mismo se aclaró su propósito: emitir un veredicto sobre cómo afectó el control de la prensa al reconocimiento al derecho a la información y al ejercicio libre del periodismo intentando, asimismo, hacer un análisis profundo de la época estudiada —tardofranquismo— que permitiese establecer una relación con la actualidad y extraer alguna lección aplicable a la misma.

Vale la pena señalar, no obstante, que más allá de la base teórica que fundamenta el trabajo, el objetivo esencial del mismo no es otro que reflejar el clima y sensaciones del tardofranquismo a partir de la experiencia personal de dos profesionales de la comunicación que vivieron y ejercieron su profesión durante dicho periodo histórico. En este sentido, ambos testimonios se han plasmado en formato literario buscando, así, un uso del lenguaje más creativo y literario que faculte, asimismo, con las herramientas de la literatura ficción-realista, aproximarse a la calidad de la experiencia.

A este objetivo principal se suma el propósito estrechamente vinculado de conocer de qué modo afectó la censura y la posterior entrada en vigor de la Ley Fraga al ejercicio del periodista. Asimismo, como objetivos secundarios, destaca el de conocer de qué forma se autoorganizaba la profesión para luchar contra la censura. Y, para finalizar, destacamos una finalidad reflexiva sobre la posible vigencia actual de la censura en nuestro país.

A modo de conclusión de este trabajo podríamos decir lo siguiente:

1. En primer lugar, desde un punto de vista teórico, la investigación documental confirma que **la aplicación de la censura es el resultado de la instauración de la dictadura franquista en España**. El ‘Caudillo’ la utilizó a **modo de control social** confirmando, así, la **naturaleza persecutoria y totalitaria del sistema** que lideró durante más cuatro décadas. La prensa jugó, en este sentido, un **papel esencial en el fundamento de control social del régimen**. La realidad poco tenía que ver con la que se reflejaba en la prensa: «los rudimentos de la profesión estaban pese al contexto. La realidad, sin embargo, pasaba por otro lado. Era, más bien, una realidad paralela. Era como vivir en un mundo virtual. La línea editorial, la línea informativa, la línea incluso de pensamiento social que tenían, sobretodo los jefes, no tenía nada que ver con la realidad de la calle», aseguraba Maruja Torres. Enric González, por su parte, no hizo más que corroborar la afirmación de Torres: «la primera censura era la del director, que no quería problemas [...]. Existía lo de escribir entre líneas, sugerir cosas sin decirlas y que el lector fuese capaz de entenderlas; y luego existía la verdad que

más o menos sabía la gente cercana a los puestos de información y la verdad oficial, que no tenía nada que ver con lo que se publicaba. Era una dislexia muy curiosa, pero si uno leía la prensa se acercaba muy poco a la realidad».

- La censura evitaba, así, confrontar la realidad y, sobre todo, contarla nítida y honestamente a la sociedad. De este modo, el objetivo del régimen y de su principal instrumento represor no fue otro que **divulgar, prácticamente a modo de propaganda, la ideología a seguir evitando, asimismo, dar voz a la mínima oposición alzada**. «El diario tenía un pensamiento único —el que el régimen quería imponer— y pretendían que tú pensaras igual y lo transmitieras igual», aseguraba Maruja Torres.

2. La **Ley Fraga**, que iba a traer consigo una expansión periodística incentivada, también, por la “apertura” del régimen, acabó dando paso a **los años más duros a nivel de represión periodística**. Esto se debe, en gran parte, a su **polémico artículo segundo**, que abolía la censura pero establecía unos límites ambiguos, imprecisos, arbitrarios y muy restrictivos con el objetivo de fijar, asimismo, los límites de la “apertura” del Estado. De nuevo, Maruja y Enric confirman lo anterior. «Fraga fue nombrado Ministro de Información y Turismo y, con su nombramiento, asistimos a lo que fue un lavado de cara del régimen. Un intento, mejor dicho, porque fue de todo menos un lavado de cara. La situación fue, incluso, a peor. El cambio entre el antes y el después de la entrada en vigor de la Ley Fraga fue evidente y muy notable. La Ley Fraga nos obligó a afinar. Antes ibas con todo al Ministerio de la Delegación y te decían que no se podía publicar nada, pero al menos no ibas a la cárcel. Con Fraga fue peor. Te lo publicaban todo —o casi todo— pero si, una vez publicado, no les gustaba, te abrían expediente, te multaban, te prohibían ejercer durante un tiempo o, incluso, te mandaban a la cárcel», asegura Maruja. A lo anterior, añade: «la nueva Ley decía ser muy liberal, pero no nos lo puso nada fácil a ninguno. Ignacio Agustí, que era el director de *Telexprés* fue cesado por escribir un artículo sobre una manifestación de curas. Y Manuel Ibáñez Escofet, que trabajaba ahí, fue obligado a dimitir por publicar un artículo de Josep María Huertas Clavería, que acabó encarcelado». Enric, de nuevo, coincide con su compañera de profesión. «La Ley Fraga, en su momento, fue un adelanto, pero en realidad era una transformación de la censura en autocensura. No había censura previa, pero al día siguiente actuaba de oficio, sobre todo, el tribunal militar, porque los militares siempre se ofendían por todo. Te convocaba un tribunal militar y la cosa se ponía complicada. En 24 horas te podía pasar como a Manolo Vázquez Montalbán: te detienen, vas a la cárcel y a pasarte allí los años». A lo anterior, el hijo de

Ledesma añade lo siguiente: «todo tenías que enfocarlo de una forma oblicua, claro. No podías hablar directamente sobre lo que sabías que no iba a gustar».

3. No fueron, ni mucho menos, abundantes los periodistas que, durante el tardofranquismo, batallaron decididamente por el advenimiento de las libertades, la de expresión en primer lugar. Sin embargo, fue, según Maruja, esta Ley la que **impulsó**, en cierto modo, el **alzamiento de la “resistencia”**. «Con ella [la Ley] íbamos probando el margen para conocer cuál era su límite. Ahí uno se desarrolla. Gracias a ella, quizá, se fue formando ese espíritu pre-transición al que nosotros, periodistas infiltrados — mayoritariamente en prensa franquista — que éramos de todo menos periodistas pro-régimen, llamábamos la *canallesca*», asegura la veterana. Una muestra clara —y visible— de esta resistencia fue la creación, en 1966, del *Grup Democràtic de Periodistes* en Barcelona. Al que se sumaron, posteriormente, el Sindicato Democrático y la Unión Unitaria Demócrata.
4. En su gran mayoría, fueron los jóvenes los que dieron visibilidad a este espíritu reivindicador que, a su vez, fomentó la aparición de **grandes periodistas y de grandes muestras de buen periodismo**. «Había muchos periodistas intentando hacer bien su trabajo. Unos cuantos de ellos fueron a la cárcel. Manolo Vázquez Montalbán, por ejemplo», afirmaba Enric. «En su *Crónica sentimental de España* publicada en *Triunfo*, analizaba la vida cotidiana para reflejar la evolución sentimental y moral de los españoles. Reflejaba la realidad y eso, obviamente, no gustaba», añadió. «Otro ejemplo fue Martí Gómez con sus crónicas judiciales, donde hablaba de casos reales, angustiosos y ciertamente patéticos. Hablaba de los abortos, por ejemplo, cuando aún eran ilegales y muchas chicas morían por culpa de estos. [...]. Huertas Claverías fue otro. Su periodismo de barrio, social y combativo, tenía mal encaje en la prensa franquista de la época, aunque fuera catalanista como *El Correu*», aseguraba el catalán. Maruja, por su parte, destaca a «todo el equipo de Fotogramas [...]. Como entrevistadoras destacaría, sobretodo, a Rosa Montero y Soledad Alameda».
  - Esto se debe, según Maruja y Enric, al sentido de mayor **independencia frente al poder político que sentía la nueva generación de periodistas emergentes** y, sobre todo, a las prácticamente **inexistentes ataduras y responsabilidades económicas** de los mismos. «Fue una generación que no tenía nada y tuvo que inventarse cosas. Los jóvenes nos formábamos entre nosotros en un clima de clandestinidad ferviente», asegura Maruja. Enric, asimismo, añade lo siguiente: «somos menos libres cuanto más tenemos que perder. Lamento decirlo, pero creo que

una cuenta raquílica en el banco y un poco de rabia en el estómago favorecen el mejor periodismo».

5. Todo esto se produjo en un contexto en el que la **clandestinidad estaba a la orden del día**. Había inquietudes y, sobre todo, ganas de cambiar las cosas. Podría decirse, en cierto modo, que la clandestinidad formó a la resistencia y la resistencia dio lugar a la promulgación de buen periodismo. De hecho, fue la clandestinidad ilegal la que lideró, en cierto modo, la resistenciaalzada posterior. «Había mucha clandestinidad. Lo que no había era lucha armada porque no podía haberla [...]. Vivíamos en un clima entre clandestinidad y supervivencia mezclado con muchos momentos de desánimo porque se era consciente de que Franco seguía vivo y fusilaba», asegura Maruja. A lo anterior, añadió lo siguiente: «lo que hubo más, a nivel público y visible fueron los movimientos comunistas, el sindicalismo y los movimientos estudiantiles», aseguraba Maruja. De hecho, movimientos estudiantiles como la *Caputxinada* impulsaron la creación del *Grup Democràtic de Periodistes*, semilla del actual *Col·legi de Periodistes de Catalunya*.
6. La Constitución Española, vigente desde 1978, reconoce oficial y jurídicamente la libertad de expresión, que queda totalmente reflejada en el artículo 20 de la misma. La proclamación de la Constitución puso, así, un fin teórico a la censura ejercida por el poder. Digo fin teórico porque afirmar que la censura no sigue vigente sería especulativo y ciertamente atrevido por mi parte. Sin ir muy lejos, Enric se muestra categórico en este aspecto: «sí, sigue vigente pero de otra forma. Ahora es una estructura informal [...]. Hay que tener en cuenta, primero, la censura de los poderes económicos. Luego está la censura de la clientela, de tus lectores que, generalmente, tienden hacia un lado u otro pero pueden triturarte, después, en las redes sociales. Eso induce a una cierta autocensura. Luego está la parte más tóxica de la industria: ciertos diarios digitales y no digitales que trabajan en cooperación estrecha con mafias policiales y mafias políticas conectadas con el Estado; lnda, sin ir más lejos. Entran en el juego y simulan ser prensa cuando, en realidad, son poder y poder bastante turbio. Tienes que ir con bastante cuidado y sé que la gente tiende a autocensurarse y a evitar enfrentarse con poderes que le pueden triturar». Maruja, por su parte, lo secunda: «todo periódico depende de sus intereses. Todos. En *El País*, por ejemplo, si Polanco es amigo de tal, no se publicará nada que manche su nombre. Eso es censura».

## 9. Bibliografía

A. Fernández Puig (2011). "La dictadura franquista: régimen político, evolución social y económica" (Temario de oposiciones de Geografía e Historia), Clío 37. [en línea]. Disponible en: <http://clio.rediris.es/n37/oposiciones2/tema69.pdf>

ABC (Madrid) - 30/03/1939, p. 7. [en línea]. Disponible en: <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1939/03/30/007.html>

Ajuntament de Barcelona. (2017). Montserrat Roig 1977. Memoria y utopía - Programes de Memòria. [online] Disponible en: <http://ajuntament.barcelona.cat/programesmemoria/es/programa/montserrat-roig-1977-memoria-y-utopia/> [Visitado el 18 de marzo de 2018]

Areal, M. F. (1971). La libertad de prensa en España, 1938-1971(Vol. 11). Edicusa.

Arribas, J. D. (2009). El enemigo judo-masónico en la propaganda franquista, 1936-1945. Marcial Pons Historia

Asensio, L. A. C., & Chillón, L. A. (1999). Literatura y periodismo: una tradición de relaciones promiscuas (Vol. 5). Univ. Autònoma de Barcelona.

Balsebre, A., Mateu, M., & Vidal, D. (1998). La entrevista en radio, televisión y prensa (Vol. 49). Catedra Ediciones.

Belenguer, M. P. (2002). Discursos testimoniales en la literatura catalana recent: Montserrat Roig i Teresa Pàmies (Vol. 19). L'Abadia de Montserrat.

Benet, J. (1976). Qué fue la guerra civil. Editorial La Gaya Ciencia.

BOE, Constitución Española de 29 de diciembre de 1978 [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/buscar/act.php?id=BOE-A-1978-31229>

BOE, Ley 1/1977, de 4 de enero, para la Reforma Política. [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-1977-165>



BOE, Ley de 20 de mayo de 1941 por la que se transfieren los Servicios de Prensa y Propaganda a la Vicesecretaría de Educación de F. E. T. y de las J. O. N. S., que se crea por la presente Ley. [en línea]. Disponible en: <http://www.boe.es/datos/pdfs/BOE/1941/142/A03636-03637.pdf>

BOE, Ley de Prensa e Imprenta de 18 de marzo de 1966. [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/buscar/act.php?id=BOE-A-1966-3501>

BOE, Real Decreto-ley 24/1977, de 1 de abril, sobre libertad de expresión. [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-1977-9008>

Boletín Oficial de la Junta de Defensa Nacional de España, 30 de Julio de 1936, número 3. <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE/1936/003/J00009-00010.pdf>

Capote, T. (2018). Retratos. LUMEN.

Casado, M. C., & Zazurca, E. C. (2015). La ley para la reforma política: memoria y legitimidad en los inicios de la transición española a la democracia. *Revista de estudios políticos*, (168), 77-114

Chamorro, J. G. (2009). *El Grande Oriente. Episodio Nacional*, Madrid, 1821. Chamorro Ediciones.

de Diego González, Á. (2016). La prensa y la dictadura franquista. De la censura al 'Parlamento de papel'. [en línea]. Disponible en: <https://riuma.uma.es/xmlui/handle/10630/11297>

De la Cierva, R. (1975). *Historia del franquismo (Vol. 1)*. Editorial Planeta.

Decreto 138/1936, de 29 de septiembre, por el que se nombra jefe del Gobierno del Estado español al Excmo. Sr. General de división don Francisco Franco Bahamonde, quien asumirá todos los poderes del nuevo Estado. [en línea]. Disponible en: <http://www.pedea.org/Memo%20historica/02102016%20jesús%20navarro%20jiménez%20adjunto%20B.%20O.%20JUNTA%20DEFEDNSA%20NACIONAL%20de%2030%20septiembre%20de%201936.pdf>

Decreto 779/1967, de 20 de abril, por el que se aprueban los textos refundidos de las Leyes Fundamentales del Reino [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-1967-40312>

Decreto de 10 de marzo de 1939, por el que se cesa a José Antonio Giménez Arnau de su cargo como Jefe del Servicio Nacional de Prensa . [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE//1939/073/A01470-01471.pdf>

Decreto número 180, de la creación de la Delegación para Prensa y Propaganda. [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE//1937/089/A00134-00135.pdf>

Decreto número 255, llamado de Unificación de Partidos. [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE//1937/182/A01033-01034.pdf>

Di Febo, G., & Juliá, S. (2012). El franquismo: una introducción. Grupo Planeta

Dueñas, G. (1969). La ley de prensa de Manuel Fraga. Ruedo ibérico

Fernández, L. E. L. (2014). La política informativa tardofranquista: el modelo de control de la empresa privada de prensa,(1966-1975) (Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid). Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=98082>

Ferrer, J. A. B. (1989). La economía española durante el periodo franquista. Gerónimo de Uztariz, (3), 65-76

Figueres, J. M. (2002). Premsa i nacionalisme: el periodisme en la reconstrucció de la identitat catalana (Vol. 14). Pòrtic.

García Jiménez, Jesús (1980): Radiotelevisión y política cultural en el franquismo, Madrid: CSIC

González, E. (2013). Memorias líquidas. Jot Down Books.

Grohmann, A. (2006). El columnismo de escritores españoles (1975-2005): hacia un nuevo género literario.

Gubern, R. (1981). La censura: función política y ordenamiento jurídico bajo el franquismo (1936-1975) (Vol. 166). Península.

Guerrero-Cabrera, S. A. (2016). Gay Talese: Reportero extraordinario para hombres ordinarios. *Jangwa Pana*, 15(2), 212.

Guerriero, L. (2011). *Frutos extraños*. Aguilar

Hernández, M. S. (2016). Disciplinas auxiliares del periodismo en la sociedad del conocimiento. *Dykinson*.

Idarreta, J. M. D. (2004). Prensa y propaganda bajo el franquismo. En *Centros y periferias: prensa, impresos y territorios en el mundo hispánico contemporáneo: homenaje a Jacqueline Covo-Maurice* (pp. 219-231). PILAR.

Leiva, C. P. (2014). La configuración de la propaganda en la España nacional (1936-1941). *La Albolafia: Revista de Humanidades y Cultura*, (1), 115-136.

Ley de 30 de enero de 1938, de la Administración Central del Estado. [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/datos/pdfs/BOE//1938/467/A05514-05515.pdf>

LLombart, B. E. (2002). *Las W's de la entrevista*. Universidad Cardenal Herrera-CEU.

Maidana, S. N. (2016). *La crónica narrativa latinoamericana como género híbrido. Los modos de construir la voz propia: el caso de Leila Guerriero* (Tesis Doctoral, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales. Disponible en: <http://200.3.120.225/handle/2133/6619>

Martínez, M. Á. G. (2012). Las primeras Cortes del franquismo, 1942-1967: una dócil Cámara para la dictadura. *Vínculos de Historia*, (1), 247-270

Mesa, R. Y. (2005). La complicada evolución de la libertad de prensa en España durante el siglo XX. *Apuntes para su estudio. Espéculo: Revista de Estudios Literarios*, (30), 53.

Molina, A. G., & Thomàs, J. M. (2003). *Ramón Serrano Suñer*. Ediciones B.

Montero, R. (1996). *Entrevistas*. El País/Aguilar

País, E. (2011). Reportaje | Un teatro para el diálogo. [online] EL PAÍS. Disponible en: [https://elpais.com/diario/2011/10/08/babelia/1318032733\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2011/10/08/babelia/1318032733_850215.html) [Visitado el 18 de marzo de 2018]

Plan de Desarrollo Económico y Social para el periodo 1964/1967 y se dictan normas relativas a su ejecución. [en línea]. Disponible en: <https://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-1963-22668>

Rodó, L. L. (1977). La larga marcha hacia la Monarquía. Editorial Noguer: distribución en exclusiva, NORILDIS

Rueda-Acedo, A. R. (2012). Miradas transatlánticas: el periodismo literario de Elena Poniatowska y Rosa Montero (Vol. 55). Purdue University Press.

Sánchez, B. B. (1991). La Vicesecretaría de Educación Popular (1941-1945), un "ministerio" de la propaganda en manos de Falange. Espacio Tiempo y Forma. Serie V, Historia Contemporánea, (4). [en línea]. Disponible en: <http://espacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:ETFSerie5-16946BB6-A601-59A9-CD02-AB4BD2DA2738&dsID=Documento.pdf>

Silvester, C. (Ed.). (1997). Las grandes entrevistas de la historia (1859-1992). Distribuidora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, SA.

Sinova, J. (2006). La censura de prensa durante el franquismo (Vol. 174). Debolsillo.

Solé Tura, J. (1972). Introducción al régimen político español. Ariel.

Southworth, H. R., & Martínez, J. (1967). Antifalange. Ruedo Ibérico.

Suárez, L. S., & Carro, M. J. C. (2000). La opinión periodística: argumentos y géneros para la persuasión. Editorial Fragua.

Talese, G. (2012). Retratos y encuentros. Alfaguara.

Thomàs, J. M. (2001). La Falange de Franco: fascismo y fascistización en el régimen franquista, 1937-1945 (Vol. 47). Plaza & Janés

- Torres, M. (2014). Diez veces siente: una chica de barrio nunca se rinde. Planeta.
- Tusell, J. (2012). Historia de España en el siglo XX. La dictadura de Franco. (Vol. 3). Taurus.
- Vadillo López, D. (2010). Gabriel Arias Salgado o el integrismo censor. [online] Represura.es. [en línea]. Disponible en: [http://www.represura.es/represura\\_7\\_febrero\\_2011\\_articulo8.html](http://www.represura.es/represura_7_febrero_2011_articulo8.html) [Consultado 19 Feb. 2018]
- Vidal i Castell, David (2001), Alteritat y presencia. Contribucions a una teoria analítica i descriptiva del gènere de l'entrevista periodística escrita desde la filosofia, la lingüística i els estudis literaris (Tesis doctoral). Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona. Disponible en <http://www.tdx.cat/handle/10803/4163>
- VV. AA. (VARIOS AUTORES). Geografía e Historia de España y de los países hispánicos. Ibérica. Editorial Vicens Vives.
- Weber, R. (1980). The literature of fact. Athens, OH: Ohio UP.
- Wolfe, T., & Guarner, J. L. (1988). El nuevo periodismo. Anagrama

## 10. Anexos

### Entrevista a Maruja Torres

- ¿Cómo era el clima profesional de la época en el momento en el que empezó a ejercer?

Empecé en el 61, en un momento en el que el tardofranquismo aún no había empezado. Era franquismo *heavy*. Empecé en un momento histórico acompañado de continuas manifestaciones estudiantiles. Era curioso porque cuando con estas manifestaciones se conseguía algo, los propios jefes del diario me decían cosas tipo “estaréis contentos los rojos con tanta concesión”.

Yo empecé a ejercer esto a lo que llamamos periodismo en el sitio más siniestro del mundo, aunque allí me divertí mucho. Empecé como secretaria de redacción gracias a Carmen Kurtz. Envié una carta al periódico, a ella le gustó como escribía y consiguió que me contratasen. Me cambió la vida. Para una niña que nace en una familia humilde e inculta, conocerla fue lo mejor que me podía haber pasado.

Era un diario de última categoría del Movimiento, era pobre. *La Prensa*, se llamaba. Era de todo menos eso. Existía, como el resto de diarios del Movimiento, porque formaba parte de los Sindicatos Verticales y estaba subvencionado. Existía por existir, pero no tenía una razón de ser.

Muchos empezaban en diarios así con la esperanza de destacar, dar un salto y buscar otro sitio. Realmente no había otra cosa. Yo empecé en un diario oficial del régimen pero, en definitiva, al director de *La Vanguardia* —y del resto de diarios— lo seguía escogiendo el franquismo. En muchos de ellos, pese a ser sitios asquerosamente franquistas, había buenos periodistas que luego salieron e hicieron otra cosa. El oficio se mantiene pese a todo.

- ¿Vivió allí algún episodio de censura?

Allí no había otra cosa que no fuese censura. El diario tenía un pensamiento único —el que el régimen quería imponer— y pretendían que tú pensaras igual y lo transmitieras igual. La mayor parte del tiempo yo trabajaba en la página femenina, así que jamás se me habría ocurrido hacer una columna política. Mis columnas no eran más que artículos sobre la primavera, el otoño, las cuatro estaciones y “qué bonita está Barcelona al anochecer”, así que puedes hacerte una idea. Allí entrenaba mis instrumentos, pero nada más.

Los rudimentos de la profesión estaban pese al contexto. La realidad, sin embargo, pasaba por otro lado. Era, más bien, una realidad paralela. Era como vivir en un mundo virtual. La línea editorial, la línea informativa y la línea, incluso, de pensamiento social que tenían, sobretodo los jefes, no tenía nada que ver con la realidad de la calle. Eso a mí me sorprendió pero, con el tiempo, entendí que tiene mucho que ver con el poder. Los partidos políticos reproducen eso a la perfección. Viven en una realidad paralela. Y aún ahora. Les falta oxígeno, les falta realidad.

La Prensa formaba parte de una cadena de periódicos del Movimiento, así que los editoriales los mandaban desde Madrid. Casualmente, los editoriales siempre trataban temas convenientes para el régimen. A mí me mandaron una vez al que había sido un local de la UGT — ahora convertido en cine — a hacer el paripé. Me limité a grabar el discurso del ministro de trabajo y, al transcribirlo a máquina, me di cuenta de lo burro que era el tío. Decía que los obreros españoles también tienen cojones como los toros. Me limité a transcribir el discurso literalmente y el director rompió la nota que había redactado. ¿Por qué? Porque ya mandaban directamente desde Madrid lo que se tenía que publicar. Ni rastro de “cojones” o “toros” en la nota finalmente publicada. Por eso digo que fui a hacer el paripé.

Así era siempre. Pura y duramente. Quizá no tanto como en los años 40 y 50, donde la represión era más evidente. Pero esta seguía más que patente y más que palpable.

- ¿Había miedo? ¿Y consciencia? Es decir, ¿los periodistas erais conscientes de hasta qué punto la censura os afectaba?

Siempre nos rondaba por la cabeza eso de “y si la censura lo cierra, ¿qué?”, pero vivíamos y trabajábamos conscientes de eso como ahora se trabaja consciente de la precariedad. También había precariedad de aquellas, no te pienses, la diferencia es que también había miedo. Los jóvenes éramos los más audaces, también, porque teníamos menos que perder.

Había como una consciencia de la situación. En este contexto, el PSUC era un partido comunista muy avanzado para su época. Tenía raíces catalanistas, que no independentistas. Catalanismo sociológico sometido a la protesta ante la represión.

Había vida, había cultura y representaciones teatrales. Se hacían cosas. Fue una generación que no tenía nada y tuvo que inventarse cosas. Los jóvenes nos formábamos entre nosotros en un clima de clandestinidad ferviente. Si uno se enteraba de que se iba a pasar una película prohibida por el régimen en un cine concreto, se lo decía a otro que prometía previamente no contárselo quién no debía saberlo. Era un clima entre clandestinidad y supervivencia mezclado con muchos momentos de desanimo porque se era consciente de que Franco seguía vivo y fusilaba.

- **Su vinculación con el feminismo es evidente. Afirmó en una entrevista que “ser mujer y no ser feminista es como ser obrero y votar al PP”. ¿Cómo vivió, como mujer y periodista, una época marcada claramente por el machismo y la falta de libertad de expresión?**

Como mujer lo viví mal, fue muy duro. Pero fue acompañado. Tuve la suerte de estar acompañada de gente que compartía profesión conmigo, pero también inquietudes. Conocí a mujeres como Montserrat Roig o como Marina Curià, una chica que estaba en una formación combativa como lo fue el PSUC. Ella me dijo que trataba de mejorar la vida de toda mujer. Me decía que era necesaria una doble lucha: reivindicar la figura de la mujer y reivindicar, también, el fin de la represión.

Había, también, comisiones de feminismo. Surgieron revistas pro-feminismo como las revistas *Presència* y *Diario Femenino*. Había cosas. En definitiva, si tú tenías hambre, había sitios en los que podías alimentarte. Era duro pero, a la vez, estabas empezando como estabas empezándolo todo.

Lo que ocurre ahora lo encuentro mucho más sórdido porque la misoginia, el machismo y el patriarcado son vengativos y rencorosos en una sociedad con mucha más información que la de antes. En aquel momento teníamos compañeros a los que teníamos que marcarles nosotras el camino para que entendieran nuestra lucha. Yo no creo que la mujer, por ser mujer, sea superior. Pero creo que tiene muchas más *chances* de serlo. También creo que los negros tienen más oportunidades que los blancos porque la dificultad te hace crecer.

De aquellas, había lo que se llamaba doble lucha: militar en el partido — a ser posible el PSUC — y luchar por los derechos de todos, especialmente por los de las mujeres. También es cierto que antes a muchos se le llenaba la boca con grandes discursos, pero luego llegaban las manifestaciones y pedían a las mujeres que se quedaran con los niños. Ahora hay muchos que son, si no feministas, por lo menos han mejorado muchísimo. Luego, sin embargo, hay como una especie de sentimiento de fondo que reza un “a ver si la puedo joder y la puedo matar”. No había visto nunca algo tan crudo y soy hija de un maltratador. La laxitud de las leyes tampoco ayuda, la pachorra de muchos jueces, de algunos fiscales... de toda la caspa. Que aún queda y mucha.

- **¿Existían, en este clima y contexto, asociaciones clandestinas de periodistas?**

Había muchísimas. Mucha clandestinidad. Lo que no había era lucha armada porque no podía haberla. Y mejor que no la hubiera porque ya hemos visto cómo ha acabado ETA.



- **Ahora existe el Colegio y/o Sindicato de Periodistas. Pero antes, ¿de qué forma se auto-organizaba la profesión para luchar contra la censura y conseguir, dentro de lo posible, más libertades?**

Lo que había, sobretodo, eran inquietudes y asociaciones de todo tipo. Ahí donde podías te asociabas. De periodistas se formó el Sindicato Democrático y la Unión Unitaria Demócrata ya al final, sobre los 70. Antes hacíamos lo que podíamos. Yo creo que lo que hubo más, a nivel público y visible, fueron los movimientos comunistas, el sindicalismo y los movimientos estudiantiles. También estaban las Comisiones Obreras, que se infiltraron en los Sindicatos Verticales franquistas y se convirtieron en uno de los principales movimientos de oposición al régimen desde el interior del estado.

Yo soy una chica sin estudios, nunca fui a la universidad ni hice un curso. Yo tenía el roce de los amigos que iba haciendo y los novios que iba teniendo. Había cosas de estas, pero no todo el mundo estaba alzado o quería estarlo. Seguíamos viviendo en un régimen franquista y totalitario, lo que pasa es que era una sociedad más avanzada de lo que se esperaba. Tuvimos la suerte de hacer una Transición bastante razonable porque lo importante era no matarse. Como siempre y como había sido hasta ese momento. Yo he trabajado en muchos países y al final he llegado a la conclusión de que lo importante es no matarse, porque no te va a quedar más remedio que convivir con el otro.

- **Después colaboró en diversas publicaciones más como la revista Garbo. Pese a lo que pueda parecer, en una entrevista usted afirmó que también se encontraba “sometida a la censura de la época”. ¿Qué clase de censura se aplicaba a la prensa rosa?**

La revista *Garbo* era prensa rosa de la que ya no existe. Era feminista sin saberlo. La directora de *Garbo* —que era la madre de mi gran amiga Elisenda, la directora de *Fotogramas*— me encargó mi primer artículo para la revista: un análisis de la diferencia salarial entre mujeres y hombres. En pleno 1963 me encargó un artículo así. Me sorprendió mucho. Para bien, claro está.

En *Garbo* había mucha moda y mucho cotilleo, pero era una revista más que decente. Y había mucha censura, sobretodo por las relaciones. Piensa que el régimen era más que una dictadura, era una sociedad. Yo tuve un grave conflicto trabajando allí. Fui a juicio y me inhabilitaron por 9 años. La dueña de la revista, el fotógrafo que hizo las fotos, el que escribió el reportaje y yo, que me limité a revisarlo y mejorarlo, fuimos acusados de indecencia. Era un reportaje en el que se veía cómo el torero Luis Miguel Dominguín le estaba metiendo mano a su sobrina Mariví, con quien estaba liado. El torero estaba casado con otra e iba a las cacerías de Franco, así que puedes imaginarte el resto. Él

dejó de ser adúltero y los malos fuimos, como siempre, los periodistas. Y como estas muchas, pero al morir Franco hubo un indulto, así que yo ya hubiese podido ser alcaldesa.

Había que tener, sobre todo, mucho cuidado en materia de divorcios. Todo el mundo era feliz en su matrimonio. Lo que quería la censura, al fin y al cabo, eran mentiras: “todo va bien, la gente no se suicida y el que se divorcia tiene un castigo”.

Decía Ava Gardner por ahí que “el mejor papel de una mujer es el de hacer de madre y esposa”. Daba igual que lo dijese una borracha y cocainómana considerable, eso no se contaba porque al régimen sólo le interesaba contar lo primero.

- **Además de Garbo, me gustaría destacar especialmente su colaboración para las revistas *Por Favor* y *El Papis*; ambas de carácter satírico y humorístico. Nacieron a finales del tardofranquismo y se vieron, obviamente, afectadas por la censura. ¿Qué le llevó a colaborar en ellas sabiendo, de antemano, que su contenido reivindicativo y crítico no iba a gustar al Régimen? ¿Vivió allí algún episodio de censura que le gustaría destacar?**

En *El Papis* estuve una temporada muy breve porque yo era muy golfona. En realidad colaboraba con todo el mundo, en muchos medios, porque sino no tenía para vivir. Dejé *El Papis* y entré en *Por Favor* cuando Manuel Vázquez Montalbán me lo ofreció. Él era muy tímido. Recuerdo la famosa escena del ascensor del edificio de la calle Tallers. Me comentó, con su voz grave y mirando al suelo, que iban a sacar una revista de humor. Me dijo que era una de las pocas mujeres con sentido del humor y que me quería trabajando ahí. Me contrataron y recuerdo que pagaban bien. Estuvimos dos años con la revista. Luego ya, cuando murió Franco, se acabó. Era una revista que salía para la libertad.

- ***Por Favor* era una revista muy reivindicativa, muy crítica. Algunos de sus compañeros como, por ejemplo, Manolo Bill y Peric Bull, se cobijaron bajo seudónimos en las primeras ediciones. En esta línea, Malén Aznárez afirma que “un periodista con miedo es fácil de manipular por cualquier poder”. ¿No tenía, usted, miedo a las represalias?**

Miedo a escribir nunca he tenido. Lo que sí teníamos era la decepción continua de que nos cerrasen el medio o nos abriesen expedientes. Recuerdo que nos cerraron *Por Favor* durante cuatro meses y, en ese período, decidimos abrir una revista nueva, *Muchas Gracias*, porque no podíamos ni queríamos estar sin escribir. Éramos jóvenes inconscientes y estábamos convencidos de que el dictador iba a morir de un día a otro. Cuando eres joven eres más inconsciente porque tampoco tienes nada que conservar.

Mi suerte fue que nunca pisé una cárcel. Pero tuve compañeros que sí, Huertas Clavería, por ejemplo, Martí Gómez o Ramonet, que siguen vivos. Los dos últimos estaban en *Por Favor* y eran como esos tintines belgas de los cómics. Martí, bajito, con su pipa y sus gafas y Ramonet, alto, pelo largo y bufanda larguísima. Eran como dos anarquistas que hacían excelentes entrevistas. Hacían periodismo invasivo. Yo, en cambio, era una frívola, estaba en *Por favor* y en *Fotogramas* y escribía de humor. Recuerdo que llegaba a la redacción y lo primero que hacía era ponerme un vaso de whisky y me paseaba por toda la redacción contando lo que había hecho la noche anterior. Muchos se escandalizaban y se ponían coloradillos. Fue una época maravillosa, con todos los sustos incluidos. Hacíamos las portadas y decíamos “¿crees que lo entenderán? ¿no somos muy implícitos?”

- **También trabajó en *Fotogramas*, revista que siempre luchó con imaginación para plantar cara a la censura. De hecho, hace dos años se organizó en Barcelona la exposición “*Fotogramas 1946-1962: Luz, modernidad y rebeldía*”. Allí afirmó que “*Fotogramas* era una revista fantástica en una época siniestra”. ¿A qué se refería con esta afirmación?**

Fotogramas tenía glamour en una época en la que todo era muy gris. Piensa que, a mediados de los 60, Fotogramas pasa de tener tres tintas — gris, negro, blanco y un rojillo anaranjado — a tener cuixé, fotos en color, etc. Coincide todo con un momento en el que el mundo también es más alegre, con *The Beatles*, y más joven también. Los jóvenes, asimismo, imponían sus ideas y sus modas. En Fotogramas teníamos a Elisenda, que era más moderna que ninguna, monísima, tipo Agatha Christie. Una de las mujeres con más inventiva que he conocido yo en la profesión. Como jefa era perfecta. Me dio el mejor consejo que me han dado nunca: *escribe como hablas*. Como me gusta decir a mí, si puedo decir jarrón no digo búcaro.

Elisenda descubría talentos. A los jóvenes nos hacía mucha ilusión trabajar ahí. Descubrió a Rosa Montero, a mí, a Soledad Alameda en paz descanse... Descubrió, en definitiva, a un montón de buenas entrevistadoras. Elisenda confiaba, instintivamente, más en mujeres que en hombres porque nosotras trabajábamos mucho. No tenía ningún prejuicio respecto a las mujeres y eso nos daba a nosotras mucha confianza. También descubrió a hombres, no te creas. A Terenci Moix, a Àngel Cases...

Uno de sus descubrimientos tardíos fue Isabel Coixet, que trabajó en *Fotogramas* antes de ser directora de cine. Elisenda, donde ponía el ojo ponía la bala.

- **¿Consiguió *Fotogramas* burlar la censura o le acabó afectando tanto como al resto de publicaciones en las que usted trabajó?**

En *Fotogramas* no solamente había censura, sino que esta estaba en el piso de abajo. El edificio donde estaba *Fotogramas* era también el edificio en el que estaba el despacho de la Delegación del Gobierno donde estaba el censor. Imagina todo eso concentrado en el edificio de las Ramblas que hay enfrente del teatro Poliarama.

Era curioso porque esa misma gente, la que trabajaba en la Delegación, luego asistía también a la ceremonia de entrega de los premios de *Fotogramas* —antes llamados la Plata San Juan Bosco— que se celebraba en casa de los padres de Elisenda, en Pedralbes. Concejales franquistas y todo.

Conforme pasó el tiempo, los mismos funcionarios del régimen —que, por cierto, eran catalanes— ya te trataban diferente. “Ay, os habéis pasado un poco con esa portada, eh”, “jolin, cómo ponéis esto”, “os voy a tener que multar...”.

En la prensa de cine, los escotes eran el problema. Había en *Fotogramas* una chica estupenda, Amaia, que trabajaba en confección, especialista en encajes y blondas. Luego se fue abriendo la mano porque hubo lo que llamamos el destape. Realmente hubo dos destapes: uno antes y otro después de la muerte de Franco. El primero no fue más que un intento, pero se consiguió algo. Eso sí, a base de arriesgarte a que te cerrasen el medio tres meses

- **Si no me equivoco, empezó a trabajar a los 21 años. Allá por el 64. Dos años después, en 1966, entra en vigor la conocida Ley Fraga. Se dice que con ella, la censura dará un respiro a la libertad de prensa. Sin embargo, los años de Fraga al mando del mismo se revelan como los más duros en la represión periodística. ¿Qué cambio notó usted entre el antes de la Ley Fraga y el después de la aplicación de la misma?**

Fraga fue nombrado Ministro de Información y Turismo y, con su nombramiento, asistimos a lo que fue un lavado de cara del régimen. Un intento, mejor dicho, porque fue de todo menos un lavado de cara. La situación fue, incluso, a peor. El cambio entre el antes y el después de la entrada en vigor de la Ley Fraga fue evidente y muy notable. La Ley Fraga nos obligó a afinar. Antes ibas con todo al Ministerio de la Delegación y te decían que no se podía publicar nada, pero al menos no ibas a la cárcel. Con Fraga fue peor. Te lo publicaban todo —o casi todo— pero si, una vez publicado, no les gustaba, te abrían expediente, te multaban, te prohibían ejercer durante un tiempo o, incluso, te mandaban a la cárcel.

Con ella íbamos probando el margen para conocer cuál era su límite. Ahí uno se desarrolla. Gracias a ella, quizá, se fue formando ese espíritu pre-transición al que nosotros, periodistas infiltrados —mayoritariamente en prensa franquista— que éramos de todo menos periodistas pro-régimen, llamábamos la *canallesca*. En este contexto empezaron a salir diarios como *Telexprés*, *Mundo Diario*, cosas así; aventuras muy opacas de dinero pero muy necesarias. La nueva Ley decía ser muy liberal, pero no nos lo puso nada fácil a ninguno. Ignació Agustí, que era el director de *Telexprés* fue cesado por escribir un artículo sobre una manifestación de curas. Y Manuel Ibáñez Escofet, que trabajaba ahí, fue obligado a dimitir por publicar un artículo de Josep María Huertas Clavería, que acabó encarcelado.

- **¿Eras consciente de que en la década de los sesenta empezó a desarrollarse en Estados Unidos una corriente periodístico-literaria conocida como Nuevo Periodismo?**

No tenía ni idea de que ya existía una corriente así en Estados Unidos. Yo me fijaba mucho en Oriana Fallaci, que escribía de manera muy diferente. Pero yo, de aquellas, no leía casi nada, por no decirte nada, en inglés.

- **¿Habías leído a Capote? ¿Tom Wolfe?**

Sí sabía quien era Capote porque tenía el referente literario gracias a Terenci Moix y Anna Moix, que me pasaban todos sus libros. Leí *A sangre fría*, pero, para mí, más que periodismo eso era una novela. Yo lo leí como ficción, lo siento mucho. *A sangre fría* me parece demasiado para ser un reportaje. Luego ya leí *Viajando con los Rolling Stones*, de Robert Greenfield, que me encantó desde la primera página.

- **Usted es considerada una de las principales pioneras del periodismo narrativo español. ¿Qué le llevó a desarrollar este tipo de periodismo?**

Me ayudó mucho Jorge Herralde, de Anagrama, que publicaba cosas de esas y me orientaba. Éramos amigos de pubs. Íbamos al pub juntos y nos encontrábamos allí con más grupos de amigos. Estábamos todo el puto día con la cultura, todo el puto día dándole vueltas a las cosas. Es una costumbre que todavía me queda. Todavía recomiendo libros y me recomiendan a diario.

Jorge Herralde me hizo una recomendación buenísima. Un relato sobre una cena, un *buffet*, que servía en su apartamento neoyorquino aquel director de orquesta tan guapo con el pelo gris que iba de caballero de Jacqueline Kelly. Leonard Bernstein. Este hacía una cena para recaudar fondos para nada menos que los Black Panthers, sector violento. Irónicamente, el servicio de camareros lo formaban negros. El cronista, que era Wolfe, narra cómo los tuvieron que esconder antes de que diera inicio la cena. Esa

es la historia. Eso me fascinaba a mí, e intentaba hacer lo mismo en la medida de lo posible. Luego me asignaban un rodaje de mierda en Barcelona y lo contaba como si fuera *¡uf!*, lo más de lo más.

- **¿Quién, para usted, intentaba hacer buen periodismo pese a las dificultades que ello comportaba?**

Todo el equipo de *Fotogramas*. Hombres y mujeres. ¿Por qué? Porque éramos modernos y porque nos dejaban escribir con estilo. Cada uno el suyo. Teníamos sentido del humor, hablábamos con crudeza, hablamos con un lenguaje directo. Nos estábamos quitando la caspa, la pelusa y todas esas cosas decimonónicas que arrastraba el franquismo. Allí hice grandes compañeros. Como entrevistadoras destacaría, sobretodo, Rosa Montero y Soledad Alameda. Pero ya de mucho antes de que trabajaran en *El País*.

En *Fotogramas* o en *Mundo Diario*. Había muchos sitios en los que se podía trabajar. Y la gente lo hacía, trabajaba en muchos y varios a la vez. Lo importante era dejar huella. Íbamos todos locos con dejar nuestra huella informando. Queríamos demostrar que ahí estábamos, haciendo buen periodismo. Pero no para competir entre nosotros, porque al fin y al cabo íbamos a cobrar lo mismo, sino porque queríamos destacar.

- **¿Tenía usted algún referente? ¿Y ahora?**

Tenía un referente que, sin saberlo, era buenísimo. Mi referente no era otro que la lectura. Que fue, a la vez, mi formación. Tuve la gran suerte de tener un gran olfato. Me fijaba en quien me gustaba y soñaba con escribir algún día la mitad de bien. Y ya está. Eso sí, cada uno con su punto de vista. Tú no puedes llegar a un sitio y hacer lo que todo el mundo hace. Primero tienes que observar, mimetizarte con el ambiente y ver por donde van los tiros.

No tenía estudios ni colegios a los que asistir, pero me fascinaba leer. Leía todo lo que encontraba. Leía, por ejemplo, a Gonzalo Suárez. Cuando tenía 16 o 17 años, leía siempre a un tío que firmaba como Martí Giralt. Martí Giralt y sus crónicas deportivas publicadas en un diario llamado *El noticiero Universal*. Este Martí, que era en realidad Gonzalo, escribía crónicas que bien podrían enmarcarse dentro del Nuevo Periodismo. Su madre estaba casada con un entrenador, Helenio Herrera, que era muy famoso, así que el tío tenía acceso a todo. A mí el deporte me es indiferente, ni me gusta ni me deja de gustar, pero una buena crónica siempre me la leo. Y él hacía unas crónicas deportivas excelentes.

Por otra parte, leía mucho a una corresponsal española que estuvo en Nueva York y luego en París, Josefina Carabias, la gran periodista de la República y madre de Carmen Rico Godoy. La habían confinado a hablar de extranjeros, una vez ya medianamente rehabilitada. También leía a Mari Luz Morales. Escribía crítica de teatro en el Diario de Barcelona. Luego descubrí que había sido también una periodista de la República. La dejaron seguir ejerciendo y seguir firmando siempre que fuera contenido apolítico. Me llamaba muchísimo la atención que hubiese mujeres escribiendo. Por eso leía a tantas.

Leía mucho, también, a Oriana Fallaci, en Italia, porque pese a que con los años la hemos llegado a odiar, cuando empezó nos deslumbró. Yo he llegado a odiar a Oriana Fallaci porque ideológicamente se puso muy gilipollas, pero era audaz. Era una mujer audaz en un momento europeo complicado. Se hizo un nombre y se hizo rica. Ella ya era de buena familia, pero además se compró un apartamento en Nueva York. Esa vida con la que hemos soñado todas y pocas hemos llegado a tener. Yo desde luego que no, que tuve que vender el piso cuando me echaron de *El País*. Las reglas del juego son las que son. El dinero no es tuyo. Usas lo que te dan para hacer reportajes, pero no te vas a enriquecer.

Estos eran referentes pero, al mismo tiempo, paralelos. Es curioso que, en los años 60, Gonzalo Suárez estuviera escribiendo así y que yo intentase ser moderna fijándome en él, dentro de lo que podía, pero inconsciente de que él hacía lo mismo que yo mirando a Estados Unidos. También me fijaba mucho en Steinberg, Fitzgerald, que es el que más me sigue gustando, o Hemingway.

- **En su libro, Diez veces siete afirma que, en pleno tardofranquismo, “El País es lo más profesional, moderno y progresista que hay en esos momentos, y yo, que soy una especie de náufrago de casi todas las aventuras periodísticas que tuvieron lugar en mi ciudad, Barcelona, en los años 60, en el último franquismo, durante la Transición y al principio de la democracia, anhelo estar ahí. Sé que lo merezco. He trabajado mucho. Me he pelado el culo en todas las redacciones.” Imagino que su opinión no es la misma ahora.**

Cuando yo empecé, *El País* era el sitio más moderno y progresista en el que se podía entrar a trabajar. Tenía una cosa muy buena: era el primer experimento periodístico, capitalista, democrático, que tenía a buenos periodistas y pagaba bien al mismo tiempo. Quien trabajaba ahí solo tenía que preocuparse por hacer bien su trabajo, porque de ser así tendría para vivir. Tenían un servicio de documentación, algo que hasta ese momento no existía. Recuerdo que cuando leía la entrevista de alguien que decía “me

sumergí en el servicio de documentación y disciplina y esto y lo otro” yo me quedaba como “qué es eso”.

*El País* consiguió tirar del resto de medios, que estaban aletargados. Eran buenos diarios, pero eran rancios. Tuvieron que espabilar, pagar mejor a sus trabajadores. Bueno, más que mejor, más justamente.

Era un diario progresista en el sentido de que dejaba hablar a todo el mundo. Sol Gallego siempre lo dice: *El País* nunca ha sido de izquierdas, pero la información, por lo general, era buena, progresista...

En la autónoma fue donde di yo por culo a *El País* por primera vez. Acababan de declarar un ERE. Sala llenísima y yo llenándome la boca diciendo que hay que contar siempre la verdad. «Si queréis contar otra cosa, aquí al lado tenéis la facultad de publicidad», les dije. Después de decir esto, un muchacho se levanta y me pregunta qué opinión tengo sobre Juan Luís Cebrián y sobre el ERE que acaba de promulgar. Me dije a mí misma, «cariño, la suerte está echada». Después de haber dicho a esta gente que hay que contar la verdad, tienes que tomar ejemplo y hacer lo mismo. Así que les conté que Cebrián es un puto Saturno que se está comiendo a sus hijos. Y que, además, tiene aspiraciones de convertirse en el rey de Wall Street pero no es más que un sardinilla.

- **Si tuviese que definir, con una frase, lo que representa para usted El País de ahora, ¿cuál sería?**

Descanse en paz.

- **José Sanclemente, un compañero de profesión, afirma que “el periodismo no está muerto, lo que hay es un “intento de genocidio”, aparecido en los últimos años como consecuencia del periodismo censurado. ¿Está usted de acuerdo? ¿Cree que la censura sigue vigente?**

Con eso tiene que contar el periodista. Y tiene que contar también con cómo lo lleva. Yo recomiendo hacerlo con la máxima honestidad posible. Todo periódico depende de sus intereses. Todos. En *El País*, por ejemplo, si Polanco es amigo de tal, no se publicará nada que manche su nombre. Una vez yo hice una columna contra el director de *Telefonica* el día que se estaba firmando un acuerdo con *El País*. Sin saberlo, claro. Y, obviamente, no se publicó.

Recuerdo, también, que cuando fui a Chile, una de las primeras veces; para hacer reportajes sobre Pinochet, la dictadura y demás, hice un artículo sobre los maestros y los niños de las escuelas represaliados por la dictadura y me dijeron que eso no se podía publicar. No lo entendí hasta que caí en que Santillana vende libros de texto en



Chile. Nadie me lo dijo, yo lo deduje. Eso es censura. Si lo hubiese sabido y no lo hubiese escrito, me hubiese autocensurado. Yo prefiero no saber nada y no escribir condicionada.

Lo que me gusta del periodista es que sea capaz de ver más allá de la seriedad que comporta, o suele comportar, su trabajo. Ese punto golfo. Basta ya de la pulidez, no somos robots. El problema es que la carne del periodista está muy barata ahora. Ahora, incluso, cuando algún compañero quiere abrir un medio digital le putean. Los de arriba piensan “para qué le voy a pagar más pudiéndole pagar poco”. Eso es un problema.

Yo no sé si sería periodista ahora. Ahora mismo estoy convencida de que lo que más me gustaría es ser historiadora británica. Me encanta leer cosas sobre el Imperio británico, cuántas más mejor. Así me aísla. Aún así, no me arrepiento de nada de lo que he hecho, lo volvería a hacer. Me tocó buena época y me tocó ver lo que era la censura, el franquismo, vivir la transición y vivir la eclosión de las libertades, el nacimiento del feminismo, etc. Todo. Estoy contenta de la academia que he tenido. La mejor forma de expresarme fue en el periodismo y entre periodistas. Haber compartido redacción con gente como Enric González o Soledad Gallego Díaz es un regalo.

- **En su biografía de Twitter se define como “periodista retirada del circo”. Si el periodismo de ahora es un circo, ¿qué era en 1960?**

Cuando empecé era un trapecio volador. Tú volabas y de repente te encontrabas a alguien que te tendía la mano y cambiabas de trapecio.

- **¿Y qué hace la Maruja de ahora?**

Ahora soy feliz. Leo mucho. Y veo a mis amigos. Y me cuido con todos los médicos del mundo. Los muy cabrones me pusieron una rodilla de titanio hace poco. Como una reina estoy yo. Voy, 3 veces a la semana, 3 horas a un gimnasio en la calle Muntaner. También veo mucho a mi dentista y, cuando veo que voy a aguantar un par de días sin médicos, aprovecho para irme. Y así hasta que me muera. Hay que vivir al máximo todo lo que podamos. Yo lo que hice lo hice por algo, no me arrepiento de nada. Si me muero, me muero. Como dijo Buñuel, cuando me muera me gustaría poder bajar, pasarme por un quiosco y comprar un diario. Lo que Buñuel no sabía era que iban a desaparecer los quioscos y los diarios.

## Entrevista a Enric González

### - ¿Qué recuerdas de tus inicios en la profesión?

Si la memoria no me falla, yo empiezo a trabajar con 17 años, a mediados de los 70, en un contexto pre-constitucional con todas las medidas franquistas aún en su sitio. La verdad es que, en ese momento, la industria estaba cambiando mucho. Bueno, más que la industria, los periodistas eran los que intentaban cambiar. Tradicionalmente, muchos periodistas eran también funcionarios porque el sueldo del periodista no daba para gran cosa. Entonces, vista la situación, muchos optaron por dejar la prensa y se quedaban con su puesto de funcionario municipal o lo que fuera. Las redacciones, en parte, se despoblaron, y eso abrió hueco a gente como yo, un indocumentado total. Yo era un chaval de 17 años, sin título, ni experiencia, ni nada. Fue una época muy atípica. Esperemos que no se repita algo así.

### - ¿Cómo era el clima profesional de la época en el momento en que empezaste a ejercer? ¿Existía miedo?

Miedo pasamos antes del 75. A partir del 75 empieza a desaparecer el miedo aunque seguía habiendo bombas de la ultraderecha y la ultraizquierda. Realmente, a la prensa le afectaban más las de la derecha que las de la izquierda: la bomba en *El País*, la bomba en *El Popus*... Era una época extraña, sí.

Cualquiera que viajara en el tiempo de hoy hasta aquel momento se sorprendería. Primero por el extremismo ideológico de la mayoría de redacciones —había gente muy a la izquierda del partido comunista, todavía había gente falangista...—. Eran redacciones mucho menos homogéneas que las de ahora. En *El correo catalán*, donde yo trabajaba, había un subdirector que todavía tenía pistola y correajes. Admirador de Hitler y demás. Y había, también, otro subdirector que era de la Organización Revolucionaria de Trabajadores. Era realmente exótico, pero se convivía.

### - ¿Y conciencia? Es decir, ¿los periodistas erais conscientes de hasta qué punto la censura os afectaba?

Éramos conscientes hasta cierto punto. Empezaba una época de incertidumbre completa. Nadie sabía cómo iba a acabar aquello y, además, yo pienso que gran parte de la prensa y la población pensaba que aquello iba a acabar mal. Lo del Tejerazo en el 81 es casi un estertor, pero hasta entonces se estaba amenazando con el golpe de estado continuamente. Además, el terrorismo era campante por todos lados.

Había conciencia de que la situación era muy delicada. Informar era muy complicado. Aún había gente que tenía mucho poder, sino legal, paralegal. Algo tan simple como el fútbol: en el Barça, Núñez tenía una banda de matones llamada *Los Morenos*, que apalizaba a los periodistas que le criticaban. Esto ha quedado en el olvido y Núñez es recordado como un señor que lloraba, pero...

Las cosas eran así. También había atentados que quedaban en el olvido, como el de la Scala, una sala de fiestas que estaba justo al lado de *El correo catalán*. Allí murieron muchas personas y el atentado se atribuyó a los anarquistas, probablemente con razón. Una situación de caos. Cada día te llevabas unas cuantas sorpresas, la mayoría malas.

- **¿Existía, en este clima y contexto, asociaciones clandestinas de periodistas?**

Sí, quizá no tan clandestinas. En Barcelona, por ejemplo, existía el *Grup Democràtic de Periodistes*. A partir del 74 podía hablarse abiertamente de que existía, se conocían algunos de sus miembros... De hecho, el grupo cayó, si no recuerdo mal, en el 74 porque uno de sus miembros tenía un hijo al que detuvieron y lo amenazaron con torturar al hijo si no contaba quien estaba en el grupo. Finalmente fue lo que hizo. Esta persona trabajaba conmigo.

Ya no existían grupos clandestinos, pero sí asociaciones informales. Por ejemplo, había un grupo de periodistas económicos al que yo más o menos me apunté. No era oficial, pero nos reuníamos con frecuencia y cenábamos de vez en cuando. El objetivo era moralizar la información económica, es decir, hacerla decente. No cobrar por lo que publicas y por lo que no publicas como se estaba haciendo hasta entonces. Conformarnos con nuestro sueldo y sin tener cochazo pese a que la mayoría de los periodistas económicos hasta el 75, 76 y 77 conducían un Mercedes gracias a lo que cobraban bajo mano.

Existían este tipo de asociaciones informales, también periodistas judiciales — estaba Martí Gomez — pero no constituidas de forma estructurada. Eran, más bien, grupos de amigos que intentaban mejorar la situación.

- **Ahora existe el Colegio y/o Sindicato de Periodistas. Per antes, ¿de qué forma se auto-organizaba la profesión para luchar contra la censura y conseguir, dentro de lo posible, más libertades?**

Se organizaba, en mi impresión, a partir de acontecimientos. Por ejemplo, la detención y encarcelamiento de Huertas Claveria por un artículo sobre los burdeles de Barcelona movilizó a un grupo de la profesión que después quedó unido durante un tiempo. Así eran las cosas.

El *Sindicat de Periodistes* se crea después y es una cosa ya legal, constituida y estructurada. Pero, hasta entonces, sólo se podía actuar desde la informalidad porque todo era ilegal. Si constituías algo la policía empezaba a fijarse mucho en ti.

Había, también, círculos informales. El círculo de *Por Favor*, por ejemplo, estructurado, más o menos, en torno a la figura de Manolo Vázquez Montalbán, que también pasó por la cárcel. Cada vez que alguien iba a la cárcel se creaba a su alrededor un grupo de solidaridad. Estos grupos luego desembocaron en estructuras, o no. Ten en cuenta que luego las ideologías cambiaron, realmente el extremismo fue desapareciendo progresivamente. Aunque bueno, también es cierto que la ideología no debería afectar nunca al trabajo. Lo que pasa es que cuando el país está en una situación así, el periodista es periodista y ciudadano. No puedes dejar de ser una cosa para ser la otra.

- **Cada época tiene sus métodos de escapar a la presión y la censura. La nuestra, ahora, podría decirse que es internet. ¿La de antes? ¿Se vio obligado, alguna vez, a utilizar algún método en particular para burlarla?**

No, nunca me he autocensurado. Pero porque soy un idiota. Soy sensato porque me da la gana ser así. Lo que hacíamos era intentar marcar goles a la censura. Cada vez que te colaban algo era un éxito, aunque normalmente no era así. La primera censura era la del director, que no quería problemas. De aquellas, los directores eran gente más o menos conectada con el régimen o con lo que estaba deviniendo el régimen. En Catalunya, por ejemplo, el régimen se transforma en *Convergència*. De una manera misteriosa, pero fue así.

Métodos no había. Ni redes sociales donde escribir lo que no podías contar en tu diario o tu emisora. Existía lo de escribir entre líneas, sugerir cosas sin decirlas y que el lector fuese capaz de entenderlas; y luego existía la verdad, aquella que más o menos sabía la gente cercana a los puestos de información y la verdad oficial, que no tenía nada que ver con lo que se publicaba. Era una dislexia muy curiosa, pero si uno leía la prensa se acercaba muy poco a la realidad.

Martí Gomez, por ejemplo, cuenta en sus memorias que, al no poderse hablar abiertamente del 1 de mayo como el día del trabajador, se hacía una información tipo: “grupos de personas almuerzan en tal sitio para celebrar no sé qué...”. No podíamos decir las cosas directamente, se transmitía una realidad paralela que era la que se quería ver publicada. La realidad real sólo se veía en la calle: persecuciones, detenciones continuas, preguntas, amenazas, torturas, etc.

- **Usted no quería ser periodista, quería ser veterinario. Su padre, sin embargo, le convenció de lo contrario.**

Mi padre empezó siendo abogado, escritor censurado y luego escritor con seudónimo de novelas populares. A eso de los 40 años se pasó al periodismo y, para él, eso supuso una liberación. Le encantaba el periodismo. Yo no tenía esa vocación; me gustaba la prensa, al fin y al cabo la había mamado desde pequeño... En fin, conocía también a mucha gente de la prensa porque eran amigos o conocidos de mi padre. Iba a redacciones y también había empezado a hacer reseñas de libros para *La Vanguardia* a los 14 años o así. Sin firmar, claro. Me las publicaban y me pagaban seis pesetas por cada una. Pero, insisto, yo de pequeño quería ser veterinario, pero mi padre me ofreció un trato. Veterinaria sólo se podía estudiar en Madrid y Zaragoza. Claro, yo tenía que irme de Barcelona y alguien tenía que pagarme la estancia fuera. No es una carrera que te permita trabajar al mismo tiempo para pagarla, así que mi padre me ofreció unas prácticas de seis meses y me dijo “pruébalo, si no te interesa te vas a estudiar a Zaragoza”.

Estuve esos seis meses de prácticas en *La Hoja del lunes*. La redacción estaba sobre la sede de la Asociación de la Prensa de Barcelona, en la Rambla de Cataluña. El jefe que me había tocado se llamaba Santiago Ramentol y se encargaba de las páginas de Nacional. Él acabó desapareciendo y, con 17 añitos, me quedé solo con las páginas de Nacional en plena transición. No me divertí especialmente, pero sí puedo decir que descubrí que aquello era entretenido, sobre todo por la fauna que pululaba por las redacciones. Luego, cuando me llamaron de un diario de verdad y me ofrecieron un puesto de auxiliar de redacción con un sueldo de 40.000 pesetas pensé “bueno, pues sigamos probando”. Y ya me ves, he seguido probando hasta hoy.

- **Su padre llevaba años ejerciendo la abogacía hasta que decidió reconvertirse en periodista a los 40 años. ¿Cómo vivió usted este cambio?**

Lo vivimos toda la familia con cierto pavor porque los ingresos domésticos bajaron de una forma drástica. Hubo unos años de gran penuria. Como abogado, mi padre se ganaba muy bien la vida. Estaba especializado en derecho de propiedad intelectual y demás. Claro, él entró en un diario con cuarenta años como becario en prácticas cuando la prensa, de aquellas, pagaba lo que pagaba.

Se vivió, por un lado, bien, porque era la voluntad de mi padre y su estado de ánimo mejoró. Por otro, bueno, no había un duro para gastar durante unos años. Luego ya empezó a publicar libros y la situación se normalizó un poco.

A mí, personalmente, no me produjo ningún efecto especial. Era más divertido cuando trabajaba como abogado de propiedad intelectual porque venían actores a casa y cosas de esas. Eran famosos y eso a mí me hacía mucha gracia. Los periodistas, en cambio, me parecían todos unos saltimbanquis. Es la verdad. Yo me convertí en uno más y adelante.

- **¿Vivió su padre algún episodio de censura?**

A mi padre lo censuraron desde que tenía 20 años. Ganó un premio de novela con *Sombras viejas* y esta fue prohibida incluso antes de publicarse. Y así hasta la muerte de Franco. Se pasaba la vida en casa hablando de la censura y diciendo cosas muy poco bonitas. Se lo censuraban todo. Incluso había que ir con cuidado con las novelitas populares. No se podía hablar de culos, ni de tetas... Había que utilizar unos eufemismos rarísimos.

Tú estabas pendiente de la censura, era algo que existía y había de tenerse en cuenta. Yo, por ejemplo, durante una época formé parte de un grupo de música. Yo hacía las letras de las canciones y estas tenían que pasar por la censura previa siempre. Cada concierto implicaba llevar las letras al Gobierno Civil para que el censor las leyera y pusiera el estampado de permitido. Vivías con eso.

- **Si no me equivoco, empezó a trabajar muy joven, a los 17 años. En unos años que se asemejan, tal y como apunta usted en *Memorias Líquidas*, a una dictadura desfalleciente pero viva. Empezó a ejercer en el amparo de la Ley Fraga y unos años que se revelan como los más duros en la represión periodística. ¿Hasta qué punto sintió presente esta represión?**

La Ley Fraga, en su momento, fue un adelanto aunque, en realidad, no fue más que la transformación de la censura en autocensura. No había censura previa, pero al día siguiente actuaba de oficio, sobre todo, el tribunal militar, porque los militares siempre se ofendían por todo. Te convocaba un tribunal militar y la cosa se ponía complicada. En 24 horas te podía pasar como a Manolo Vázquez Montalbán: te detienen, vas a la cárcel y a pasarte allí los años.

- **¿Era consciente de que en la década de los sesenta empezó a desarrollarse en EUA una corriente periodístico-literaria conocida como Nuevo Periodismo?**

Sí, porque yo leía mucho en inglés pese a no ser muy frecuente en la época porque en la escuela, entonces, se estudiaba el francés. Yo había procurado estudiar inglés para poder leer y entender algo mínimamente. Me llegaban algunos textos, pero no gracias a la prensa. Llegaban por carta. Si algún amigo había ido de viaje a Estados Unidos y

había conseguido algún libro como, por ejemplo, el de *Nuevo Periodismo* de Wolfe, enviaba fotocopias. La cosa funcionaba así.

Luego empezaron a publicarse libros de Tom Wolfe como *Mau-mauando al parachoques*. Los leía con avidez y pensaba “me gustaría hacer algo así”, lo que pasa es que era imposible hacerlo en una industria fragilísima en la que los únicos medios con dinero como *La Vanguardia* habían sido encorsetados. Nadie se quería arriesgar a hacer eso aunque hubo gente que lo intentó. Quim Monzó, por ejemplo, que se fue a Vietnam y enviaba desde allí crónicas que eran bastante Nuevo Periodismo.

Había pequeñas muestras de querer hacer las cosas bien, pero simplemente no estaba a nuestro alcance. Tú encontrabas un *New Yorker* y pensabas “uf, esto es otro nivel”.

- **¿Quién, para usted, intentaba hacer buen periodismo pese a las dificultades que ello comportaba?**

Muchísima gente. Unos cuantos de ellos fueron a la cárcel. Manolo Vázquez Montalbán fue uno de ellos. En su *Crónica sentimental de España*, publicada en *Triunfo*, analizaba la vida cotidiana para reflejar la evolución sentimental y moral de los españoles. Reflejaba la realidad y eso, obviamente, no gustó.

Otro ejemplo fue Martí Gómez con sus crónicas judiciales, donde hablaba de casos reales, angustiosos y ciertamente patéticos. Hablaba de los abortos, por ejemplo, cuando aún eran ilegales y muchas chicas morían por su culpa.

En Madrid había muchos y muy buenos periodistas. Huertas Claverías fue otro. Su periodismo de barrio, social y combativo, tenía mal encaje en la prensa franquista de la época aunque fuera catalanista como *El Correu*. Todo tenías que enfocarlo de una forma oblicua, claro. No podías hablar directamente sobre lo que sabías que no iba a gustar: no podías hablar de una forma muy directa sobre el barraquismo, la inmigración... Pero si lo contabas dentro de una historia de un barrio podía colar. Había mucha gente intentando hacer bien las cosas, lo que pasa es que costaba mucho publicarlas.

Maruja Torres, casi me olvido de ella. Cuando Maruja empezó a hacer reportajes para *Cambio 16* nos alucinó a todos. Maruja tiene una biografía profesional curiosa; había trabajado para revistas del corazón, tenía una lengua muy ácida... Pero nunca había podido publicar reportajes como los que empezó a publicar en *Cambio 16*.

Sol Gallego Díaz también. Realmente, pese a todo, había muchos periodistas intentando hacer bien su trabajo, el problema es que era muy complicado.

- **¿Tenía usted algún referente? ¿Y ahora?**

Sí, tenía el mismo referente que ahora. José Martí Gómez. En primer lugar porque de muy joven trabajé con él, pero es que ya era lector suyo desde antes. Siempre me leía su columna de Los Monos (*ver, oír y callar*), Me caía simpático, le consideraba un periodista brillante y sentimental. Mi ídolo, en resumen. Era un reportero espléndido. Sigue siéndolo, de hecho, aunque esté muy mayor. Era de esa gente que iba a los sitios, pasaba el rato sentado en silencio, escuchando, haciendo alguna pregunta discreta... Para mí siempre ha sido un modelo a seguir. Me habría gustado parecerme más a él.

- **¿Cómo le conoció?**

Le conocí a través de mi padre, que fue su jefe antes de irse a *La Vanguardia*. Él me llevaba a *El Correo Catalán* porque mi abuelo estaba muy enfermo y mi madre dedicaba su tiempo a cuidarlo. No había nadie para dedicarme un rato, así que me iba con mi padre por las noches a la redacción. Me echaba una jornada laboral hasta las 8 de la mañana y veía cómo trabajaba aquella gente.

Antes de aceptar el trato que me ofreció mi padre fui a hacerle una falsa entrevista a Martí Gomez sobre periodismo. Fue la primera entrevista que hice en mi vida. Casi podría decir que me convenció él. Luego me lo encontré en *El Correo Catalán* y así le fui conociendo. Aunque, realmente, no empezamos a hacernos amigos hasta que coincidimos en Londres, él como corresponsal con *El Mundo* y yo con *El País*. Y así hasta hoy.

- **En su libro, Memorias Líquidas, afirma que, en pleno tardofranquismo, “El País era más que un periódico. Era un símbolo, un emblema para una España que soñaba con ser moderna e ilustrada y que, de momento, se conformaba con simular que lo era.” Imagino que su opinión no es la misma ahora.**

Obviamente. Probablemente no sea posible la existencia de un medio de referencia tan potente como lo fue en su época *El País*. España estaba en Transición y hacía falta fiarse de alguien. *El País* era fiable. Hoy no lo es. Gracias a Cebrián, *El País* no es ni la sombra de lo que fue. Sigue siendo, dentro de la pobreza general de los medios españoles, posiblemente el más profesional porque tiene más medios. Eso, no obstante, también le ha permitido difundir información tóxica con más facilidad que otros medios de menor prestigio.

*El País* fue, para mí, una escuela. Además, era un símbolo, era un orgullo trabajar ahí. Trabajar en *El País* quería decir estar compitiendo con la gran prensa internacional. Allí,



yo tenía los mismos medios que los enviados de *Reuters* o *The New York Times*. Podía pasarme tiempo en un sitio para hacer una historia o simplemente para hacer contactos y fuentes... Eso duró unos años. Luego se acabó porque la gestión era mala y empezó la crisis de la industria, que pilló a Prisa con una deuda colosal, así que *El País* tuvo que comprometerse para obtener acuerdos sobre financiación. Ahí se jodió el tema.

- **¿Cómo entró en la redacción de *El País*?**

Entré en *El País* en la sección de economía y, durante años, estuve haciendo economía. Del 85 al 89 para ser exacto. En el 89 me pasé a Internacional. La información económica era lo más liberal que había, dentro de lo liberal que era el periódico. El jefe de la sección de economía era Joaquín Estefanía, que sigue siendo un referente de un cierto progresismo.

Ayer estaba explicándole a unos amigos la historia de cómo publicamos que Ferrovial financiaba a *Convergència* a través de la autopista Terrassa-Manresa. Fue todo un acuerdo entre la Generalitat y Ferrovial para que, el banco Hispano-Americano, el de mayor participación en la constructora, sufragara la enorme deuda dejada por la Operación Reformista de Miquel Roca y Florentino Pérez. Como tantas otras veces, se utilizó dinero del contribuyente para pagar gastos de los partidos. Publicar eso, claro, valió amenazas de demandas y no sé qué más. Pero bueno, la verdad es que lo teníamos todo bastante bien documentado.

Aquella sección de economía estaba muy bien. Quizá, en general, se abusaba un poco de la jerga técnica, pero la idea era adquirir prestigio dentro de los propios profesionales de economía. Se tendía hacia el tecnicismo para que los profesionales de la banca u otras entidades entendieran que ahí había gente que sabía de economía. Pero, desde luego, era una sección en la que trabajabas con total libertad. Te jugabas la vida, claro, al fin y al cabo estabas hablando de poderes emergentes. En ese momento, de hecho, emergen los Albertos, Fabio Conde... Gente bastante, a su manera, peligrosa. Tenías que atar bien las informaciones que publicabas pero, por parte de los jefes, no había obstáculos, sino todo lo contrario, te incentivaban.

Eso sí, en *El País* nos llegaban todas las presiones que te puedas imaginar. Y sobornos varios. Y regalos desmesurados que no devolvíamos porque los llevábamos al hospital. Se supone que eso es lo normal. Cuando empecé a trabajar en el periodismo económico, a principios de los 80, la cosa era de escándalo. En la mayoría de los diarios, el periodista cobraba de las empresas por publicar noticias positivas y cobraba, también, por no publicar noticias negativas. Con tal de que la empresa te proteja medianamente y no publique barbaridades aceptas que los sobornos te lleguen por todos lados. Al fin y al cabo, con los sobornos y las amenazas llegan, también, las

fuentes. Gente que te amenaza un día y luego acaba contándote otra historia interesante.

La corrupción florece de forma casi natural cuando hay dinero. Las tentaciones eran frecuentes. En cuanto uno adquiere un cierto prestigio, las presiones se hacen distintas. Recibes muchas, pero no son tan fuertes como cuando estás en un medio frágil. Ahí tienes el escudo del medio y la posibilidad de seguir publicando y quien te presiona lo sabe. Entonces, es presión pero, a la vez, diálogo. Empiezas una negociación. Lo ambiguo del periodismo es que, a cambio de información aceptas que callas algunas cosas: el mecanismo del *off the record* y la información confidencial.

Yo salí de *El País* como salí. También es verdad que no tengo hijos ni hipoteca, si pierdo un empleo ya encontraré otro. Entiendo que quien tiene que pagar por el colegio de los hijos y la hipoteca se comporte de forma prudente e intente molestar lo menos posible. Lamento decirlo, pero creo que una cuenta raquítica en el banco y un poco de rabia en el estómago favorecen el mejor periodismo.

- **¿Cree que la transformación de ese periódico moderno y progresista de los años 60 explica o, mejor dicho, ilustra, la transformación de la prensa en España?**

En cierta forma sí, porque quien más quien menos se ha visto metido en la misma espiral: el negocio va a peor, los propietarios quieren seguir ganando dinero o no perderlo y echan mano a intereses políticos y, sobre todo, económicos. Los intereses políticos ya dominaban la prensa durante el franquismo y la transición. Hay que tener en cuenta que *El País* nace como un proyecto de la derecha. El inspirador de todo aquello era el propio Fraga. Es la dinámica social la que lleva a ese proyecto inicial de *El País*, que al principio fracasa porque la distribución es malísima y se pierde dinero. Polanco puso dinero y fue comprando acciones hasta convertirse en el socio mayoritario. Él pilotó un proyecto que le convenía a él, pero también convenía a la sociedad. Era el proyecto adecuado en el momento adecuado. Luego, más o menos, a todo el mundo le pasó lo mismo.

- **Si tuviese que definir, con una frase, lo que representa para usted *El País* de ahora, ¿cuál sería?**

Una expectativa. Cebrián se va. No hay que ser demasiado optimista, pero sí hay expectativa. Sería muy bueno para todos que *El País* mejorase porque, si lo hace, tiraría un poco de los otros. El drama ahora es la mediocridad colectiva. Si hubiese alguien que hiciera un poco de esfuerzo por mejorar la información... pero no lo hay. Luego, en los editoriales, que pongan lo que quieran, eso no importa; pero si la información es veraz, no tiene motivaciones poco confesables y está bien hecha, podría

convertirse, de nuevo, en un modelo mejor. Más modesto, probablemente, pero es que ahora mismo necesitamos cualquier cosa. La situación de la industria es tan mala que cualquier cambio a mejor sería bienvenido. Esperemos que el nuevo hombre fuerte de Prisa, Manuel Mirat, mejore las cosas. Por lo que he oído tiene intención, otra cosa es que lo consiga.

- **José Sanclemente, un compañero de profesión, afirma que “el periodismo no está muerto, lo que hay es un “intento de genocidio”, aparecido en los últimos años como consecuencia del periodismo censurado. ¿Está usted de acuerdo? ¿Cree que la censura sigue vigente?**

Sí, pero de otra forma. Es una estructura informal. Ahora el ecosistema es realmente complejo. Hay que tener en cuenta, primero, la censura de los poderes económicos. A ver quién es el valiente que publica ciertas cosas sobre Florentino Pérez, por ejemplo. Luego está la censura de la clientela, de tus lectores que, generalmente, tienden hacia un lado u otro pero pueden triturarte, después, en las redes sociales. Eso induce a una cierta autocensura. Luego está la parte más tóxica de la industria: ciertos diarios digitales y no digitales que trabajan en cooperación estrecha con mafias policiales y mafias políticas conectadas con el Estado; lnda, sin ir más lejos. Entran en el juego y simulan ser prensa cuando, en realidad, son poder y poder bastante turbio. Tienes que ir con bastante cuidado y sé que la gente tiende a autocensurarse y a evitar enfrentarse con poderes que le pueden triturar.

- **Josep María Huertas Clavería tituló sus memorias “Cada taula, un Vietnam” y esa frase, a usted, se le quedó grabada. ¿Por qué?**

Es una frase antigua que yo oí por primera vez cuando entré a trabajar en *El Correo Catalán*. La decía mucho Josep Maria Prada, uno de los jefes de redacción. Se refería a que cada redactor, desde su mesa, debía protagonizar una pequeña insurrección diaria contra los dictados de la empresa, contra la censura... La filosofía era algo así como “vamos a rebelarnos contra lo que es posible y, contra lo que no, pues no. Pero no seamos conformistas”. La idea era esa.

Cuando Huertas publicó sus memorias la utilizó. A mí siempre me ha gustado porque se adapta mucho a mi forma de ver el trabajo. Realmente, la independencia del periodista depende del propio periodista. Luego, si te estrellas, te estrellas; pero si asumes la autocensura y asumes, en fin, el conformismo... ¿de qué te vas a quejar? El primer problema pasas a ser tú.

Es una frase que puede tener muchos significados, pero para mí significa que es la actitud del propio periodista la que conforma su trabajo. No el contexto, ni la industria, ni los poderes: la actitud.

- **¿Y qué hace el Enric de ahora?**

Hace un tiempo que no colaboro con *Jot Down* porque estoy en *El Mundo* y no me dejan. Estoy de corresponsal en París, muy contento de no estar en España en esta época tan triste. Es que no me parece ni informativamente interesante. Creo que impera la estupidez. En París se está muy bien. He tenido la suerte de salir de una empresa y ser contratado por otra en menos de tres meses. Y he sobrevivido a la crisis que se ha llevado por delante a muchos profesionales buenos. Así hasta hoy, ya veremos mañana.